

UN MILLÓN DE PASOS

Novela ambientada en el Camino de Santiago

DANIEL ZARAGOZA



UN MILLÓN DE PASOS

Daniel Zaragoza

Primera edición: mayo 2019

Un millón de pasos.

Daniel Zaragoza

Foto portada: Vanesa López

Diseño de portada: Alexia Jorques

Todos los derechos reservados

Al comenzar perdí mi nombre
aquí me llaman peregrino.

Somos todos iguales
los que hacemos el Camino.

Millones de almas pisaron estas piedras
algunas encontraron su destino.

Lo hicieron los que tenían la mente abierta
otros solo bebieron vino.

La vida es para los valientes.

A mis amigos Juan y Tania.

Por animarme a emprender el Camino
e inspirarme con vuestra historia.

NOTA DEL AUTOR

Esta novela que tienes en tus manos, es un homenaje a los millones de peregrinos y peregrinas que han recorrido el Camino de Santiago.

El Camino es el mismo desde hace siglos, los mismos pueblos, las mismas iglesias, montañas, ríos, calzadas romanas, tierras y piedras pisadas una y otra vez. Pero el Camino es la gente que lo recorre. Cada uno con su historia única y personal. Hay quien viene buscando algo y lo encuentra, y quien no busca nada, pero el Camino se convierte en el inicio de una nueva vida.

Hay decenas de libros donde se habla del arte, la mística y la historia del Camino, este libro no es para eso... Conoceremos algún retazo de ello, pero los verdaderos protagonistas de esta historia son los peregrinos. Cuatro hombres y dos mujeres venidos de diferentes países, con su personalidad, su pasado y sus expectativas de futuro. Recorreremos el Camino de las Estrellas mirando con sus ojos, sintiendo a través de ellos los presentes y dificultades que ofrece la ruta Jacobea.

Todos los personajes, lugares, anécdotas y sucesos están inspirados en hechos reales ocurridos en el Camino de Santiago, mezclados y novelados para crear una buena historia.

Recorrí en otoño de 2018 desde Somport hasta Finisterre, 957 kilómetros que me ayudaron a conocerme mejor, a convertirme en un amante del Camino, a documentarme e inspirarme para escribir esta novela.

En las Navidades de 2018 regresé para efectuar el recorrido desde Roncesvalles hasta Puente la Reina, para completar el tramo que me faltaba del Camino francés.

Tanto si eres un peregrino como si no, espero que recorras conmigo el Camino de las Estrellas.

¡BUEN CAMINO!

ELSA

Los arcos de piedra, alumbrados por la tenue luz de los faroles, parecen patas de araña entrelazadas muriendo en los robustos pilares. Los rosetones incrustados en las paredes son como ojos indiscretos que la observan. Las cristaleras están tristes, cuando se va el sol, también se va la magia de sus destellos y sus luces. La Real Colegiata de Santa María de Roncesvalles pierde algo de encanto en la noche, pero es el precio de subir con el último autobús que viene de Pamplona.

Elsa está sentada en un banco de atrás. Oye la misa, pero no la escucha, tampoco la entiende. Solo se levanta y se sienta cuando lo hacen los otros, lo hace por respeto, pero sobre todo, por no llamar la atención. El cura sigue con su sermón, sus lecturas y sacramentos. Ella no puede parar de mirar al techo y seguir el recorrido de cada arco, deleitándose con la perfección de la estructura, con los tonos azulados, con los perfiles redondeados, con la solidez y la sobriedad de la primera iglesia de su Camino de Santiago.

Uno de los sacerdotes se adelanta con un folio en la mano, es el viejo, *puede que tenga cien años*, pensó Elsa al verlo cuando empezó la misa.

—Los peregrinos que vais rumbo a Santiago de Compostela acercaos aquí —dice el cura indicando con la mano que se pongan delante del púlpito.

Elsa solo entiende “Santiago de Compostela”, suficiente para darse por aludida y seguir a los hombres y mujeres que se mueven en silencio. Son peregrinos, se nota en la ilusión de su mirada, esa que te da el comienzo de una aventura nueva y desconocida.

Son muchos, Elsa calcula que serán más de cien personas las que llenan la parte delantera de la iglesia. El cura les echa una mirada cargada de amor, se nota que disfruta viendo una iglesia llena de peregrinos, sabe que muchos no están allí por fe, que si no hicieran el Camino no entrarían en una iglesia, pero no parece importarle.

—Hoy tenemos peregrinos de diecinueve países —el párroco mira la hoja de papel—, peregrinos de Australia, Sudáfrica, Japón, Filipinas, Corea, Estados Unidos, Canadá, Panamá, Colombia, Argentina —levantan la mano los peregrinos de cada país, de momento el más numeroso es Corea con nueve

—, Inglaterra, Escocia, Lituania, Austria, Alemania —Elsa y otros dos peregrinos levantan la mano—, Italia, Suiza, Francia y España.

El otro cura se acerca con una media sonrisa. Es un hombre robusto, tiene cara y acento navarros, la sotana blanca hace una curva a la altura de su barriga y sus mofletes son del color de la sangre de Cristo. Extiende los brazos y comienza con la bendición:

Oh Dios, que sacaste a tu siervo Abrahám de la ciudad de Ur de los caldeos, guardándolo en todas sus peregrinaciones, y que fuiste el guía del pueblo hebreo a través del desierto: te pedimos que te dignes a guardar estos siervos tuyos que, por amor de tu nombre, peregrinan a Compostela. Sé para ellos compañero en la marcha, guía en las encrucijadas, aliento en el cansancio, defensa en los peligros, albergue en el camino, sombra en el calor, luz en la oscuridad, consuelo en sus desalientos y firmeza en sus propósitos para que, por tu guía, lleguen incólumes al término de su camino, y enriquecidos de gracias y virtudes, vuelvan ilesos a sus casas, llenos de saludable y perenne alegría. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Elsa sigue sin entender, pero hay cosas que no necesitan traducción: la voz cantarina del cura resonando entre las bóvedas, la expresión de los rostros de los peregrinos que cierran los ojos con una sonrisa, la energía que emanan más de cien personas con un solo pensamiento, con una misma ilusión...

—Ahora vamos a mirar a la Virgen y cantaremos juntos la canción que llevan siglos entonando los peregrinos.

Las luces de la iglesia se apagan y un foco ilumina la talla de la Virgen de Roncesvalles. Elsa se asombra al ver la hermosa escultura, no había reparado en ella, desde el último banco apenas se distinguía una figura difuminada sobre un marco de oro. Ahora, es ella la protagonista. Escoltada por dos ángeles, la Virgen lleva corona y un ramo de flores. Ella y el niño que sostiene en brazos, visten ropas plateadas y se miran con ternura.

El cura comienza a entonar la canción, un grupo de niños le acompañan, la voz grave del fornido navarro se funde con el canto angelical de los niños. Elsa no lo sabe, pero ha tenido suerte, justo hoy han llegado los miembros de un coro, un grupo de Boy Scouts de la zona que han aprendido la canción de la Virgen que ahora entonan para regocijo todos los peregrinos.

Elsa cierra los ojos y se deja llevar, su vello se eriza y no puede contener una lágrima que se desliza suavemente por su mejilla. Está en España, ha

podido hacer un paréntesis para sentir, para conocerse, para vivir...

Esto tiene que ser presagio de algo bueno, se dice.

Ha puesto muchas ilusiones en el Camino, después de todo el sufrimiento, el agobio, de no poder respirar, de no poder hablar, de no dejarse sentir, de no permitirse vivir...

¡Este es mi momento!

ADRIÁN

Luce el sol del medio día en el Alto de Somport. Hacia el norte se extiende el Pirineo francés, al sur se precipita la vertiente aragonesa hacia la Jacetania. Los prados verdes y las cumbres rocosas escoltan una pequeña Virgen del Pilar acompañada por la figura de un peregrino, una cúpula de cemento blanco con una cruz de Santiago roja en su techo la protege de las inclemencias del tiempo que a esta altura (1.630 metros) no deben de ser pocas.

Adrián mira a su amigo Javier a los ojos. Cuando le dijo que iba a hacer el Camino de Santiago se ofreció a llevarle, no le ha dejado pagar la gasolina, no le ha dejado pagar el café... para él es mucho más que acompañar a un amigo. Javier es un amante del Camino, lo ha recorrido varias veces y ha llegado a Santiago desde diferentes vertientes. Lo conoce, lo ama y sabe del poder de su magia, del cambio que produce, de los demonios que se presentan y que hay que vencer, siempre con el buen combate, luchando desde el corazón. Estuvo unos meses de hospitalero en un lugar mítico, de los que suenan a leyenda, donde la lluvia y el viento son constantes, donde los caminantes se pierden, donde se lleva una vida austera como en la Edad Media cuando los caballeros templarios custodiaban a los peregrinos, cuando recorrer el Camino era jugarse la vida y hacía falta algo más que unos días de vacaciones y un poco de esfuerzo y dinero; cuando hacía falta fe, de esa que decía Jesús que movía montañas, de esa que ha ganado batallas y conquistado reinos. Allí en ese lugar, vive el último templario, y no quiere que su amigo pase de largo.

Javier apoya sus manos en los hombros de Adrián y recita de memoria una antigua bendición celta que los caballeros del temple hicieron suya:

*Que la tierra se vaya haciendo camino ante tus pasos,
que el viento sople siempre a tus espaldas,
que el sol brille cálido sobre tu cara,
que la lluvia caiga suavemente sobre tus campos y,
hasta tanto volvamos a encontrarnos,
que Dios te lleve en la palma de su mano.*

Javier le entrega un palo de la altura de Adrián hecho de madera de castaño, ligero y resistente.

Recibe este bordón que sea como sustento de la marcha y del trabajo, para el camino de tu peregrinación, para que puedas vencer las catervas del enemigo y llegar seguro a los pies de Santiago, y después de hecho el viaje, volver junto a nosotros con alegría.

Adrián acepta el bordón. Es el acompañante inseparable de todo peregrino, que le servirá de apoyo y como defensa de bandidos y animales, aunque en esta época sea algo raro utilizarlo para esos fines.

Javier le ofrece algo que lleva en su mano derecha. Adrián coge una moneda de plata. Parece muy antigua, el metal está doblado y en el centro se puede distinguir una cruz templaria.

—Esta moneda te protegerá. Llévala siempre encima.

Adrián cierra su mano mientras asiente con la cabeza.

Javier abre la otra mano y le ofrece una piedra blanca del tamaño de una nuez. Parece una piedra común.

—Esta piedra la cogí de una montaña del Himalaya —Javier estuvo en las montañas de la India—, tendrás que cargar con ella hasta una cruz, allí deberás dejarla; y cuando te desprendas de su peso, también te liberarás de una carga que te frena en tu camino. Cuando la veas, la reconocerás.

Adrián mira a su amigo incrédulo, no esperaba este ritual. Sabía que Javier era un amante del Camino pero no se imaginaba que tanto... Él no es espiritual, no cree en ritos ni bendiciones. Se ha dejado hacer por no incomodar a su amigo, pero la emoción que siente choca con sus creencias.

Buena manera de comenzar...

Javier le hace la señal de la cruz mientras recita la última bendición:

Nom nobis Domine non nobis sed Nomini Tuo da gloriam

ELSA

Cuando sale de la iglesia ya es noche cerrada, tiene que abrocharse el forro polar. Quedan pocos días para que se acabe el verano y en el Pirineo las noches son frescas. Se dirige al bar que hay pegado al albergue. En Roncesvalles no hay mucho donde elegir, es un pueblo que vive por y para el Camino, parada importante para los peregrinos que vienen de Francia llegando exhaustos después de cruzar las peligrosas y escarpadas montañas, y punto de partida para los que comienzan su peregrinación en España.

Entra en el bar y todas las mesas están llenas. Quiere comer algo rápido e irse a dormir. El albergue cierra sus puertas a las diez, así que tampoco se puede entretener demasiado. Pide la cena en la barra, un bocadillo de jamón (hoy no ha hecho muchos esfuerzos) y busca con la mirada un lugar donde sentarse. Al final del bar, junto a los baños, un hombre de pelo cano y entradas le indica que se acerque. Elsa hace como que no lo ha visto, no quiere saber nada de hombres, *aún no*, piensa. Se ha puesto una coraza que será muy difícil romper, un escudo que ninguna espada puede atravesar, tiene que protegerse...

Ellos son malos.

Una chica oriental sentada en la misma mesa también le indica que se acerque, no sabría adivinar su edad, es lo que pasa al tener los ojos rasgados, no hay arrugas, y lo mismo podría tener veinte que cuarenta. Elsa se resiste, busca alguna mesa solitaria en un rincón, pero eso aquí no existe. Ya le había advertido su amiga Agnes, la que le acogió en su casa, la que le animó a recorrer el Camino cuando le contó su pena, su angustia, *no pienses en ello*, se dice. Agnes le dijo que era normal compartir mesa con desconocidos, que era difícil estar sola, que tendría que abrirse a conocer gente nueva, que le vendría bien... *¿pero tan pronto?*

Elsa se acerca a la mesa. Hay tres hombres y dos mujeres. Se nota que vienen de lugares diferentes, hablan en inglés, *menos mal, voy a poder entender algo*, piensa. Se alegra de que su silla esté al lado de la oriental y a la parte del pasillo, *si me siento incómoda podré escapar*.

Se siente observada. Los escasos cinco metros que tiene que recorrer hasta la mesa son suficientes para que cada componente del grupo la

escudriñe, para que cada uno se haga una idea de ella, de dónde viene, cómo viste, si es guapa o fea (ella es muy guapa aunque intente ocultarlo), si esa timidez que exhala es por miedo, por vergüenza o porque tiene algo que esconder (hay algo de las tres).

—My name is Young mi —dice la chica haciendo una reverencia. Su nombre significa “prosperidad, eternidad y belleza” y cuando sonríe se hace merecedora de semejante apelativo— I’m from Corea.

Esa es la presentación típica en el Camino: decir tu nombre y tu procedencia, las dos etiquetas que dicen más de ti y que paradójicamente no has elegido.

«Y como el libro es en español, a partir de ahora traduciremos lo que dicen los personajes a este idioma, a no ser que sea necesario para narrar la historia».

—Me llamo Mauricio y soy de Panamá —se presenta un hombre que ya no cumplirá los cincuenta y que quiere disimular su calvicie peinando el poco pelo que tiene para adelante. *Eres calvo, asúmelo*, piensa Elsa mientras pasa la mano por su pelo, *mira quién fue a hablar*. Antes de salir, se cortó el pelo muy corto, —todo lo que den las tijeras— le dijo a la peluquera que no podía creer que se despojara de su melena rubia. Y se lo tiñó de negro. No quería destacar, no quería ser la rubia, no quería que los hombres se vuelvan a su paso, *los odio*.

—Yo soy Miguel —dice mientras se pone en pie—, y vengo de los Estados Unidos de América. El hombre se cuadra como un soldado y solo falta que se escuche el himno nacional. Tiene espaldas anchas, brazos de campeón de pulsos y barriga cervecera. Sus rasgos son latinos, piel oscura y perilla bien recortada.

—Me llamo María y vengo de Brasil —lo dice con una voz dulce y cantarina. Las arrugas de su rostro no concuerdan con la candidez de sus ojos verdes que destacan sobre la piel morena.

—Y yo soy Ricardo y soy español, de Málaga —es el hombre que la invitó a sentarse, el más mayor del grupo y el que se nota lleva la voz cantante. Se acerca a ella y le da dos besos. *No me toques*, piensa mientras aguanta el tipo, o al tipo, según se mire...

—Me llamo Elsa y soy de Alemania.

Hechas las presentaciones, ya puede cenar. Centra su atención en el bocadillo que aguanta con sus manos y muerde en su boca, en saborear el jamón y el pan con tomate, ese gustillo salado y dulce. Se le hace un poco de bola y tiene que esforzarse en masticar más de lo normal, no le importa, está bueno.

Escucha hablar a sus acompañantes, se nota que ya se conocen. Están comentando la etapa, la extenuante subida y la dura bajada.

—¿Tú no dormiste ayer en Saint-Jean, verdad? —pregunta Ricardo.

—No, he llegado hoy a Roncesvalles.

—¿Y vas a ir hasta Santiago? —pregunta Young mi emocionada.

—Eso creo... —dice Elsa sin estar muy segura de sí misma.

—Te has perdido una de las etapas más bonitas —dice Ricardo.

—Aunque también de las más duras —dice María mientras le enseña una ampolla en el talón.

—No estoy muy en forma. Venir al Camino no fue algo programado, así que la amiga que me animó a hacerlo me recomendó empezar aquí...

—Si no estás habituado a caminar, los 25 kilómetros de subidas y bajadas de hoy pueden hacerte abandonar antes de haber comenzado —apunta Miguel—. Creo que has tomado una decisión inteligente.

—Aún quedan 773 kilómetros hasta Santiago —dice Ricardo, se nota que conoce bien el Camino—. Lo importante no es dónde empiezas, es dónde terminas.

—He hecho cuentas... —dice Mauricio mientras teclea en la calculadora de su móvil—. Si una persona da unos 1.400 pasos para hacer un kilómetro, si nos quedan 773 kilómetros. Tenemos que dar 1.082.200 pasos hasta Santiago.

—¡Guau! ¡Un millón de pasos! —se asombra Miguel.

Los peregrinos se quedan pensando en lo lejos que queda Santiago.

—¿Mañana vendrás con nosotros? —pregunta Young mi.

—No lo sé...

Elsa no quiere estar con nadie, no quiere hacer amigos, no ha venido a eso. El Camino ha sido una forma de escapar, de salir corriendo, aunque con una mochila de quince kilos no se puede correr mucho... *Parecen simpáticos*, se dice. Sabe que no se puede negar, sabe que no sabe decir que no, y saber lo que no sabes es saber mucho.

—Mañana nos espera una bonita etapa —dice Ricardo levantándose—. Vamos a dormir, pronto cerrarán el albergue. Elsa, ven con nosotros, el Camino es largo y ya habrá tiempo para estar sola.

¿Cómo sabe que quiero estar sola?

Elsa asiente sin estar muy convencida. A lo mejor le viene bien tener compañía, poder hablar y no pensar en sus cosas, cosas que duelen.

El albergue lleva acogiendo a peregrinos desde el año 1132, con sus 183 camas es de los más grandes y concurridos. Le ha tocado la litera de arriba, los peldaños de metal están fríos y se le clavan en los pies desnudos. Se mete en el saco y lo cierra hasta que solo asoman sus ojos y su nariz por el agujero. Parece una oruga que emerge para salir de su cautiverio. Aún no han apagado las luces y ya se escuchan ronquidos. *¡Maldición! Olvidé los tapones.* Habrá unas veinte personas en la habitación, algunas ya duermen cuando aún no son ni las diez. Los ronquidos se escuchan cerca, asoma la cabeza y, no puede ser... lo tiene debajo. Un hombre de cien kilos con el saco abierto, su camiseta deja salir un palmo de barriga, en las piernas solo lleva calzoncillos. La tripa se le hincha al ritmo de los ronquidos, su mano se desliza por la pierna y se acerca a la ropa interior, cuando está a punto de rascarse sus partes apagan la luz y la oscuridad le ahorra el dantesco espectáculo. Hay cosas que es mejor no ver.

Con la oscuridad, el silencio se hace latente, también la ausencia de él. Una sinfonía de ronquidos, suspiros, toses, movimientos de saco y sonidos sin identificar la rodean, vienen de todas partes, parece que un técnico de sonido cruel ha repartido altavoces por toda la habitación. Si lo piensas, es mejor que el cine y su sonido envolvente.

He olvidado el reloj en la mochila. Cuando no se puede dormir y no tienes un reloj con luz, el tiempo se disuelve y no se sabe si ha pasado una hora o tres. Y si a eso le añades dormir en una cama extraña, los nervios de una experiencia nueva y la sinfonía de sonidos, se convierte en una noche en duermevela. Y lo malo de no dormir es que da tiempo a pensar, y lo malo de pensar es que la mente evoca los recuerdos, y lo malo de recordar es que vuelven los fantasmas.

¿Por qué me hizo esto?

ADRIÁN

Un cartel indica: “Santiago 858 km”. Son muchos los kilómetros, pero a Adrián no le asusta. Es un amante de la montaña, tiene la suerte de vivir cerca de los Pirineos y ha ascendido a muchas de sus cumbres, pero ya hace tiempo de eso. *El Camino es algo fácil, es para abuelos*, se dice. Cuelga en la mochila la vieira que le ha regalado Javier, *¡cuántos regalos!* Es una concha sencilla con una cuerda. Coge con fuerza su bordón y da el primer paso, luego vendrán muchos, más de un millón, pero todo comienza con un primer paso, una meta, una ilusión, un sueño, el Camino de Santiago.

La senda se va internado en bosques, atravesando praderas, rodeado de los majestuosos circos de Candanchú y Riosetas, siempre en descenso por la ribera del río Aragón. Adrián lleva buen ritmo. Hace un día soleado y con los calcetines y botas de montaña, se le empiezan a cocer los pies. Para a comer algo en la estación de Canfranc. Se descalza para airear los pies, mientras mira la estación inaugurada por el rey Alfonso XIII en 1928 que mejoró la comunicación con Francia gracias al túnel que permitía cruzar los Pirineos bajo tierra. La fachada, con tantas ventanas como días tiene un año, luce limpia después de la reciente restauración y próximamente albergará un hotel, un museo ferroviario y un albergue de peregrinos.

Está cayendo la noche, las farolas de Castiello de Jaca se encienden. Aún le quedan algo más de seis kilómetros hasta Jaca, le duelen las plantas de los pies y está cansado. Tenían que haber madrugado más, empezar a las doce no ha sido buena idea. *Bastante ha hecho Javier por mí como para hacerle levantar a las seis de la mañana*, piensa.

Saca el forro polar, pues cuando baja el sol también lo hace la temperatura, y sigue su camino. *Hay que saber sufrir*.

Llega a Jaca a las nueve. Los 32 kilómetros con más 800 metros de desnivel cuesta abajo le han costado más de lo que esperaba. Le fastidia estar tan cansado, pensaba que lo iba a hacer sobrado, *¡si es todo bajada!*, pero lleva unos años inactivo; desde que cambió los piolets por la cámara, apenas

ha subido al monte. Intenta aparentar entereza cuando pasa por las terrazas repletas de gente, camina erguido y a grandes zancadas. Su orgullo no le deja mostrar debilidad.

En el albergue se hace con la credencial del peregrino, un librito negro y dorado de cartón. En la portada hay una estatua de Santiago y una vieira. Adrián pone sus datos y el hombre del albergue estampa el primer sello: una corona sobre una vieira con la cruz de Santiago. Según indica en la credencial, deberá poner cada día al menos dos sellos para poder alojarse en los albergues de peregrinos, para que al final, le den la merecida “Compostela”, el diploma que certifica que ha realizado el Camino de Santiago.

Adrián paga los once euros del albergue, *un poco caro, ¿no?*, y los dos euros de la credencial. Es un albergue municipal con literas. Adrián pensaba que los albergues eran más baratos. Once euros por compartir habitación con varios tíos roncando le parece excesivo...

Se ducha corriendo y sale a comprar algo de cenar. Va en chancletas y le cuesta caminar. En las inmediaciones de la catedral de San Pedro hay varios bares con las terrazas llenas de clientes. Adrián recorre siete de ellos sin conseguir que le hagan un bocata en ninguno. Son restaurantes pijos donde solo dan cenas a la carta o raciones. No le cabe en la cabeza cómo en Jaca, un lugar de montañeros, no le hagan un bocata. Le quedan diez minutos para que cierren el albergue, y al final, coge unos pinchos de la barra y una lata de cerveza, que se lleva metidos en una bolsa. *Mal empezamos...*

RICARDO

El sonido estridente de una bolsa de plástico al ser manipulada lo despierta. Mira su reloj de muñeca *¿pero qué prisa tienen?* Son las cinco y media de la mañana.

¡Malditos guiris! Siempre igual.

Este es el quinto Camino para Ricardo. Conoce los pormenores y los sinsentidos de la peregrinación. Y esta es una de las que más le enerva, quedan pocos días para octubre, hasta las ocho no se hace de día, no hace un calor excesivo, hay sitio de sobra en los albergues, entonces... *¿para qué madrugar tanto?, ¿para qué comenzar a andar a las seis de la mañana?, ¿por qué despertar a todos los demás?*

Ya le han desvelado. Ricardo se acuerda de los padres y los muertos de cada uno de los madrugadores mientras se retuerce en el saco. Hasta que a las seis se rinde y se levanta. Camina hacia el baño y al pasar por el interruptor de la luz lo enciende de un golpetazo, *si no duermo yo, no duerme nadie.*

Ricardo ya ha conseguido lo que busca cada año: formar un grupo, unas personas a las que liderar, a las que poseer durante unos días. A sus 68 años se encuentra envidiablemente bien de forma —de mayor quiero ser como tú— le dicen muchos con treinta años menos, con más kilos y menos fondo. Desde hace décadas camina al menos diez kilómetros cada día y hacer el Camino es su forma de testar su estado físico, de cómo los años le pesan, aunque nunca le oirás reconocerlo. Sabe que este año puede ser el último. Los médicos le aconsejaron que no lo hiciera, pero *¿qué saben ellos?* Antes de jubilarse era director de banco. Está acostumbrado a mandar, a mentir y manipular, a que la gente vaya a su despacho desesperada, arruinada, desahuciada, en busca de ayuda, de una solución que atrase lo inevitable, aunque luego esa refinanciación, ese crédito de más, sea la soga imposible de cortar. Ricardo añora su trabajo, el poder, el peloteo de sus subordinados, el escote generoso de alguna clienta dispuesta a lo que sea, el tener la potestad de influir en el destino de las personas, tener la última palabra.

—Venga chicos —despierta a los que todavía están remoloneando—. Hay que prepararse.

Se acerca a la chica alemana, se fijó dónde dormía. Elsa se resiste a levantarse, metida dentro del saco ni siquiera asoma la nariz para respirar. Está girada hacia la pared y su trasero queda a la altura de la cara de Ricardo, que se queda unos segundos mirándola.

¿La despierto o no? Parecía que quería estar sola.

—Elsa, despierta, van a cerrar el albergue —miente.

MIGUEL

El norte de Navarra parece un bosque encantado. Se suceden las hayas, abedules, robles, pinos y helechos. Los troncos lucen formas retorcidas tapizados de musgo y los hongos asoman entre las hojas caídas. Los altos de Mezkiritz y Erro no han cambiado demasiado desde la época medieval. Eso sí, ahora no hay que preocuparse de los lobos, osos y bandidos.

Miguel disfruta caminando en la naturaleza. Le recuerda las duras maniobras en las selvas y desiertos de América, días enteros caminando con todo el equipo a cuestas: armas, granadas, munición, chaleco antibalas, linternas, equipo de telecomunicaciones, baterías, gafas de visión nocturna, herramientas, comida... más de 30 kilos cargados en el cuerpo y el rifle de asalto de 6 kilos en sus manos preparado para disparar. Ya no es el que era. Su barriguita delata que come más y entrena infinitamente menos, pero caminar con ocho kilos a la espalda al ritmo lento que impone el grupo es un paseo agradable por el campo.

—Pero tú no eres realmente de Estados Unidos, ¿no? —le pregunta Ricardo.

Odia esa pregunta, *¿qué no soy americano? Yo que he dado mis mejores años por mi país, que he matado y he estado a punto de morir por él.* Por un segundo está tentado de usar la violencia. Con sus conocimientos de lucha cuerpo a cuerpo aprendidos en los Navy SEALs podría matar de un solo golpe a un hombre. Tantos años en el cuerpo, tantas guerras, le han dejado esas secuelas: *matar y destruir*. Tiene que contener sus instintos, está mejorando mucho. Suspira antes de contestar.

—¡Soy más americano que Trump! Nací en ese gran país, vivo en Florida, pero mis padres provienen de Honduras, si es lo que quieres saber.

—Y ahora que lo mencionas... —dice Ricardo que todo lo quiere saber —, ¿cómo se lleva ser latino con Trump en el poder?

—El odio y las guerras son un error —él lo sabe bien después de combatir en Afganistán e Irak—. Trump está empeñado en separar a los americanos del resto del mundo, y lo que es peor... separarnos entre nosotros. Habla de muros y del poder del ejército. No hay nada más peligroso que un

tonto con poder. ¡Se han olvidado que más de un millón y medio de soldados son latinos! Aunque a los veteranos retirados como yo, se nos respeta.

Si supieran lo que hemos hecho, no lo harían... piensa.

ADRIÁN

Un cartel pintado a mano señala: “Arrés 2.100m”. Mientras Adrián se adentra en el bosque, duda si serán de distancia o de altura, al ver la cuesta que le viene. *Mucha altura para esta zona*, piensa. Se le está haciendo larga la etapa. Le duelen las plantas de los pies y las uñas de los dedos gordos. En la última parada se quitó las botas y vio que tenía las uñas negras. No quiere ni pensar que aún le quedan más de 800 kilómetros hasta Santiago, pero los hitos que marcan el Camino cada kilómetro con la distancia grabada se lo recuerdan.

Llega al albergue exhausto. Hace ya rato que se le acabó el agua y lleva la boca más seca que la tierra de los campos que ha visto hoy. El sol lo ha castigado durante todo el día, el verano se resiste a irse. El recibimiento no puede ser mejor. Los hospitaleros que llevan el albergue le saludan efusivamente y le obsequian con un vaso de agua de limón. Adrián se quita la mochila para sacar su credencial.

—Siéntate y bebe una *mihilla* de agua —le dice el hombre de unos cincuenta años y el pelo atado en una coleta—, aquí la prisa no existe *ni na*, no te vas a ir muy lejos.

Y tiene razón. El pueblo lo forman unas pocas casas de piedra construidas alrededor de la iglesia y el castillo.

—¡Muchas gracias! —se bebe el vaso de un trago—. Me llamo Adrián y soy de Zaragoza.

—De nada hombre... nosotros sabemos lo que cuesta la última subida —hace una señal con la mano a una mujer que lleva delantal y un trapo en las manos—. Bienvenido a “La Casa de las Sonrisas” —un cartelito en la pared del albergue lleva inscrito ese nombre—. Ella es mi mujer Araceli y yo soy Antonio, los hospitaleros voluntarios de Arrés.

—¿Y lleváis mucho tiempo aquí?

—¡Qué va! —dice Antonio con acento andaluz mientras ríe—, llegamos hace dos días de *Graná*, vaya *pechá* de *conducí*.

—Los voluntarios estamos quince días, tenemos el alojamiento y la comida incluidos por nuestro trabajo —dice la mujer.

—Y, ¿cómo habéis terminado en este pueblo tan apartado?

—Somos unos amantes del Camino. Hace unos años recorrimos el tramo aragonés y este pueblecito nos encandiló, pedimos venir aquí y nos ha tocado. Luego haremos una visita con los peregrinos para que lo veáis —Araceli mira a su alrededor y a su marido visiblemente emocionada—. El albergue pertenece a la Asociación de Amigos del Camino de Santiago y funciona por donativo. Al peregrino se le ofrece una cama, la cena y el desayuno, y luego cada uno colabora con lo que pueda y crea oportuno.

Adrián había oído hablar de este tipo de albergues que abundan en el Camino, aunque el creciente auge del turismo y la cantidad de alojamientos disponibles los desplace a algo simbólico y de difícil acceso, pues son pocas las camas disponibles para el aluvión de peregrinos.

Un perro peludo de orejas puntiagudas se sube sobre Adrián, que como no lo esperaba, se pega un susto.

—Tranquilo, no hace nada...

Eso dicen todos los dueños antes de mandar a un niño al hospital, piensa Adrián que, aunque le gustan los perros, le dan algo de miedo. Nunca le oiréis reconocerlo.

Un cuarentón, sobrepeso, visibles entradas, bigote recortado (se han vuelto a poner de moda), ojos vivos y pantalones muy cortos, coge al perro del collar. La que parece su novia, rubia, ojos claros y piernas de corredora de maratón, mucho más guapa que él... lleva en brazos un chiguagua.

—Perdón —se disculpa—, ¿en el albergue se puede dormir llevando perros?

—No, lo siento. Aquí solo se aceptan peregrinos. Aunque a veces sean más peligrosos y huelan peor que un chucho callejero —dice Antonio mientras ríe y acaricia al perro grande.

—Pues ahora, ¿a ver qué hacemos? —dice la chica que parece que lleve un niño de pecho en brazos—. ¡Ya te dije que deberíamos haber mirado los alojamientos con antelación! —reclama al bigotes.

—No os preocupéis —les tranquiliza Araceli—, si algo sobra aquí son lugares para guardar unos perros.

—¿No pensará que los vamos a dejar dormir solos y en cualquier cuadra llena de pulgas? —dice abrazando al chiguagua.

—Creo que el Ritz de Arrés tiene una suite libre —dice Antonio que tiene la costumbre de reírse de sus propias gracias—. Aunque no sé si

aceptaran “perregrinos”.

Adrián intenta aguantar la risa. Está cansado y se muere por una ducha y comer algo. Se disculpa y entra al interior del albergue.

Antonio guía a los peregrinos que han llegado hoy a visitar el pueblo. Les enseña la iglesia y el castillo recientemente reconstruidos. Arrés fue expropiado cuando se creó el pantano de Yesa. Nunca llegó a inundarse (como pasó con otros pueblos), pero quedó abandonado. El Camino y el albergue lo están reviviendo, cada vez más peregrinos se alojan aquí, y han abierto hasta un hostel con bar. El ayuntamiento cede el terreno por un euro para el que quiera construirse una casa, con la condición de vivir en ella.

Van a ver la puesta de sol desde el castillo. Los últimos rayos acarician las cumbres de los Pirineos. Los campos de cultivo se funden con los bosques, y el pantano de Yesa se extiende con el agua turquesa. Adrián se separa un poco del grupo y se sienta en una roca a disfrutar del espectáculo. Una brisa azota el alto de la montaña. Saca su cámara réflex y apunta con el objetivo al pantano. Cuando observa el planeta por la mirilla, entra en otro mundo. Se convierte en observador, su mente se silencia, su voz interior se acalla, se funde con la imagen, con el entorno, con la realidad. Encuadra la foto para que se reflejen las montañas en el lago. Cuando dispara y escucha el chasquido del mecanismo, sabe que ha captado un momento único. Nunca habrá la misma luz, nunca estarán las mismas nubes, los mismos seres en el mismo momento de su existencia. Una instantánea es robar un momento del presente, un momento único plasmado para la eternidad.

Adrián deja la cámara a un lado y mira a su alrededor. *Bonito sitio para construir un pueblo.* Necesitaba salir de la ciudad, regresar a la naturaleza, conectar con los elementos, y sobre todo, consigo mismo. Llevaba semanas sin usar la cámara. Estuvo tentado de no coger ninguna. Ahora no está trabajando, y caminar con todo el equipo es un suplicio, pero no se pudo contener, *solo una de las pequeñas*, se dijo. Y apenas ha aguantado dos días sin usarla. Por primera vez en su vida está perdido. Lo tenía todo, había logrado su sueño: era uno de los fotógrafos más demandados por las revistas especializadas como National Geographic. Había recorrido medio mundo capturando momentos épicos en la naturaleza, en la humanidad, en la tradición. Había renunciado a todo por su sueño, pero ahora se sentía vacío. Estar en la cima te convierte en solitario. Mirar desde arriba te hace creerte mejor que los demás, y cuando te crees mejor (o peor) que el resto de mortales, la brecha que se crea entre tú y

ellos se convierte en un abismo al que da miedo asomarse, y lo peor de todo es que no te puedes apoyar en nadie...

—¿Alguien quiere repetir? —pregunta Araceli mientras levanta la bandeja con la carne empanada.

Después de un plato de puré, una ensalada y tres filetes, Adrián no puede más y los demás tampoco. Comparte mesa con los amables hospitaleros, una pareja de madrileños, tres jubilados venidos de Escocia, Irlanda y Madrid, un matrimonio de Alicante y los “perregrinos”, que después de preguntar en el pueblo, les han cedido una habitación para dejar los perros. Podrían quedarse en el albergue, pero han decidido dormir con ellos tumbados en su esterilla.

Todos, menos Adrián, son veteranos del Camino y coinciden en la gran diferencia de afluencia de peregrinos con el Camino francés. Araceli sirve el postre, unas natillas caseras, mientras sigue la conversación.

—Empezando desde Roncesvalles es impensable coincidir con solo diez personas en un albergue —dice el madrileño que, junto a su mujer, está recorriendo el Camino por etapas—. Los kilómetros extra, las etapas más largas y la falta de infraestructuras animan a los peregrinos a empezar desde el Pirineo navarro.

—¿No es como aquí? —pregunta Adrián, que no se ha informado mucho.

—¡Qué va! Allí las etapas son de poco más de veinte kilómetros y, si estás cansado y quieres parar antes, hay infinidad de albergues privados donde dormir. Además, en cada pueblo hay bares y tiendas, no como aquí, que no hay prácticamente nada de un albergue a otro —dice el alicantino.

El madrileño jubilado se levanta de su asiento y comienza a cantar, con más ganas que buena entonación, una canción de Nino bravo: “Un beso y una flor”. Después del asombro inicial, Antonio coge una guitarra que hay colgada en la pared y lo acompaña, los peregrinos se van animando. Viene otra y otra canción, y la noche se convierte en una fiesta.

ELSA

El grupo cruza el puente medieval de la Magdalena, que se eleva sobre el río Arga como un vestigio de la antigüedad. La silueta de la catedral les da la bienvenida a la ciudad. Caminan sobre piedras comidas por el musgo hasta llegar al Portal de Francia, protegido por grandes muros. Al cruzarlo, se adentran en la zona más antigua y mejor defendida: la Navarrería. Han llegado a Pamplona.

Elsa no para de mirar a su alrededor. El cambio es brusco. De caminar dos días por bosques y cruzar pequeñas aldeas, a pasear por una ciudad llena de coches, ruido y turistas haciendo fotos. Los carteles les indican el camino. Uno de ellos marca la catedral y Elsa coge esa dirección.

—¿Dónde vas? —le increpa Ricardo señalando una vieira incrustada en el suelo de la acera—. Al albergue se va por aquí.

—Quiero ver la catedral.

—Hay que ir antes al albergue y coger cama. El primero que llega coge sitio, a ver si te vas a quedar en la calle. Después de ducharnos y comer algo es el momento de hacer turismo.

Elsa está tentada de no hacer caso, *¿por qué tiene que saberlo todo?*

—Tiene razón —dice María.

¿Por qué tiene que tener siempre razón?

Elsa sigue al grupo sin decir nada.

Han debido de llegar todos a la vez porque hay cola para entrar al albergue. Los peregrinos esperan su turno junto al muro de piedra. Los componentes del grupo se despojan de las mochilas y se sientan en el suelo a esperar. La mochila le está destrozando la espalda a Elsa. Los hombros doloridos no pueden más y cuando se libra del peso siente un alivio casi orgásmico.

Un hombre con gorra militar se acerca arrastrando las botas. Son unas panamá de esas marrones que se llevaban hace treinta años. Carga una mochila destartada y con infinidad de cacharros colgando. Lleva una bandolera donde asoma una cafetera de las de toda la vida. Su pantalón es dos tallas más

grande y la tela sobrante se le remanga sobre las botas. Lleva puesta una chaqueta recia cuando hace casi treinta grados. Las gafas de ver transparentan unos ojos rasgados que denotan cansancio, y colgadas del cuello lleva otras gafas de sol con un dedo de polvo. Parece que no se las ha puesto en todo lo que lleva de Camino.

A Elsa le asombra ver semejante personaje. El hombre se acerca exhausto, se deja caer en el suelo sin quitarse la mochila y suelta un sonoro suspiro.

—¿Se encuentra bien? —le pregunta Elsa, que como es médico no puede evitar asistirlo. El hombre tiene cara de mareado. Entre Miguel y ella le quitan la mochila que pesa cerca de veinte kilos y la chaqueta. El hombre se deja hacer. María le ofrece su botella de agua y le da un sorbo.

—Ya estoy bien, ya estoy bien —dice con un acento extraño—. Gracias, gracias.

—Quédese un ratito sentado y descanse —dice Elsa—. Traed una Coca-Cola, creo que tiene un bajón de azúcar.

Miguel se va a un bar a por una.

—¿Pero cómo lleva tanto peso y tanta ropa? —le recrimina Ricardo como si fuera un niño. Aunque el hombrecillo tendrá más de cincuenta.

—Me habían dicho que en España hacía mucho frío...

—Ahora descanse y no hable —dice Elsa mientras mira de manera acusadora a Ricardo. Está a punto de saltar, pero se contiene.

Todo lo tiene que saber...

MARÍA

María se ha quedado rezagada. Para a beber un poco de agua mientras ve desaparecer al grupo a lo lejos. Divisa los molinos de viento y el vértice de la montaña que anuncia la otra vertiente. Los dolores se le acumulan: tiene dos ampollas en el pie izquierdo y una en el derecho, y el peso de la mochila le está destrozando la espalda. Lleva preparándose todo un año para hacer el Camino, que a sus sesenta y tres años, es todo un reto. Cada día sin excepción, se calzaba las zapatillas de deporte y recorría los doce kilómetros que se había marcado como entrenamiento, uno por cada apóstol, y a ellos se encomendaba para que le infundieran fuerza y valor.

Su fe la ha traído al Camino. Como buena cristiana, quería recorrer los pasos que tantos religiosos han seguido. Siente gran devoción y admiración por uno de ellos: San Francisco de Asís, y una de sus célebres frases le da fuerza para acometer la última subida que asciende hasta el Alto del Perdón. *“Comienza haciendo lo necesario; luego haz lo posible y de repente estarás haciendo lo imposible”*.

Saca de su cuello el rosario de plata que perteneció a su madre, lo besa y lo aprieta en su mano mientras emprende la marcha, puede sentir un ligero dolor en la palma que momentáneamente la librería de los otros. Comienza a rezar la oración del peregrino:

Apóstol Santiago, elegido entre los primeros, tú fuiste el primero en beber el cáliz del Señor, y eres el gran protector de los peregrinos; haznos fuertes en la fe y alegres en la esperanza, en nuestro caminar de peregrinos siguiendo el camino de la vida cristiana y alientanos para que, finalmente, alcancemos la gloria de Dios Padre. Amén.

Sus compañeros la animan desde lo alto. El viento comienza a arreciar y se escuchan las aspas de los molinos girando. Está tentada a parar de nuevo y ponerse la chaqueta, pero decide continuar. *Aguanta, no queda nada...*, se dice.

Llega con la respiración entrecortada, Miguel es el primero en abrazarla, luego lo hacen los demás...

Qué buenos son mis niños.

Lo ha conseguido. Vislumbra el monumento a los peregrinos. Las figuras silueteadas de hierro representan una familia de peregrinos alemanes en la Edad Media que hacen el Camino a pie y a caballo. El enunciado grabado en uno de los caballos no puede ser más acertado:

“Donde se cruza el camino del viento con el de las estrellas”.

Las vistas son impresionantes. Pamplona se despliega al este. Se pueden distinguir la catedral y la ciudadela. Y a lo lejos se alzan las cimas de los Pirineos. Se emociona al verlas. No puede creer que venga de allí, de las montañas. Hacia el oeste se intuyen varios pueblos y un puente, pero no uno cualquiera, este lo mandó construir para los peregrinos una reina.

ADRIÁN

El crepúsculo se tiñe de rosa anunciando la inminente salida del sol. Los pajarillos comienzan el día con ritmo frenético pasando de rama en rama, entonando sus mejores melodías. El pueblo de Ruesta queda atrás. Aún se divisan sus edificaciones de adobe al borde del derrumbe. Desde que cenaron juntos en Arrés hace dos noches, el grupo no se ha vuelto a separar. Es el mismo camino, las mismas paradas, el mismo albergue (solo hay uno por etapa) y los mismos peregrinos. Eso ayuda a hacer piña y compartir los buenos y malos momentos que ofrece la ruta. Uno de los mejores es salir con las primeras luces, con el fresco de la mañana y los sonidos de la naturaleza. Comienzan la etapa por un bosque de pinos. El río Regal fluye al lado del sendero y, en cuanto suben la primera cuesta, el pantano de Yesa, mermado por la falta de lluvia, les saluda a la derecha. Todo sería perfecto para Adrián si no fuera por el dolor que arrastra desde el primer día (este es el cuarto) en las plantas de los pies. Le cuesta empezar y calzarse las botas, comenzar a caminar es un suplicio, pero es el precio que hay que pagar. En un camino tan largo son inevitables los dolores, pero... *¿tan pronto? ¿Me van a durar los dolores los más de ochocientos kilómetros?*, se pregunta Adrián mientras siente como si le clavaran cuchillos en la base de los pies. Al mirar sus botas ve algo raro. Con cada paso se abren como la boca de un mero gigante a punto de tragarse un pez. Para de caminar y levanta el pie derecho, al subir la bota ve caer la suela que se despega hasta la mitad.

Lo que me faltaba.

Comprueba que a la izquierda le pasa lo mismo, *¿cómo puede ser que se despeguen las dos suelas a la vez?*, se pregunta. Y la respuesta es sencilla: lleva unas botas cómodas, pero muy viejas. Tienen quince años, han estado mucho tiempo en el armario y aunque a simple vista parezca que están bien, sus materiales se han descompuesto poco a poco por el desuso.

—¿Qué ocurre? —le pregunta el “perregrino”, que transporta al chiguagua en un portabebés de estos en los que se lleva al niño (o perro) sentado en el pecho.

—Se han despegado las suelas de las botas —dice Adrián mientras se las

quita—. Tengo esparadrapo en la mochila, a ver si con esto aguantan hasta Sangüesa.

El grupo le espera hasta que arregla las botas. Cuando comienza a caminar de nuevo parece un pordiosero, pero de momento funciona.

El camino ofrece a los peregrinos algunos manjares: moras, higos, nueces y almendras. Solo hay que estar atento y saber diferenciar los árboles. A Adrián le saben a gloria y tiene que contenerse para no llenar la mochila de los frutos que les regala la naturaleza.

El final de la etapa se hace largo. Caminando entre campos de cereal y con la carretera al lado, el sol castiga su cuerpo y el calor le vuelve a cocer los pies. Todos los días lo mismo, empieza y termina con dolores. La parte central se hace llevadera pero los últimos kilómetros son una penitencia que Adrián soporta estoicamente. Su consuelo es que los demás componentes del grupo tienen sus propios males, aquí nadie se libra, y ya se sabe que, mal de muchos consuelo de tontos.

Sangüesa se presenta en el horizonte como un oasis a un caminante que cruza el desierto, y no por su belleza, pues el pueblo tiene aspecto de viejo y descuidado, sino porque al llegar se para de caminar. Llega la hora de quitarse las botas, ducharse, beber una cerveza fría, comer algo y echarse una siesta. Esa visión lleva en volandas al peregrino que ve cerca la meta, donde se valora más un buen bar, con menú abundante y asequible, que visitar cualquiera de las iglesias de las que abundan en el Camino. O por lo menos así piensa Adrián, ni religioso, ni devoto, ni demasiado interesado en la arquitectura románica o barroca, valora más los pequeños placeres que aporta el Camino, y uno de ellos puede ser dejar de hacerlo. Resulta paradójico que uno de sus momentos preferidos sea el de quitarse las botas y liberar sus castigados y doloridos pies de la condena a la que son sometidos. Cuando un peregrino se embarca en la exigente empresa de recorrer veintipico kilómetros cada día, no piensa en sus pies, no les pide permiso, ni se interesa demasiado en sus necesidades. Esos pies que son los verdaderos protagonistas, los que sienten cada piedra millones de veces pisada, los que tienen que soportar el calor infernal que emana el asfalto al medio día, los que aun recorriendo cada paso del Camino no pueden disfrutar ni de uno de sus paisajes, presos en unos calcetines sudados y unas botas malolientes. Cuando por fin se liberan después

de la larga etapa, es como si nacieran de nuevo, pues salen arrugados y con el tono rosáceo que presentan los recién nacidos. Por fin pueden respirar aire puro, pueden sentir el viento y moverse con libertad. Para ellos, las horas que pasan descalzos o en las chancletas son las más felices, pero como todo lo bueno, dura poco y sabe a poco. A la mañana siguiente, cuando su dueño los enfunda en los calcetines, dicen en un susurro imperceptible:

¡No, no, por favor, descansa hoy!, ve al río a remojarnos y camina por un prado de hierba húmeda y fresca...

Pero nadie los escucha, y un día y otro también tienen que soportar las vicisitudes del Camino, de una forma callada y altruista, sufrir para que otro disfrute. Y sus células se lamentan de no formar parte de los ojos. Ellos gozan con cada nuevo paisaje; o de la lengua, siempre húmeda y sintiendo el placer de cada manjar que es llevado a la boca. Mal asunto ser el pie de un peregrino.

Adrián camina por las calles de Sangüesa calzando sus chancletas. Va en busca de pegamento para poder pegar las suelas de las botas. Cree que le pueden durar hasta Santiago. Aquí hay tiendas donde comprar otras, pero no le sobra el dinero. Lleva un tiempo inactivo y es lo que tiene ser freelance, si no se trabaja, no se cobra. Ya se ha duchado y ha comido algo. Camina con dificultad pero a paso ligero. Las campanas de la iglesia retumban por todo el pueblo. Un coche de la policía foral escolta la entrada al casco viejo. Dos agentes le otean al pasar. Un tumulto de gente se arremolina a la entrada de la iglesia, se escuchan llantos y gritos cargados de furia. Adrián se da cuenta de que las más de doscientas personas que llenan la calle son de etnia gitana. Los rostros reflejan dolor y crudeza. No quiere pasar por el meollo por una mezcla de respeto y miedo. Algo ha debido de pasar y seguro que no es nada bueno. Se adentra en una callejuela y sigue con la búsqueda de una ferretería donde comprar pegamento, cada loco con su tema.

—Señora, ¿sabe usted qué ha pasado? —pregunta a una anciana que observa el trajín de gente desde la puerta de su casa.

—Yo no quiero hablar, a mí déjeme que no sé nada...

A Adrián le extraña la respuesta. Pregunta a varias personas que contestan con el mismo mutismo. *¿Qué tiene miedo de contar esta gente?*, se pregunta. Y hasta que por fin encuentra la ferretería y pone oreja en la conversación entre el tendero y una clienta, no se entera de lo sucedido.

—Esto se veía venir —dice la mujer apoyada en el mostrador—, ¿cómo

se le ocurre maltratar a la hija de los Jiménez? ¿Qué se pensaban, que no iba a haber represalias?

—Yo hubiera hecho lo mismo —dice el tendero que tiene dos hijas adolescentes—. Cojo la escopeta y me cargo a ese mal nacido, pero qué culpa tenían el padre y los hermanos...

—¿Has visto la de policía que hay por todo el pueblo? Se teme la venganza, esto se puede convertir en un baño de sangre —dice la mujer angustiada—. Con los gitanos ya se sabe, se toman la justicia por su mano.

Adrián se acerca al mostrador y paga el pagamento. Duda un poco, se nota que la gente del pueblo tiene miedo a las dos familias, pero la curiosidad gana la partida.

—Por favor, ¿me pueden contar lo que ha pasado?

El tendero duda si abrir la boca, mira a su alrededor y ve que no hay nadie más en la tienda, y aún así contesta en voz baja.

—¿No has visto las noticias? —está claro que no, Adrián niega con la cabeza—. Hace unos días hubo una reyerta entre familias gitanas. El padre de una joven fue a reclamar a la familia del marido que la maltrataba. Hubo una pelea. El padre de la chica sacó una escopeta del coche y mató al padre y dos de los hermanos del yerno. Hoy es el entierro.

ELSA

La bajada del Alto del Perdón es mucho peor que la subida. El camino va haciendo zigzag por un pedregal con una pendiente considerable. Las piedras salen disparadas al posar las botas y es fácil resbalar y caer de bruces. Elsa extrema la precaución. El peso de la mochila la convierte en inestable y no se siente segura. Tiene que aguantar su peso para frenarse y no salir disparada cuesta abajo. Le duelen las uñas de los dedos gordos de los pies y las rodillas. Quiere terminar este suplicio y caminar en llano, no tiene experiencia en terrenos difíciles. *Tenía que haber entrenado antes*, se lamenta. Se ha quedado la última, hasta María la ha adelantado.

—¡Es mejor no frenarse y dejarse llevar! —grita Ricardo desde abajo.

¡Cómo si fuera tan fácil!

Elsa no contesta, pero intenta hacer caso. Deja de ejercer tanta resistencia y se abandona a la inercia del descenso. Comienza a trotar más rápido de lo que le gustaría, tiene miedo de caer, debe buscar muy rápido dónde poner el siguiente pie sin perder el equilibrio. Siente la mochila rebotar a su espalda y, como por arte de magia, han desaparecido los dolores y le resulta hasta divertido deslizarse por el pedregal. Llega donde la cuesta pierde inclinación y la esperan los demás. En el Camino como en la vida, hay veces que es mejor no oponer resistencia y dejarse llevar...

En Óbanos se juntan el Camino aragonés y el francés. Desde aquí “todos los caminos a Santiago se hacen uno”. La iglesia de San Juan Bautista se alza imponente, con su torre y sus elegantes arcos del pórtico. Elsa para en la Plaza de los Fueros a disfrutar de la bonita estampa. Se desprende de la mochila con esfuerzo. Acaricia sus hombros doloridos y saca la botella de agua para beber un enorme trago.

—¿Conocéis el Misterio de Óbanos? —pregunta Ricardo. Y como nadie responde sigue hablando—. Cuenta la leyenda que la princesa Felicia de Aquitania, con el fin de retrasar su boda, convenida por su padre, peregrinó hasta Santiago, y a la vuelta, se quedó en Óbanos trabajando de sirvienta. El padre, al ver que no regresaba, mandó a Guillén, su otro hijo, a buscarla.

Cuando la encontró y al ver que estaba trabajando, entró en cólera y mató a Felicia clavando una daga en su corazón. Arrepentido, Guillén peregrinó rumbo a Santiago, y cuando regresó, se retiró a la cercana ermita de Arnotegi para asistir a los peregrinos hasta sus últimos días.

—¿De verdad pasó eso? —pregunta Elsa pensando en la pobre Felicia.

—En el mes de julio se celebra una gran fiesta conmemorando la historia con más de quinientos actores —dice Ricardo—. Vale de descansar. Solo quedan un par de kilómetros a Puente la Reina.

—Yo me quedo un rato más —dice Elsa.

—En Puente la Reina se unen los dos Caminos y en el albergue de los Hermanos Reparadores el primero que llega coge sitio, no se puede reservar cama y hoy seguro que se llena.

—Si no hay sitio ya cogeré un albergue privado, quiero quedarme un poco más a descansar y disfrutar de este lugar.

—Si te quedas en la calle, no digas que no te avisé... —Ricardo pasa por debajo de la Puerta de Óbanos, un arco de piedra por donde han pasado millones de peregrinos—. ¡Vamos chicos! —ordena con rostro serio.

Todos le siguen mientras miran a Elsa y se despiden con la mano. Mauricio se acerca a ella, apenas han hablado, él es muy reservado.

—¿Quieres que me quede contigo?

—Gracias Mauricio, quiero estar sola un rato, estaré bien...

Cuando cruzan todos la Puerta de Óbanos, Elsa da un suspiro. Se acomoda apoyando la espalda en el respaldo de la mochila y piensa en Felicia. Asesinada por no querer casarse con alguien a quien no amaba, por querer llevar su vida renunció a ser princesa, prefirió ser una sirvienta libre a una princesa esclava. Se ve un poco reflejada en ella, pues ha dejado atrás los convencionalismos y los deberes impuestos para vivir su vida. Se casó sin estar enamorada. Sentía cariño hacia Henrich, su marido, pero nada más. Lo conocía desde siempre, sus padres eran amigos y pasaban juntos las vacaciones, compartían barbacoas y fiestas de cumpleaños. Iban a diferentes colegios, Henrich era un año mayor, pero desde que tiene memoria escuchaba las mismas frases: “cuando seáis mayores os casaréis”, “estáis hechos el uno para el otro”, “pero que pareja más bonita”. Los dos eran rubios, guapos y de buena familia. Se llevaban muy bien, pero Elsa siempre lo vio como un amigo, era muy bueno con ella y nunca le llevaba la contraria, la cuidaba como a una princesa, siempre atento, siempre encima, pero Elsa era joven y quería

respirar, vivir, experimentar...

El padre de Elsa es un cirujano de prestigio. Viene de una saga de médicos y quería que su única hija siguiera la tradición. Comenzó a estudiar medicina y en la universidad se enamoró de Bart, un joven bohemio con el pelo largo, tatuajes en los brazos y fuego en el corazón. Era un activista que quería cambiar el mundo. Recitaba de memoria frases de Rousseau, Thoreau, Gandhi o Tolstói. Era un antisistema que se rebelaba contra cualquier tipo de imposición. Para Elsa, que se había sentido toda su vida como en una jaula de cristal, escuchar a Bart era como asomar la cabeza a un mundo nuevo. Nunca había tenido potestad para elegir nada en su vida, todo había sido muy cómodo pero impuesto. Y se dejó llevar... se dejó arrastrar por los ecos de libertad, por las promesas de un mundo donde nadie es mejor que nadie, donde cada uno puede pensar y decir lo que quiera. Se fugó con Bart sin decir nada, a sus 19 años era libre por primera vez. Ella se sentía liberada, era mayor de edad, era una mujer, pero duró poco... A los nueve días los encontraron, no se sabe cómo, pero su padre dio con ellos. Nunca olvidará la mirada de desprecio de su padre, ni el tortazo que le hizo perder el conocimiento después de chocar su cabeza contra el suelo. Desde niña y hasta la adolescencia había recibido algún golpe de su padre, su madre le convencía de que lo merecía, que había sido mala, pero nunca le había pegado tan fuerte. Peor fue lo que sufrió cuando era niña, pero eso está borrado de su memoria, está bajo llave y casi olvidado, aunque los cajones de la memoria siempre esperan a ser abiertos...

Elsa despertó en su habitación, estaba encerrada. Su madre le llevaba la comida mientras le recriminaba lo que había hecho, ¿cómo podía desobedecer a su padre con todo lo que le había dado? Cuando preguntaba por Bart no había respuesta, luego se enteró de que estaba en la cárcel. Lo habían pillado con una cantidad importante de droga. Elsa no lo podía creer, él nunca se había drogado, y además, recriminaba a quien lo hacía. Henrich comenzó a ir a visitarla, siempre tan correcto, siempre tan agradable, tan atento. La ayudó a salir del pozo, la encandiló con sus promesas de futuro. Estar con él era lo fácil, lo conocido, lo correcto, lo que querían sus padres, lo que quería todo el mundo. Se sentía mal por no amarle. Cuando fantaseaba con escapar se veía como una desagradecida, una mala hija. Perdió ese año de estudios, pero luego se reenganchó y terminó la carrera, y sus padres estaban contentos, y Henrich se convirtió en su marido, y en la boda todos estaban felices. Menos ella, que se atormentaba por no estarlo. Y fue entonces cuando el lobo se desprendió de la piel de cordero. Cuando su vida se convirtió en un infierno.

ADRIÁN

Hoy Adrián camina solo. El resto del grupo ha ido por otra ruta que se desvía cinco kilómetros del Camino de Santiago y pasa por la Foz de Lumbier. Estuvo dudando qué hacer hasta el último minuto. Por un lado, le apetecía pasar por la imponente garganta de Lumbier, pero ya caminó por ella hace unos años y con su dolor de pies no quiere hacer kilómetros de más. Ya lo dicta el segundo mandamiento del peregrino: “no harás kilómetros en vano”. Y es que cuando vas a dar un millón de pasos en unos días, cada paso de más, acrecienta el cansancio y disminuye la recuperación. Por un lado, no quería separarse del grupo, pero por otro, tenía ganas de ir solo, así que retrasó la decisión a esta mañana. Quedaron para desayunar a las 7:30 en un bar cercano al albergue. Él acudió puntual y pidió un café y un croissant. Ya lo había terminado cuando llegaron los demás. Así que como no tenía ganas de esperar, lo vio como una señal y se dirigió a Monreal por la ruta corta, que de corta no tiene nada... son 29 kilómetros sin ningún bar ni tienda para comprar algo.

Adrián pasa junto a la portada románica de la iglesia de Santa María. No puede evitar detenerse unos segundos y contemplar la infinidad de figuras talladas en la piedra. Sus ochenta y cuatro estatuillas son una de las obras más complejas e interesantes del arte medieval navarro. Hay figuras humanas y de animales, hombres trabajando, santos, vírgenes, ángeles y demonios.

Adrián sale de Sangüesa y cruza por última vez el río Aragón mientras el sol hace acto de presencia tiñendo el cielo de morado y rosa. La mañana es fresca, así que arrecia el paso. Es lo bueno de ir solo, tú controlas el ritmo y no hay que estar pendiente de que nadie se escape ni de dejarle atrás. Las botas aguantan, ha tenido que gastar dos botes de Loctite, pero parece que funciona.

El Alto de Aibar está rodeado por un espeso bosque de pinos y se puede contemplar el valle y los Pirineos. Adrián piensa en los motivos que le han llevado a emprender el Camino. Él es un gran viajero. Ya ha estado en multitud de países en los cinco continentes trabajando en reportajes fotográficos. Ha recorrido selvas, zonas montañosas, desiertos... y en muchos

de sus viajes se ha encontrado peregrinos que le contaban las maravillas del Camino de Santiago, gentes de todas las nacionalidades, que le preguntaban si lo había recorrido, y él, avergonzado decía que no, que conocía medio mundo, pero no la ruta más concurrida del viejo continente: la Ruta Jacobea, el Camino de las Estrellas. Ese trazado que se instauró a principios del siglo IX después del descubrimiento de las reliquias del apóstol Santiago, y que en el siglo XI pasó a ser una de las grandes peregrinaciones de la cristiandad medieval y se llegó a convertir en una de las tres grandes peregrinaciones cristianas, junto con Jerusalén y Roma.

El recorrido es largo, pero por caminos cómodos y bien marcados, con abundantes albergues y todos los servicios necesarios para el peregrino. En la Edad Media, recorrer España (y a veces media Europa) era un verdadero reto, con animales salvajes, bandidos y pocas comodidades. Los peregrinos de entonces, a menudo dependían exclusivamente de la hospitalidad de las gentes locales y de las distintas iglesias y monasterios. Ahora, con un turismo en auge, se puede contratar un viaje programado durmiendo en buenos hoteles, disfrutando de la mejor gastronomía de la zona, sin tener que cargar con la mochila y con coches de apoyo; también se recorre en bicicleta o a caballo, además, con hacer los últimos cien kilómetros (200 en bici) se concede la apreciada Compostela, el certificado expedido por las autoridades eclesiásticas que certifica que se ha efectuado el Camino.

A Adrián le da igual la Compostela y llenar la credencial de sellos. Se supone que hay que estampar dos cada día, pero en la suya solo están los que le ponen en el albergue. Casi en cada bar, tienda, iglesia o establecimiento por donde pasa el Camino disponen de sello y hay auténticos coleccionistas que cada día llenan una hoja entera de estampas; algunas son bellas, con la silueta de una iglesia, con la vieira o la cruz del Camino, pero otras simplemente llevan el logotipo y el nombre del bar, panadería o albergue de turno.

Como español, viajero, amante de la naturaleza y la fotografía, hacer el Camino era una cuenta pendiente, pero era algo que se dejaba para cuando fuera viejo, para cuando no tuviera ganas de viajar lejos, aunque con sus cuarenta y tres lo ha hecho mucho antes de lo que esperaba. Dicen que el Camino es iniciático, que marca el comienzo de una nueva vida, y eso es lo que espera Adrián, comenzar de nuevo... Ha roto con su trabajo, le quedan pocos amigos, se han ido esfumando conforme se despegaba de ellos, conforme sus vidas le parecían rutinarias. Ellos formaban familias y engendraban hijos, mientras él, conocía mundo y se hacía famoso. Sus

conversaciones le parecían aburridas, hablando de biberones, colegios y vacaciones en la playa... pero no hay nada mejor para valorar la compañía que la soledad, nada mejor para apreciar la amistad que el aislamiento. Nunca llegaba a profundizar con las personas que conocía en sus viajes, y sus compañeros del gremio, estaban esperando para pisarle un trabajo, para ganar reconocimiento, para robarle una exclusiva, para quitarle el puesto. Aunque no se lo tenía en cuenta. Él hacía lo mismo, todos hacen lo mismo, cada uno mira lo suyo, ve lo suyo, y le importa lo suyo. Estos días ha compartido buenos momentos con el grupo, pero no podía evitar desear la soledad, ¿por qué será?, ¿por qué siempre queremos lo que no tenemos? Al escuchar cómo hablaban de su trabajo en la oficina, en la fábrica o de funcionario, no podía evitar sentirse mejor, ¿no podía o no quería?, ¿qué es mejor y qué es peor?, ¿acaso él lo sabe?, ¿acaso él es feliz? Si la felicidad se midiera por los retos conseguidos, Adrián podría considerarse feliz, pues ha conseguido casi todo lo que se ha propuesto, pero si se tratara del grado de felicidad mantenido, está lejos de considerarse feliz, pues si tu felicidad depende de los logros y los fracasos, hagas lo que hagas, logres lo que logres, la felicidad será esquiva y fugaz.

Unos kilómetros antes de llegar a Monreal se encuentra con los veteranos del grupo: Jerry y Tim. Adrián piensa que superarán los setenta años, pero están delgados y llevan buen ritmo.

—¿No habéis ido a Lumbier con el grupo? —pregunta Adrián.

—No, nosotros salimos cada día a las ocho en punto y siempre por el camino más corto —dice Jerry en un español medianamente bueno—. Nuestro amigo Sebastián se ha ido con los demás.

—A nuestra edad no conviene hacer kilómetros de más —dice Tim sonriendo.

—Y ya veo que vais súper ligeros —dice Adrián al fijarse en la mochila de Tim, que parece más una mochila de escuela que la de un peregrino.

—Me robaron la mochila con todas mis cosas nada más llegar a España y tuve que comprar otra en Pamplona.

—¡Noooo! Y, ¿cómo fue?

—Estaba en la estación de Atocha en Madrid. Dejé la mochila en el suelo y me descuidé un momento, cuando volví a mirar la mochila ya no estaba. Algún pillo se la llevó y yo no me di ni cuenta...

—No se te puede dejar solo —dice Jerry con sorna—. No te diste cuenta

hasta que llegué y nos fuimos a coger el autobús a Pamplona. ¡Qué cara de tonto se te quedó!

—¿Qué cara querías que pusiera? Si me robaron en mis mismas narices y ni me enteré...

Jerry, Tim y Sebastián se conocieron hace cinco años recorriendo el Camino francés. Llegaron juntos a Santiago y desde entonces hacen unas etapas cada año. Esta vez están recorriendo el tramo del Camino aragonés hasta Puente la Reina. Siguen conversando y bromeando mientras entran en una auténtica selva con frondosos árboles y lianas colgando de las ramas. Parece que vaya a llegar Tarzán agarrado a alguna de ellas.

—¿Hablas inglés? —pregunta Jerry.

—Bueno, no es que lo hable perfecto, pero me defiende bastante bien.

—Podíamos hablar en inglés y así lo practicas —dice Tim—, a nosotros nos cuesta hablar en español.

Adrián se queda pensando unos instantes y recuerda sus viajes.

—Puedo hablar inglés, pero me supone un esfuerzo —Adrián lleva varios meses sin trabajar en el extranjero y tiene el inglés oxidado—. Vosotros habláis bien español y no nos olvidemos de que estamos en España. Cuando viajo me tengo que esforzar muchísimo, ahora que estamos en mi país, creo que os toca esforzaos a vosotros.

Cruzan un puente románico sobre el río Elorz y caminan por las calles corte medieval de Monreal, hasta llegar a la iglesia de San Martín de Tours. A unos pocos metros, se encuentra el albergue municipal. Entran y no hay nadie. Son las tres de la tarde y se mueren por tomar una cerveza y comer algo. Recorren el pueblo en busca de un bar abierto, pero está todo desierto. Hoy no había ni un bar ni una tienda en los 29 kilómetros de la etapa. En Izco hay bar, pero solo lo abren en verano y los fines de semana. Tim y Jerry no han comido nada, Adrián si que ha picado alguna cosa que compró en Sangüesa, siempre le gusta llevar algo de comida por si acaso. *Me muero por una cerveza fría*, piensa mientras caminan. Ven a un hombre dirigirse hacia una casa.

—¿Sabe si hay algo abierto? —pregunta Adrián.

—Hasta las cinco y media que abre el centro parroquial no hay nada.

—¡Eso es muy tarde! Venimos con hambre y sed de la etapa —dice Tim.

—¿Nos podría vender unas cervezas? —pregunta Adrián.

—Espera un momento —dice el hombre mientras entra en la casa. Al momento sale con tres cervezas frías.

—¿Cuánto le debemos?

—Nada, nada, está bien.

Adrián comparte con Jerry y Tim lo poco que tiene: un trozo de pan, algo de queso y media longaniza, que acompañado con la cerveza, les quita un poco la gazuza. Las cosas compartidas saben mejor, y los tres, disfrutan de cada bocado y cada trago.

Cuando abren el bar del centro parroquial, resulta que también son ellos los que administran el albergue. La camarera les pide las credenciales y les dice de pagar la cama (son diez euros). Adrián ha probado la cama y es de muelles que se clavan en la espalda. La mujer que lleva el bar es muy seria, tiene las facciones duras y un fuerte acento navarro. Hay varios hombres locales en el bar, Adrián se fija en que ninguno habla entre ellos y todos tienen la misma expresión seria.

Ha llegado el momento de dormir fuera, piensa.

Adrián no se siente a gusto allí. Desde hace unos días tiene ganas de estar solo, de despertarse en la naturaleza, de pasar alguna incomodidad que acrecente la sensación de aventura. Coge su mochila y se despide de los otros peregrinos que acaban de llegar. Están rotos, los seis kilómetros de más, les han dejado destrozados. Tratan de convencerle de que se quede, de que cenarán todos juntos, de que lo pasarán bien. Pero Adrián no escucha. Ya lo ha decidido. Necesita esa soledad que solo se puede experimentar estando en la naturaleza. Busca un lugar donde quedarse y lo encuentra al lado del puente románico. Mira bajo el puente, pero pasa el río y el poco suelo que hay está cuesta abajo. Extiende la toalla sobre la hierba, y sobre ella, el saco de dormir. Se pone pegado al muro de piedra para estar protegido del viento. El sol se esconde cuando tiene todo preparado. Todavía es pronto para ir a dormir, pero se mete en el saco. Cuando se va el sol, baja considerablemente la temperatura. Escucha el rumor constante del río mientras la luna se asoma entre las nubes que cada vez son más numerosas.

Espero que no llueva.

Se imagina levantándose de madrugada mojado y helado de frío en busca de un techo donde ponerse a cubierto. Bajo el puente se mojaría a poco viento que hiciera y el porche de la iglesia está cerrado por una verja, seguro que lo han tapiado para que no se quede ningún peregrino a dormir bajo su techo. *¿Dónde queda la antigua hospitalidad de la Iglesia?*

ELSA

Los dos kilómetros hasta Puente la Reina se le están atragantando. Con la parada se le han relajado los músculos y cargar de nuevo con la mochila y empezar a caminar, ha sido un suplicio. Camina por la acera pegada a la carretera. Hay varios albergues privados, el primero de ellos marcaba el cartel de completo. *¿Y si me quedo sin cama?, ¿y si Ricardo tenía razón?* Llega el momento de las dudas, de cuestionarse qué es lo mejor. Se da cuenta que por primera vez desde que comenzó el Camino hace tres días, avanza sola. Ha tenido que buscar las marcas amarillas que señalan el sendero y tendrá que encontrar el albergue. Se acerca a la iglesia templaria donde comienza el casco antiguo, de momento no hay ni rastro del albergue municipal ni del famoso puente. Para un momento y saca la voluminosa guía, todavía no la ha usado en ninguna etapa, solo tenía que seguir a los demás, le hace hasta ilusión utilizarla.

—¡Buen Camino! —le dice un peregrino.

—Buen Camino —responde Elsa. Es un hombre cuarentón muy atractivo, con el pelo negro, ojos verdes de mirada profunda y sonrisa sincera.

—Si buscas el albergue, me acaban de decir que está aquí al girar la esquina —dice el peregrino adivinando sus intenciones.

—What? —Elsa no lo entiende.

—Sorry —dice él y se lo repite en inglés.

Entran juntos al albergue de Los Padres Reparadores. Son las siete de la tarde y con ellos se cuelga el cartel de completo. Han tenido suerte, son los dos últimos peregrinos de los cien que caben en el albergue. Entregan la credencial y pagan los cinco euros mientras otros peregrinos entran y salen.

—¿Dónde empezaste? —pregunta el peregrino.

—En Roncesvalles, ¿y tú?

—En Somport, un poquito más lejos, en el Camino aragonés.

—Me llamo Elsa —dice mientras le tiende la mano.

—Yo soy Adrián.

ADRIÁN

Adrián contempla la ermita de Santa María de Eunate. Solitaria y en medio del campo, invita a detenerse y observar su belleza. Levantada en el siglo XII por los caballeros templarios según el diseño del templo de Jerusalén. Desprende puro simbolismo, encerrado en un octógono dentro de otro muro octogonal. Como hipnotizado saca la cámara de la mochila, apoya su ojo derecho en el visor y captura el muro octogonal repleto de arcos con capiteles decorados, su planta centralizada rematada con un ábside semicircular orientado al levante, los ocho lienzos que conforman el octógono del cuerpo principal quedan separados entre sí a través de robustas columnas angulares rematadas en capiteles vegetales a la altura de las cornisas, del techo emerge un campanario triangular con dos campanas.

Hasta el momento es la iglesia que más ha impresionado a Adrián. Será por estar en medio del campo, por sus formas simétricas o por el tono zaíno que le aporta el inminente atardecer. Se quedaría sentado un rato disfrutando del momento, se quitaría las botas y liberaría sus doloridos pies. Luego entraría a conocer el interior, que seguro es igual de bello, pero mira su reloj y decide continuar. Le han avisado de que el albergue se llena y no quiere quedarse fuera. Pueden más las ganas de una ducha de agua caliente y una jarra de cerveza.

Le han dicho unos peregrinos dónde se encuentra el albergue de Los Padres Reparadores. Le quedan solo unos metros cuando ve a una chica con pelo corto y negro sacando la guía de una gran mochila. *¿Qué llevará dentro?*, se pregunta al ver que abulta el doble que la suya. Le indica la ubicación del albergue y recorren juntos el corto recorrido. Casi se quedan fuera, para ellos son las últimas dos plazas. *¿Qué hubiera pasado si solo quedará una?*, piensa Adrián mientras el hospitalero le sella la credencial. Mira a la chica de reojo, gana en las distancias cortas. Una cara angelical de tez muy blanca ahora enrojecida por el sol y por el esfuerzo. Y unos ojos azules y enormes, enormes y azules, no sabría decir qué cualidad destaca más. Se nota que es mucho más joven que él, ¿24, 25, 26? Por el acento de su inglés, es europea, ni

inglesa ni de los países bañados por el Mediterráneo, ¿holandesa, alemana, sueca? *Ya le preguntaré...*

Cuando entablan conversación no puede evitar ponerse nervioso. Se da cuenta de que con ella no le importa tener que hablar en inglés, no le importa esforzarse; también se da cuenta de que se le ha olvidado el dolor de pies, hasta la mochila parece menos pesada...

Les dan las literas uno encima del otro, a Adrián le toca la de arriba, con lo poco que le gusta. Cuando Elsa deja caer su mochila con esfuerzo, le pregunta con la mirada si puede cogerla. La sujeta por el asa de naylon que sale del respaldo y confirma lo que se temía.

—Esta mochila es demasiado pesada —dice Adrián al levantarla —, pesa por lo menos 13 o 14 kilos.

—Creo que son 15 con las cantimploras de agua llenas —dice Elsa entre orgullosa y avergonzada, pues sabe que lleva más peso que la mayoría de los peregrinos.

—Levanta la mía.

Elsa se queda atónita al comprobar la diferencia.

—Llevo unos 7 kilos, no es recomendable llevar más de diez. Te tienes que estar destrozando la espalda y los pies.

Elsa asiente y le enseña la marca de los hombros que comienza a encallecerse.

—Si quieres, esta noche antes de dormir, miramos qué te sobra y hace que lleves tanto peso. Seguro que hay muchas cosas que aún no has empleado ni emplearás...

—De acuerdo, ¡muchas gracias! ¿Has hecho más veces el Camino?

—¡Qué va! Pero sí que he tenido que cargar con una mochila durante meses y sé la importancia de aligerar peso —Adrián saca la toalla de la mochila, se quita la camiseta y deja al descubierto sus pectorales y abdominales bien marcados—. Ahora me voy a la ducha, llevo pensando en ella desde Eunate.

Se da cuenta de que también la ducha se le había olvidado...

ELSA

Elsa se fija en la espalda de Adrián mientras camina, en cómo los dorsales ascienden desde su cadera en forma de V, también se fija cómo el trasero redondeado abulta la minúscula toalla. No puede evitar ruborizarse, por mucho que no quiera, le atraen los hombres, aunque los odie. Echa cuentas de cuánto tiempo lleva sin sentir el roce de la piel del otro sexo y se le antoja un tiempo muy largo. Desde que huyó de su todavía marido, hace 15 días, cómo olvidarlo. Se da cuenta de que lleva un kilo por cada día en su mochila, ¿será el momento de soltar peso? Un hombre le quiere ayudar a hacerlo, pero Elsa no puede olvidar, que el último hombre que la tocó fue para hacerle daño.

—¡Elsa, has llegado! —la saluda María—. Los chicos han ido a comprar comida para la cena, yo no podía caminar más. Hay una cocina libre y mesas para poder cenar todos juntos, hemos contado contigo...

¿Cómo decirle que quiere separarse del grupo?, ¿cómo decirle que ha conocido a un chico que le va a ayudar con la mochila?

—He conocido a un peregrino que va solo, ¿podrá cenar con nosotros?

—Seguro que sí, donde comen seis comen siete...

Recién duchada y con ropa limpia baja al comedor. Es una sala amplia donde los peregrinos conversan, preparan la cena, estudian la guía o miran el móvil, con el ruido de fondo de las lavadoras. Adrián está hablando por teléfono, la mira a los ojos y le saluda con la mano.

Ricardo, Mauricio, Miguel y Young mi vacían la compra de las bolsas encima de la mesa. Han comprado para hacer espaguetis con champiñones, beicon, chorizo y tomate. También para hacer una generosa ensalada, tres barras de pan enormes y tres botellas de vino tinto.

—¡Menos mal que has llegado a tiempo! —dice Miguel—. Cuando preguntamos antes de ir a comprar solo quedaban dos camas libres.

—Una fue para mí.

—No se te hubiera estado mal tener que buscar un albergue privado y tener que pagar tres veces más por dormir —dice Ricardo visiblemente

molesto—. Cuando llega el fin de semana el Camino se llena de “turigrinos” que hacen solo dos o tres etapas.

—Cada uno hace lo que puede —dice Mauricio—, no todo el mundo tiene la suerte de poder ausentarse más de un mes del trabajo...

—Ya, pero es injusto que les den la Compostela, no han hecho el Camino de Santiago, han hecho algo más de una decena de excursiones de fin de semana. No son peregrinos, son otra cosa...

Elsa no quiere entrar en la conversación, en el eterno debate de si para ser un auténtico peregrino hay que hacer el Camino completo y portando tú mismo la mochila. Ha visto que Adrián recoge su móvil en el bolsillo y lo llama para que se acerque.

—Este es Adrián —lo presenta Elsa a los demás—. Está haciendo el Camino solo y he pensado que podría cenar con nosotros.

—Pero ya hemos comprado la comida para seis —se queja Ricardo.

—Por mí no hay ningún problema —se apresura a decir Mauricio.

—Por mí tampoco, hay comida para todos —dice Miguel.

Ricardo está a punto de contestar pero Adrián se le adelanta.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, pero vengo recorriendo el Camino Aragonés con un grupo. Acabo de hablar con ellos. No han llegado a tiempo y se alojan en un albergue privado. Terminan aquí su recorrido y hemos quedado para cenar en un restaurante y despedirnos.

Elsa está tentada de ir con él, es lo que le gustaría, separarse de Ricardo y sus imposiciones, liberarse del grupo. Pero si lo hiciera parecería que le gusta *¿me gusta?* y sería un desprecio enorme hacia el grupo, hacia Mauricio, Miguel y las chicas.

—¿Me ayudarás con la mochila? —pregunta Elsa.

—Te lo prometo. Tendré que rodear al “monstruo” antes de subir a mi litera, así que no se me olvida.

Elsa ayuda a preparar la cena, se unen María y Young mi. Tienen que esperar a que terminen con la cacerola un grupo de italianos y que se quede un fuego libre. En los albergues del Camino abundan las cocinas libres con platos, vasos, cubiertos y demás utensilios necesarios. El problema viene cuando hay cien peregrinos y solo cuatro fuegos y seis cacerolas, así que se cena por turnos.

—¿Qué es eso de que te va a ayudar Adrián con la mochila? —pregunta María.

—Adrián se ha ofrecido a ayudarme a quitar peso de la mochila. ¡Teníais que ver la suya, no pesa casi nada!

—Ya te dije que llevabas mucho peso —dice Ricardo.

Todo el mundo le ha dicho lo del peso, pero nadie se ha ofrecido a asesorarla, al único peregrino que ha visto con una mochila mayor fue al filipino que se desvaneció en Pamplona, *¿qué será de él?*

—Llevo cosas que todavía no he empleado, si me deshago de unos kilos, seguro que puedo caminar más rápido.

—Así no te tendremos que esperar —dice Ricardo mientras echa el atún a la ensalada.

—Nadie te ha dicho que me esperes —contesta Elsa harta de los dardos envenenados de Ricardo.

—No nos importa esperarte —reclama Ricardo al ver la mirada de estupefacción de los otros miembros del grupo—. Aunque seguro que si te quitas peso nos adelantas a todos.

Los peregrinos rompen a reír y se suaviza la tensión del momento, pero a Elsa no le hace gracia, está a punto de explotar. ¿Qué necesidad tiene de aguantar a nadie cuando ha venido sola?, ¿por qué no se va a otra mesa y los deja plantados? Los demás ríen las gracias de Ricardo y acatan sus órdenes. Es él quien ha decidido qué cenar, es él quien ordena cómo aliñar la ensalada, dónde se sienta cada uno y en qué cama duermen, es él quien despierta a todos cada mañana, planea la ruta, cada parada, cada lugar de interés... Es el más veterano, tanto en edad como en experiencia en el Camino. ¿Pero ha venido a ser guiada?, ¿los demás han venido a formar parte de un rebaño? Está claro quien es el pastor y quienes las ovejas, y con sus desplantes, Elsa se está convirtiendo en la oveja negra, como su pelo teñido, como su pasado...

Elsa ha sido la primera en irse a la cama. Tumbada en la litera de abajo espera a que llegue su vecino leyendo “El Peregrino de Compostela” de Paulo Coelho. En este libro, el autor brasileño cuenta su andadura por el Camino de Santiago en busca de la espada que le permitirá convertirse en un Maestro RAM. Mira su reloj y ve que quedan cinco minutos para las diez, la hora de cierre. Le da tiempo a leer dos páginas más, a asombrarse con la “invocación del mensajero” donde Coelho contacta con un ente de otra dimensión que le asistirá y le ayudará. Elsa había oído que el Camino era un recorrido lleno de mística, de magia, un viaje iniciático para muchos. Pero lo que ha leído hasta ahora le sorprende y genera dudas sobre la veracidad de los hechos descritos

como verdaderos.

—Ya estoy aquí —dice Adrián con voz entrecortada—. Casi me quedo en la calle, ya estaban cerrando la puerta cuando he llegado.

—¿Cómo ha ido la cena?

—¡Muy bien! Ha sido emotivo despedirse de las personas con las que he compartido caminatas, cenas, risas y sufrimiento... Se crea un vínculo que durará siempre. Sé que cada uno llevará su vida, que posiblemente no nos volvamos a ver, pero si ocurre un encuentro fortuito será como volver a ver a un viejo amigo.

—¿Y la mochila? —pregunta Elsa.

—Vamos al salón, hay varias personas durmiendo y van a apagar la luz.

Ya se escuchan ronquidos, aunque también se oye a peregrinos conversando o hablando por teléfono. Adrián levanta la mochila y se la pone en la espalda.

—Coge todo lo que tengas, el saco y si tienes ropa tendida también.

La larga mesa de madera de tres metros está prácticamente cubierta con las pertenencias de Elsa. Las caras de Adrián al sacar y comprobar el peso de cada cosa es un poema. A la parte derecha, deja lo que considera que está bien; a la izquierda, lo prescindible o que se podría mejorar.

—Empezamos con la mochila —Adrián la coge del asa y la levanta estando vacía—. Primer error, cuanto más grande es la mochila más cosas vas a meter. Esta mochila es de 70 litros, con muchos refuerzos para soportar el peso y por ello también muy pesada, más o menos un kilo. Con una mochila de 40 o 50 litros es suficiente para el Camino.

—¿Me estás pidiendo que la cambie? —dice Elsa que la compró hace una semana y fue lo que más dinero le costó de todo su equipaje.

—Eso ya es cosa tuya... cuando terminemos esta noche y si me haces caso, la llevarás medio vacía.

Adrián levanta el botiquín. Un estuche rojo con forma de cubo de 30 x 30 centímetros. Lo abre y lanza un suspiro.

—¿Tienes pensado montar una farmacia en el Camino? —dice tras ver la cantidad de medicamentos, vendas, betadine, tiritas, pomadas, gasas, tijeras, guantes de látex—. Aquí tienes por lo menos dos kilos.

—Con el botiquín me siento segura para contrarrestar cualquier contratiempo. Es que soy médico...

—¿Por cuántos pueblos has pasado hoy?

—No sé... cinco o seis.

—Contando Pamplona y Puente la Reina, yo creo que alguno más... ¿crees que no habrá farmacia en esos pueblos para comprar lo que necesites?

—Supongo que sí.

—Entonces está bastante claro... con llevar unos ibuprofenos, esparadrapo y alguna cosilla más, sobra. Y no hace falta semejante estuche, con una bolsita pequeña es suficiente.

—¿De dónde has sacado este saco de dormir? —dice Adrián mientras levanta el voluminoso saco morado.

—Me lo regalaron cuando fui de campamentos a la Selva Negra de adolescente.

—O sea, que es bastante viejo y cuando lo usaste no tuviste que cargarlo.

—Sí.

—Es un saco de fibra de mala calidad, que recogido en su funda ocupa un montón y que pesará unos tres kilos —dice al moverlo arriba y abajo—. Luego te enseñé el mío de plumas, que pesa 800 gramos y ocupa tres veces menos que este. Vas a dormir en albergues con varias personas en la misma habitación, no hace falta un saco muy caliente. Te recomiendo que lo cambies.

Elsa asiente. Parece una niña regañada por el profesor.

—¿Llevas dos botellas de agua? —continúa Adrián mientras sujeta dos botellas de latón de un litro cada una—. Y seguro que las llenas antes de salir cada mañana...

—Sí. El agua es muy importante. Todavía hace calor.

—¡Y tanto que lo es! ¿Pero con cuántos lugares donde rellenar la botella te has encontrado hoy? Y no solo fuentes, también bares, tiendas y restaurantes donde rellenar tu botella o comprar agua o un refresco.

—Muchos... Me he fijado estos días que hay un montón de bares..., ¿eso es normal?

—¡Se nota que no conoces España! —Adrián suelta una carcajada—. Leí un artículo que decía que hay un bar por cada 132 habitantes, es decir, hay más de 350.000 bares repartidos por el país.

—¡Qué barbaridad!

—Así que no te preocupes demasiado por el agua. Además, estas botellas pesan, con llevar una de plástico de un litro es suficiente —las deja en el lado de cosas prescindibles.

—¿Y acaso piensas llevar una prenda de ropa distinta cada día? —dice al ver que tiene como cinco o seis prendas de cada.

—Hay que llevar ropa de cambio —dice Elsa turbada al ver cómo Adrián mira su ropa interior.

—Con llevar dos prendas de cada es suficiente. Cada día puedes limpiar la ropa con la que caminas, a mano o en las lavadoras que hay en casi todos los albergues, y ponerte la limpia mientras descansas.

Elsa mira la ropa, le va a costar desprenderse de ella.

—Otra cosa son los libros...

Tiene una voluminosa guía del Camino con todas las etapas descritas con extensas descripciones y con fotografías a color, mapas de las ciudades, monumentos, historia del Camino...

—Esto es totalmente innecesario. En todos los albergues está la información de la siguiente etapa, yo llevo una fotocopia que en un solo folio te dice los desniveles, los tiempos y los pueblos principales de cada etapa. En casi todos los albergues hay wifi y puedes ver en internet la etapa completa, y si algo te interesa, le puedes hacer un pantallazo para verlo en ruta. Además, con lo marcado que está el Camino ¡es imposible perderte!

—Ya, tienes razón...

—Y llevar tres libros para leer es mucho peso. Lees uno y cuando lo acabas, lo regalas y compras otro, o lo coges de los que abandonan los peregrinos en los albergues.

Elsa lleva “El Peregrino de Compostela” y otras dos novelas.

Siguen descartando alguna cosilla más, cuando terminan es casi media noche. Elsa coge todo lo que se puede desprender y lo deja en una gran caja de plástico azul donde pone:

“Deja lo que no te sirva, coge lo que necesites”.

Siente una mezcla de apego a las pertenencias que ha cargado hasta allí y alivio al ser consciente del peso que se ha librado. Es una de las grandes enseñanzas del Camino: no apegarte a nada, saber soltar, ser ligero, saber diferenciar lo importante y aprender a deshacerse de lo superfluo. Si no es útil, no me vale.

—Muchas gracias, Adrián —dice mientras le sonrío.

—He disfrutado y me he reído mucho vaciando la mochila y viendo las caras que ponías al desprenderte de tus posesiones...

Entran en la habitación alumbrados por las linternas aguantando la risa. Cada uno duerme en su cama, consciente de que solo un somier, un colchón y algo de aire los separa.

MAURICIO

Reina la oscuridad cuando comienzan a caminar. Los días pesan y cuesta empezar. Mauricio no se ha preparado y nunca ha sido un gran deportista. Ni en sueños se imaginaba que iba a caminar ochocientos kilómetros, tampoco se imaginaba que iba a perderla a ella... tan pronto, tan joven, tan bella. Hoy hace un año que se fue.

El grupo avanza por la calle Mayor, una única y rectilínea calle de piedra que traspasa el corazón del pueblo hacia el puente. Ese que cruza el río Arga, ese que mandó construir la reina Munia, esposa de Sancho III de Navarra, para facilitar el tránsito a los peregrinos. Seis arcadas de piedra que han soportado el peso de la peregrinación a Santiago desde el siglo XI, y que en el XXI, sigue en pie con el mismo esplendor.

Mientras cruzan el puente, los primeros rayos de sol acarician sus cuerpos entumecidos por el frescor matutino. Es como resurgir, volver a nacer, desperezarse para afrontar otra nueva etapa del Camino. En el Puente la Reina, reina el silencio. Cada uno avanza absorto en sus pensamientos, en sus dolores, en disfrutar de la calidez del amanecer mientras las aguas violáceas del río Arga reposan tranquilas esperando unas lluvias que se resisten a llegar. Al pasar a la otra orilla, hacen una parada. Sacan sus móviles y cámaras y toman una foto del puente, el río y la silueta del pueblo.

—Yo continúo solo —dice Adrián que se había unido al grupo—. Seguro que nos veremos en Estella. ¡Buen Camino!

—¡Buen Camino! —le contestan todos.

Mauricio observa cómo Elsa se queda mirando la marcha del español como si quisiera unirse a él. Se ha dado cuenta de que ella no está a gusto con el grupo. Es correcta con todos, pero se nota que le pasa algo, que se siente incómoda, que ansía la soledad. Entonces, *¿por qué no se va sin más?*

—Vamos a continuar —dice Ricardo mientras comienza a andar para ponerse en cabeza.

Para Mauricio estar acompañado es una bendición. Aunque él no hable mucho, está atento a las conversaciones. Es cómo tener la radio, y eso le

distrae y le ayuda a no pensar, a no preguntarse el porqué... ¿Por qué alguien tan joven, con familia y un proyecto entre manos?, ¿por qué una buena persona, sana, culta, cariñosa, alegre y cercana, que compartía sus conocimientos para el bien común? Nadie que la conociera sabe el porqué, ni se explica el cómo, ni el para qué. Es injusto que se vayan los buenos cuando hay tantos malos que se quedan, se van los que suman y se quedan los que restan. ¿Habrá algo al otro lado? Mauricio lleva cincuenta años pensando que no, que esta es la vida que tenemos, que no hay nada más. Tiene aversión a la Iglesia, a las religiones, a los que comercian con el miedo y el dolor. Pero ahora que el dolor es tan fuerte, necesita creer, si no, ¿para qué seguir viviendo? ¿Y si se está mejor al otro lado?, ¿y si morir fuera un premio y no un castigo? Si hay algo después de la muerte tiene que ser mejor, si no, no tendría sentido que murieran las buenas personas. Se habla de karma, del destino, del pecado, de la voluntad de Dios. ¿Cómo puede ser que la mejor persona que ha conocido muera de esa manera, apagándose poco a poco, diluyéndose, volviéndose casi transparente, entre profundos dolores? Tiene que haber algo. Un lugar sin sufrimiento, sin desgracias, sin temor; donde la recibirán con honores, con el cariño y el amor que brindó a todos los que la rodeaban en este mundo.

Al salir del pueblo de Cirauqui (que significa “nido de víboras” en euskera), emerge una calzada romana, último vestigio de la gran ruta imperial precursora de lo que luego sería la Vía Jacobea. Varias flechas pintadas de amarillo y un corro de gente anuncia que se acercan a algo interesante. Se adentran en un olivar franqueado por un muro de piedra a la derecha del camino. Varios peregrinos coreanos se arremolinan frente a un puestecito de madera, donde un chaval sonriente con aros de plata enormes en las orejas y una trenza hasta la cintura, emana alegría mientras reparte café caliente. Hay fruta y galletas en una mesa, y un cartelito donde se anuncia que funciona por donativo.

—Yo tomaría un café —dice Mauricio todavía acongojado por los pensamientos que le acompañan toda la mañana. El grupo está de acuerdo. El lugar invita a quedarse y tomarse un respiro. Bajo los olivos centenarios hay troncos que sirven de banquitos donde reposar a la sombra, hay una estantería llena de libros para intercambiarlos o dejar el que te sobra, un corazón hecho de piedras adorna el suelo y flores de colores nacen entre las rocas.

Se despojan de las mochilas y se sientan a la sombra, pues el sol ya comienza a picar, *¿dónde está el frío del otoño en España?*

—¿Por qué vienen tantos peregrinos coreanos al Camino? —pregunta Elsa a Young mi.

—En mi país, recorrer el Camino está muy valorado. Los que consiguen hacerlo entero y se ganan la Compostela, lo muestran en su currículum. Las empresas lo tienen en cuenta, pues para llegar caminando hasta Santiago, han tenido que superar dificultades, mostrar valor, resistencia y determinación.

—¿Por eso vienes, para ponerlo en tu currículum? —le pregunta Ricardo.

—La principal razón es para conocer España y vivir una experiencia única, pero sí, lo pondré en mi currículum y enmarcaré el diploma y lo colgaré en mi apartamento donde se vea bien...

Todos ríen, menos Mauricio, hoy no está para bromas.

—¿Te pasa algo, Mauricio? Hoy se te nota triste —dice Elsa que ha caminado a su lado casi todo el camino.

Ha llegado el momento de abrirse, de soltar la soga que le aprieta y no le deja respirar, de compartir la carga que le aprisiona, y no la que carga la espalda, una que pesa más, la emocional.

—Hoy hace un año que murió mi hermana pequeña —dice aguantando las lágrimas.

Hay unos segundos de silencio, hay veces que no hace falta decir nada, que la ausencia de palabras consuela más que el decir “lo siento”, pues qué palabra puede llenar el vacío de la pérdida, que expresión puede consolar lo inconsolable. Solo en el silencio se haya la paz y con una mirada misericordiosa es suficiente.

—¿Y qué le pasó? —Ricardo rompe el silencio y con él se desvanece la magia.

—Se la llevó el cáncer —Mauricio mira al suelo, todavía no está preparado para mirar al cielo—. Se fue con cuarenta y seis años, con un marido, tres hijos y un negocio recién abierto, una academia de inglés donde compartir su don con los idiomas.

Mauricio rompe a llorar y todos intentan consolarlo. María llora y sujeta con fuerza su rosario, Ricardo le da una palmada en el hombro, Miguel un abrazo, Young mi recita algo en su idioma mientras sube y baja la cabeza, Elsa le da un beso en la mejilla mientras le coge la mano.

—Estoy haciendo el Camino por ella. Yo no soy creyente y ni siquiera había oído hablar de él, pero era el sueño de Fernanda, ella era muy creyente y no paraba de repetir, que si superaba el cáncer haría el Camino —hay un silencio—. No lo superó, pero con su último aliento me pidió que lo hiciera

por ella, que llevara su crucifijo y lo dejara cerca del apóstol.

Mauricio saca un collar de dentro de su camiseta. Es un crucifijo de plata, es sencillo, no tiene nada de especial, y a la vez, lo tiene todo. Simboliza el último deseo de su hermana, a la que amó tanto, a la que nunca dejará de amar.

¿Qué sentido tiene ir a Santiago cuando ella se ha ido? ¿Por qué el santo no la salvó? ¿Dónde están los milagros de los que habla la Iglesia? ¿De qué le sirvió a Fernanda su fe? Son preguntas que atormentan a Mauricio, preguntas incontestables que le acompañan y afligen su corazón. El caso es que está en el Camino por ella, pero cada día se da más cuenta que también lo hace por él.

ADRIÁN

Adrián come algo de embutido acompañado por una cerveza en una de las mesas del salón. Hoy ha llegado muy entero, solo le han dolido los pies al final de la etapa y la mochila casi ni la ha notado. El Camino que viene de Roncesvalles está repleto de peregrinos, hoy ha adelantado a más de cien personas. Le gusta sentirse fuerte, ir más rápido que los demás, sacar su lado competitivo y llegar de los primeros. Está pendiente de los peregrinos que entran al albergue, o habría que decir de la peregrina, pues cada vez que se abre la puerta mira si es ella. Se pregunta por qué se ha marchado solo, por qué no le ha invitado a que le acompañara, es lo que le gustaría. Pero ella va con un grupo demasiado grande, se conocen desde hace días y él se siente como el apegado. Cuando llegó a Puente la Reina se prometió ir solo. Para pensar en su futuro, para intentar recomponer su vida, pero apenas piensa en ello. Son tantos los paisajes que disfrutar, tantos pueblos que atravesar, tantas personas con las que conversar, que su antigua vida la ve como algo lejano, parece la vida de otro, *aquí es todo tan sencillo...*

Por fin es Elsa la que cruza la puerta y se desprende de la mochila, que aunque ya no va llena, todavía abulta casi más que ella. Se retiene para no ir corriendo, contiene la efusividad que siente, no quiere que se note que la estaba esperando, que tenía miedo de que se quedara sin cama y tuviera que irse a un albergue privado, lejos de él. Espera a que selle su credencial y le asignen la cama, y mientras vuelve a coger la mochila, se acerca intentando aparentar indiferencia.

—Hola, Elsa —le saluda con la mano—. ¿Qué tal ha ido la etapa? ¿Se nota el peso?

—¡Adrián! He pensado en ti durante toda la etapa —se calla un momento, parece arrepentida de lo que ha dicho—. Bueno... pensaba que gracias a ti hoy ha sido el primer día que no llego con la espalda y los pies destrozados...

—Ves lo importante que es el peso. Si quieres luego te acompaño a comprar una mochila y un saco nuevos, en Estella seguro que hay alguna tienda donde conseguirlos, y con estos kilos que te puedes quitar, ¡ya no habrá quién te pare!

—De acuerdo, después de ducharme y comer algo vamos a comprar y damos un paseo por Estella, parece un pueblo bonito.

—¿Hoy cenarás con nosotros? —pregunta Ricardo que ya quiere organizar al grupo.

—Vale, pero con una condición —Adrián guarda silencio para crear expectación—. ¡Que me dejéis cocinaros una paella!

Todos comienzan un sonoro aplauso, todos menos Ricardo, que se queda serio e inmóvil.

Estella nació en 1090 por y para el Camino. El rey Sancho Ramírez mandó construir la ciudad a orillas del río Ega aprovechando la importancia de la peregrinación a Santiago de Compostela. Casi mil años después es una ciudad próspera donde cada año crece su población, y el auge que ha experimentado el Camino, ha contribuido mucho.

Elsa y Adrián pasean por sus calles. Visitan la iglesia de San Pedro de la Rúa y la de San Miguel. Y en una tienda de deportes, compran un saco de 800 gramos y una mochila nueva de 40 litros para Elsa, donde colgará la vieira que todo buen peregrino debe llevar. Quedan con los demás para comprar la cena y, entre todos, preparan una paella riquísima. Adrián es un cocinero y la paella es una de sus especialidades. Casi todos los componentes del grupo ya habían probado la paella, no falta en casi ningún menú de los restaurantes del Camino, y junto a la tortilla de patata (que los extranjeros llaman tortilla española) es el plato típico que más se demanda.

—¡Es la mejor paella que he comido nunca! —dice Miguel—. Un aplauso para el cocinero.

Y por el estómago, Adrián se gana el afecto del grupo. No será la mejor paella del mundo, pero después de caminar todo el día, de cenar casi siempre pasta, de beberse un par de cervezas y dos vasos de vino, y con la compañía de unos buenos amigos, todo sabe mejor.

MIGUEL

Todavía es de noche cuando comienzan a caminar por una empinada cuesta que les dirige a las afueras de la ciudad. Un anciano con boina y una vara se acerca a ellos.

—¡Buenos días! —dice el hombre en español—. Os acompaño hasta salir de Estella que aquí es fácil perderse...

—¿A dónde va tan temprano? —le pregunta Miguel.

—Tengo un huerto cerca de Ayegui y voy cada mañana a cuidarlo, a mi edad es lo que me da la vida.

El hombre lleva buen ritmo y habla sin dificultad a pesar de la pronunciada cuesta arriba.

—¿Cuántos años tiene usted? —le pregunta Mauricio.

—Setenta y cuatro.

—¿Y cada mañana sube esta cuesta? —se asombra Miguel.

—Cada mañana desde que me jubilé. ¡La de peregrinos que habré guiado hasta salir de Estella! Cientos, y de todas las nacionalidades.

¿Cómo no se va a encontrar fuerte a su edad?, piensa Miguel, que después de seis días en el Camino, siente cómo su cuerpo ha rejuvenecido diez años. De nuevo, nota sus músculos duros, ha perdido peso (por lo menos tres kilos) y cada día caminando se encuentra más vivo, más lúcido, más lozano... la actividad física y mental es la clave de la eterna juventud.

—¡Buen Camino! —les dice el anciano cuando se desvía hacia su huerto con el sol asomando por el horizonte.

Frente al monasterio de Irache con su torre inspirada en las de San Lorenzo de El Escorial, se encuentra uno de los lugares míticos del Camino.

—¡Una fuente de la que sale vino! —se asombra Miguel al ver a unos peregrinos llenar la copa de un grifito que sale de la pared.

—Las bodegas Irache mantienen esta fuente que emana vino para que beba el peregrino —dice Ricardo que la conoce bien.

Cada miembro del grupo prueba el vino. El grifo está trucado y nada más llegar a la zona donde deja paso al líquido, se pasa de vueltas y vuelve a

cerrar el flujo llenando solo el culo de la copa. Si fuera un grifo normal, más de uno acabaría aquí su etapa tumbado durmiendo la mona. Es una vuelta a los orígenes, donde el vino era el combustible del peregrino, recuperando así la mitad de la ofrenda hospitalaria de la Edad Media, cuando a ningún peregrino se le negaba un trozo de pan y un vaso de vino.

Young mi se despide y se queda con un grupo de coreanos que beben varias copas de vino mientras hacen fotos y bromas.

—¿No vienes con nosotros? —le increpa Ricardo.

—Me quedo con ellos, ya nos veremos más adelante —se disculpa Young mi haciendo una reverencia.

—Es normal que quiera estar con sus compatriotas —dice Miguel a Ricardo—. Déjala que haga lo que quiera...

La fuente es el preludio de lo que van a encontrar en la etapa, cruzando viñedos de diferentes tipos de uva casi lista para la inminente vendimia. Miguel prueba alguna de las uvas deleitándose con su sabor más amargo y seco que las que come en América.

María se queda atrás y hay que esperarla, tiene los pies llenos de ampollas y le cuesta mucho caminar.

—Yo voy a seguir —dice Adrián—. Mi ritmo es un poco más rápido, supongo que nos veremos en el albergue ¡Buen Camino!

—Voy contigo —dice Elsa mientras acelera el paso—. Nos vemos luego.

Miguel se acerca donde está María reposando con cara de sufrimiento.

—Trae la mochila, te la llevaré yo...

—Hay mi niño, qué bueno que eres —dice María acariciándole la cara—. No os preocupéis por mí, seguid vosotros, yo ya llegaré poco a poco, esta es mi penitencia.

—Somos un equipo, aquí nadie se queda solo, nos cubrimos las espaldas y damos la vida los unos por los otros —dice Miguel mientras le miran con cara de asombro.

Evoca la única vez que dejó solo a uno de sus soldados en combate. Aún puede ver el rostro de miedo de Jones mientras decía —seguid sin mí, enseguida os alcanzo—. Todavía le atormenta no haber sabido leer esa mirada de rendición, esa de cuando sabes que no puedes continuar y que solo queda morir matando. Le atormenta no haber adivinado lo que iba a hacer y haberlo cargado en sus hombros. No sabía que iba a esperar agazapado a tenerlos encima, que iba a descargar toda su munición mientras recibía ráfagas de

plomo por todos los flancos, que iba a apretar el gatillo hasta exhalar su último aliento, que nunca recuperarían su cuerpo y que tendría que llevar a su familia una bandera americana y la medalla al honor en combate, en vez de a su hijo de 22 años.

—Ni hablar —dice Miguel con la voz autoritaria de cuando era sargento—. Ya tienes bastante penitencia con las heridas de guerra de tus pies. El peso extra me vendrá bien para entrenar, todavía tengo mucha barriga que quitar —dice mientras sonrío y pasa su mano derecha por la abultada tripa.

María se deja hacer y agradece el gesto. Librarse del peso de la mochila suavizará el tormento de caminar con ampollas, pero los siete kilómetros que quedan hasta Los Arcos, prometen ser interminables para ella.

—Adelantaos vosotros si queréis —dice Miguel al resto del grupo—, yo me quedo con María.

Ricardo asiente y continúa seguido de Mauricio. Poco a poco los pierden de vista, tienen que llevar un paso muy lento y penoso. Miguel se asombra de la determinación de María, que con sus más de sesenta años y con el problema de las ampollas aguanta estoicamente cada etapa, pero ve cómo cada día le cuesta más. Todos están ganando resistencia, después de casi 140 kilómetros caminados se han habituado a las exigencias del Camino, pero para María es diferente, las ampollas crecen mientras ella se empequeñece. Su fe y su determinación la sostienen, pero... ¿hasta cuándo?

—¿Qué te ha traído a hacer el Camino? ¿Eres creyente? —pregunta María.

A Miguel le cuesta abrirse. Cuando le preguntan directamente le recuerda a un interrogatorio, nadie pregunta de manera inocente, todos quieren algo, todos buscan algo, y lo que digas puede ser utilizado en tu contra, te puede explotar en la cara como una mina escondida durante años, que parecía perdida, que se creía olvidada, pero que al pasar explota y cuando se desvanece el estruendo de la detonación, solo quedan los gritos de dolor y el arrepentimiento.

—Lo era... pero dejé de creer.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Cuando miré a los ojos de la muerte directamente, dejé de creer en el Dios del que habla la Iglesia, si existiera un Dios, nunca haría sufrir a los inocentes. ¿Por qué casi todos los santos murieron entre profundos sufrimientos? Hasta Jesús murió en la cruz. ¿Un Padre querría eso para sus hijos? He visto morir muchos santos, pero a ninguno de ellos les erigirán una

iglesia, ni nadie les rezará una plegaria, y algunos ni siquiera podrán ser enterrados.

—Dios nos concedió el libre albedrío, somos pecadores y ¡Jesús murió en la cruz por nosotros! —dice alterada María aferrada a su inseparable rosario.

—No quiero hablar de religión, no he venido aquí por eso...

—¿Entonces, por qué? —insiste María.

Miguel suspira. Todavía no le ha contado a nadie la verdadera razón de emprender el Camino, los que lo conocen creen que es para hacer turismo y desconectar. María le inspira confianza, tiene una mirada pura y destila amor por todo su ser.

—El espíritu de una planta me empujó a venir. Tengo algo que aprender aquí, aunque todavía no sé el qué...

—¿El espíritu de una planta? —pregunta María aturdida.

—La madre Ayahuasca me lo susurró al oído.

ELSA

Elsa está contenta. Se siente ligera y, por primera vez desde que empezó el Camino, se le hace corta la etapa y llega sobrada de energías. Será por los escasos 21 kilómetros recorridos sin grandes desniveles, por el peso aligerado en la espalda o por la grata compañía de Adrián. Han pasado la etapa conversando, bromeando, haciendo fotos y disfrutando del Camino y la naturaleza.

Al llegar al albergue de Los Arcos se lleva una grata sorpresa.

—¿Cómo estás? —saluda al hombre de estrambótica apariencia que asistió en Pamplona.

—Bien, bien... ahora bien.

—Has hecho muy rápida la etapa, has llegado muy pronto...

—Sí, sí... pero tuve que coger un taxi porque no podía más, el Camino ha podido conmigo... —dice visiblemente abatido—. No sabía que los taxis eran tan caros en España, me ha costado cincuenta euros recorrer algo más de diez kilómetros.

—¿Y los has pagado?! —se exalta Adrián.

—¿No cuesta tanto?

—¡Noooo! —gritan los dos.

—Ya me habían avisado de que algunos desaprensivos se aprovechan de la necesidad y la ignorancia de los peregrinos extranjeros. También pasa en los bares, así que cuidado con lo que te cobran... —dice Adrián—. La próxima vez exige que ponga el taxímetro antes de arrancar o pacta el precio.

—Ahora ya poco se puede hacer...

—¿Tienes la factura, la matrícula del taxi o su número de identificación?

—No, no tengo nada... Ahora ya poco importa, abandono, esto no es para mí.

—La clave está en el peso de la mochila, recuerdo que llevabas más peso que yo. ¡Has tenido suerte!, hoy me acompaña un experto en gestionar la carga a llevar —dice Elsa mirando a Adrián.

—Ya es tarde, compré el billete de vuelta a Filipinas.

La tensión se adueña del ambiente. La palabra “abandono” es la pesadilla de cualquier peregrino: un sueño truncado, una derrota, una vuelta dolorosa que se antoja larga, tener que dar explicaciones, que formular excusas, irse con la sensación de que te has equivocado en la estrategia, que lo podrías haber hecho mejor, que deberías haberte preparado más, que podrías haber hecho algo diferente... Y cuanto de más lejos se viene, cuantos mayores sacrificios has tenido que hacer para estar aquí, más grande es la decepción.

Elsa y Adrián consuelan al hombre que tendrá que regresar a Filipinas cuando apenas había comenzado a recorrer el Camino, ese que tanto da, pero que a veces, se muestra implacable y manda a casa a los débiles, a los inconscientes, a los que les flaquean las fuerzas o la fe.

MIGUEL

María le mira aturdida, sabe que ella no cree en estas cosas, ¿cómo va a creer que el espíritu de una planta le instó a recorrer el Camino de Santiago? Ella está cegada por la religión, por la doctrina cerrada e intransigente de la Iglesia. La que quemó en la hoguera a quien experimentaba con hierbas, a quien se comunicaba con espíritus, la que despojó a los antiguos indígenas de sus tradiciones a la fuerza imponiendo su única verdad. Miguel decide cambiar de tema, María no lo entendería.

—Combatí en primera línea en las guerras de Afganistán e Irak. Allí hicimos cosas horrendas. Estábamos cegados por el odio, la obediencia y el amor a nuestro país. Justificábamos lo injustificable porque teníamos una misión: proteger a América y al mundo de los terroristas, de los fanáticos, de los asesinos... pero nos convertimos en unos de ellos. Matábamos a sangre fría, tendíamos emboscadas, bombardeábamos lugares donde había civiles, gente inocente moría cada día —Miguel se detiene con la mirada perdida y deja las mochilas en el suelo para continuar—. ¡La guerra no tenía sentido! ¡Era una lucha imposible de ganar! Pero entonces no lo sabía y acataba las órdenes sin cuestionarlas, sin pensar en las consecuencias, ni para otros, ni para mí. En la última misión, las pesadillas me atormentaban, los recuerdos me castigaban, ya no podía dormir por las noches y al recapitular y volver al pasado, lo vi claro. ¡Todos éramos víctimas! Los enemigos eran víctimas y nosotros también. Víctimas de un engaño donde había que buscar enemigos, asediar países y gastar millones en armamento para meter miedo a la población, para especular con el petróleo, para justificar el reguero de muertes, para hacer negocio ¡La guerra es un negocio! Vi que era una marioneta, que no le importaba a nadie, que nada de lo que había hecho tenía sentido, que mi vida había sido un enorme fraude... Pensaba que había nacido para matar, era una máquina de matar, pero en un planeta donde siempre triunfa la vida ¿qué sentido tenía ser un profesional de la muerte?, ¿quién me había dado el derecho de acabar con la vida de otro: el ejército, mi coronel, el Presidente, los Estados Unidos de América? ¡Yo no tenía derecho! ¿Acaso yo era Dios?, ¿dónde estaba ese Dios?, ¿no dicen que está en todas partes? Allí

no estaba, yo no lo vi, solo vi muerte y desolación, y dejé de creer, en Él y en mí.

—Miguel... —María llora mientras le mira aterrorizada—. ¿Pero qué hiciste? Cuánto has tenido que sufrir...

—Hice lo único que podía hacer: salir de allí, dejar de contribuir en esa locura, dejar de destrozar y destrozarme, hacer algo bueno por primera vez en toda la guerra —una sonrisa le ilumina la cara—. No fue difícil conseguir que me sacaran del frente, pocos aguantaban más de un año en primera línea, porque morían o porque se volvían locos. Yo aguanté cinco años, así que había cumplido con creces. Tenía dinero, América paga bien a sus verdugos, y sabía en qué lo iba a invertir... en algo que limpiara un poco la negrura de mis actos, en sacar de allí a todos los inocentes que pudiera.

—Sabía que eras bueno, Miguel. ¿Cómo lo hiciste?

Miguel mira el reloj, coge las mochilas y se las carga a la espalda.

—Esa es una historia larga, pero ahora tenemos que continuar si queremos llegar a Los Arcos antes de que anochezca.

Y casi ha caído la noche cuando llegan al albergue. María apenas puede caminar, su cara es un poema macabro, refleja el dolor y el miedo; el dolor que siente su físico y sus pies castigados por las ampollas, y el miedo a no recuperarse, a tener que abandonar su peregrinación. Miguel la acompaña a su cama, le ayuda a sentarse y a quitarse las botas. Son cinco las ampollas, dos en el pie derecho y tres en el izquierdo. Están hinchadas y a punto de explotar. María llora desconsolada cuando entran los demás miembros del grupo. Están contentos y ya recuperados de la etapa. Las risas se acallan cuando ven la cara de dolor de María y el silencio se adueña del albergue.

—Deja que te vea esos pies —dice Elsa mientras la examina—. Hay que vaciar las ampollas y desinfectarlas, cuando saque el líquido sentirás un gran alivio, ya lo verás...

—Me duele mucho —se queja María—. Cada paso que doy es como si caminara sobre cristales rotos.

Elsa saca una bolsa de plástico de su mochila donde guarda lo necesario para efectuar la cura.

—Ves como hay que llevar un botiquín —dice Elsa mirando a Adrián—. Menos mal que no lo dejé todo en Puente la Reina.

Adrián asiente callado mientras Elsa comienza la cura. Limpia los pies de María con agua y jabón, desinfecta las ampollas con betadine y saca una

aguja esterilizada de su envoltorio de plástico.

—¿Me vas a pinchar? —pregunta María horrorizada.

—Hay que hacerlo para que cure antes —dice Elsa.

Con cuidado pincha cada ampolla y la vuelve a desinfectar. Sale un líquido transparente mientras se deshincha la piel abultada.

—Sobre todo no te arranques la piel, hará de protector natural y cuando crezca piel nueva se caerá sola. Deja los pies descalzos hasta mañana, y antes de salir, te las cubriré con tiritas para que estén protegidas.

ADRIÁN

Comienzan la etapa todos juntos, cuando el amanecer es inminente. Han decidido acompañar a María y se han repartido su carga, ella solo lleva una mochila vacía. La solidaridad aflora en el Camino, ayudar al débil, asistir al enfermo, compartir lo que se tiene, hacer lo que se puede... cosas que en “la vida real” se están olvidando, cada uno ocupado de sus asuntos.

—Coge mi bordón —le ofrece Adrián a María—. Te ayudará a caminar mejor.

—Gracias, gracias... ¡qué buenos sois todos conmigo! Dios os lo pagará.

Adrián no sabe si se lo pagará Dios, pero siente pena y a la vez admiración por la brasileña, que con los pies destrozados no ha abandonado y sigue recorriendo el Camino, cumpliendo su sueño. A él le duelen las plantas de los pies, no se le va el dolor, pero después de ver cómo Elsa curaba las ampollas de María le avergüenza quejarse.

Los viñedos cargados de uvas negras se suceden a los lados del camino. Ya han entrado en La Rioja, tierra de vinos y también de peregrinos. Se divisan montañas lejanas y los molinos de viento giran sus aspas a gran velocidad. La etapa tiene subidas y bajadas, y en una de esas subidas, Adrián reconoce a una mujer extranjera que adelanta cada día. Sube con esfuerzo arrastrando sus pesadas botas, tendrá setenta años, con el pelo largo y cano cogido en una coleta. Sus piernas y sus caderas son prominentes, con un evidente sobrepeso, nada aconsejable para las largas distancias caminando.

—¡Buen Camino! —saluda Adrián. La mujer solo tiene fuerzas para levantar un poco la mano. No lleva mochila, seguro que utiliza el transporte que manda el equipaje de un albergue a otro. Cuando Adrián se enteró de este servicio pensó que era hacer trampa, que un auténtico peregrino debe cargar con el peso de su equipaje. Pero al ver a esta mujer subiendo la empinada cuesta soportando sus cien kilos sobre los pies, cuando mira a María andando con dificultad apoyada en el bordón, cuando recuerda a tantas personas con avanzada edad o problemas físicos que ha adelantado estos días, se dice algo en un susurro:

¡Ellas son las verdaderas heroínas del Camino! Los que somos jóvenes y estamos bien físicamente no tenemos mérito, si nosotros nos cansamos, ¿cómo tiene que llegar esta mujer al finalizar el día?, ¿cómo le tiene que costar comenzar otra vez? Pero un día tras otro, termina la etapa y demuestra que todo es posible cuando se quiere de verdad, que no es importante llegar primero sino llegar.

Adrián entra en Logrono como hicieron millones de peregrinos antes que él, cruzando el puente de Piedra. El río Ebro discurre bajo sus pies, el cierzo le mueve el cabello y evoca momentos de su infancia, cruzando otro puente de Piedra sobre el Ebro, escondiendo el cuello en la chaqueta mientras se dirigía al centro de su ciudad.

—Este río también pasa por Zaragoza, donde nací.

—¿Es bonita tu ciudad? —pregunta Elsa.

—¡Muy bonita! Algún día te la enseñaré —dice Adrián mirándola a los ojos—. Si tú quieres, claro...

—¿Por qué no? Me está fascinando España, quiero conocer más lugares de los que descubra en el Camino.

Adrián continua con un nudo en la garganta. Pasar el río lo ha devuelto a su tierra, esa que a veces olvida, pero que no puede dejar de amar. Se adentra en una calle larga y rectilínea, es la rúa Vieja, donde bodegas, tiendas, mesones y artesanos de todo tipo ofrecían sus productos al peregrino, y con las modernidades del siglo XXI, aún lo siguen haciendo.

—¡Por fin llegamos! —grita María al ver el albergue municipal.

Qué placer se siente al llegar a tu destino. Una etapa más, o una menos, según se mire... y esta de 28 kilómetros al paso que ha marcado María se ha hecho larga. A Adrián le siguen doliendo los pies, todavía hace calor y las botas los recalientan demasiado. Se ha equivocado con el calzado. En su mente tenía la estampa del peregrino y sus robustas botas, pero al caminar por pistas de tierra y carreteras de asfalto con más de veinte grados de temperatura, igual no son la mejor elección.

Comen en un bar de la calle Laurel, mítica por los pinchos y los vinos de La Rioja que se ofrecen. Hablan de la etapa de mañana y Adrián se acuerda de sus amigos Sara y Andrés. Tienen una crepería portátil y recorren las diferentes ferias y mercados. Recuerda cuando le contaban que Nájera (su próximo destino) es uno de sus pueblos favoritos y decide llamarlos.

—Andrés, estoy haciendo el Camino de Santiago, mañana llego a Nájera y me he acordado de vosotros, ¿qué tal estáis?

—¿Qué mañana llegas a Nájera? —responde Andrés incrédulo—. ¡No te lo vas a creer! Esta noche salimos para allí, mañana comienza la feria de San Miguel y montamos la crepería en el mercado artesanal. ¿Nos veremos?

—¡Qué casualidad! Nos veremos allí cuando llegue al finalizar la etapa.

—¿Necesitas que te llevemos algo?

—Nada, tranquilo, estoy bien...

—Bueno, pues avisa cuando estés por Nájera y vamos al albergue a buscarte.

—¡Espera un momento! —dice Adrián que ha visto una oportunidad de oro—. ¿Me podéis traer unas zapatillas de trekking de mi casa? Estoy haciendo el Camino con botas y llevo los pies destrozados.

—Claro que sí, ¿y cómo entramos a tu casa?

—Llama a la señora Marisa, mi vecina de enfrente, ella tiene una llave de casa, yo la aviso de que vais a ir. Están en el zapatero de la entrada. ¡No sabes el favor que me vais a hacer! Llevo días pensando en mis zapatillas, y mira por donde, que van a venir a mí.

RICARDO

Salen de Logroño alumbrados por las farolas. Ricardo sabe que en las ciudades es donde el peregrino se pierde con mayor facilidad, así que va atento a las señales, a las flechas amarillas y los carteles indicativos mientras los lugareños se encaminan al puesto de trabajo. Ver cómo los hombres y mujeres caminan como autómatas hacia un lugar al que no quieren ir le reconforta, *id a cotizar, a pagar impuestos e intereses, que tenéis que pagar mi pensión*. Le ha quedado el máximo posible, la banca siempre gana.

Ricardo lidera al grupo. Le gusta ir delante, ser el que marca los tiempos, las paradas, las visitas a los lugares, el ritmo de la marcha. Aunque ahora están condicionados, María impone un ritmo lento. No ha querido que le lleven sus cosas, pero las ampollas la siguen martirizando. Sin descanso no hay mejora, sin mejora no puede caminar a un ritmo normal, y sin un ritmo normal, las etapas se tornan largas y pesadas.

—María, ¿cómo van tus pies? —pregunta Ricardo.

—Igual que los últimos días —dice María mientras camina con dificultad—. Cada paso es como si caminara por cristales, pero es mi penitencia...

—Creo que deberías parar a descansar unos días o abandonar. Es tu penitencia no la nuestra.

María no responde, no quiere oír la palabra abandono, pero tampoco puede descansar, tiene los días justos para llegar a Santiago.

—Tienes razón, os estoy retrasando, continuad a vuestro ritmo, yo llegaré lo más rápido que me dejen los pies.

—Yo me quedo contigo —dice Miguel.

—Y yo —dice Maurico.

—Yo no te voy a dejar— dice Elsa.

—Yo tampoco —dice Adrián.

—Gracias mis niños, Dios os lo pagará, qué buenos sois —dice María aferrándose a su inseparable rosario.

Ricardo se muerde el labio inferior. Esta vez se ha librado, el grupo no quiere sacrificar al miembro más débil por el bien común, pero por poco

tiempo... *Se acabó el Camino para ti, disfruta de tu último día en el sendero, piensa mientras se frota las manos.*

Caminan por el parque de La Grajera. Una zona arbolada a las afueras de Logroño en torno a un pantano artificial. Dos conejos se quedan agazapados a un lado a menos de tres metros. Se nota que están acostumbrados a la gente y que nadie los incordia. Una ardilla pasa deslizándose por el camino al lado de Ricardo, que al verla, da una patada a una piedra para espantarla.

—¿Por qué haces eso? —pregunta Elsa.

—Esos bichos son como ratas.

—Pero si no te ha hecho nada... es una maravilla que pasen tan cerca y no tengan miedo a las personas —Elsa lo mira acusadoramente—. Aunque esa no creo que se acerque más.

¿Quién eres tú para regañarme? El tiempo pone a cada uno en su lugar, y el tuyo está por debajo de mí.

Avanzan por un camino pegado a la carretera donde los coches van a más de cien por hora, contrasta mucho después de la naturaleza bien conservada del parque de La Grajera. En la valla que protege a los peregrinos hay fotos de una mujer, se llama Elsa Maldonado, pone que es de El Paso (EEUU) y que murió en 2017. Rodeando las fotos hay flores, lazos de colores y cruces hechas con palos insertados en los huecos de la valla.

—¿Qué le pasó a esta mujer? —pregunta Elsa—. Se llamaba como yo...

—¡Yo conozco la historia! —dice Miguel—. Salió en los medios de comunicación de mi país. Elsa Maldonado era una mujer muy querida y admirada por la comunidad. En 2013 pensaba recorrer el Camino de Santiago, pero dos meses antes le diagnosticaron un cáncer de ovario. Debido a las cirugías y el tratamiento tuvo que posponer el viaje y en 2015, tres meses después de su tercera ronda de quimioterapia, por fin pudo realizar el Camino. Visitó todas las iglesias y catedrales del Camino encendiendo velas y orando para pedir por las personas enfermas de cáncer, y pudo terminar el recorrido llevando su propia mochila y sin asistencia —no puede evitar mirar a María, que escucha con la vista fija en las fotos aferrada a su rosario—. En 2017 murió rodeada de los suyos, y supongo que algún familiar, conocido o alguien que lo viera en las noticias comenzó este homenaje.

Siguen caminando en silencio por la pista pegada a la carretera. Hasta donde alcanza la vista, la valla está repleta de cruces y lazos de colores.

También hay fotos de Li Chen, una peregrina asesinada en 2015.

Mauricio se detiene. Busca dos palos por el suelo y los cruza metiéndolos entre los agujeros de la valla, se arrodilla, y mientras se seca las lágrimas mira al cielo. Seguro que se está acordando de su hermana, el cáncer no le dio la oportunidad de recorrer el Camino, ahora es Mauricio el que lo hace por ella. Los demás le imitan y buscan un hueco donde dejar su cruz, todos menos Ricardo, que sigue caminando sin mirar atrás, pero no puede evitar que los cientos de cruces que llenan la valla durante dos kilómetros, le traslade al pasado y recuerde la noticia que le dio el doctor justo antes de empezar y que le lleva atormentando cada día en el Camino.

—Tiene cáncer.

MARÍA

Emprenden la subida que lleva a el alto de San Antón. María tiene que bajar todavía más el ritmo y se queda atrás. La experiencia de que se puede caminar encima de las ampollas, de que no hay que esperar a que el sufrimiento desaparezca para poder dar el siguiente paso, es una gran lección. Se puede traspasar el umbral del dolor, el cuerpo aguanta mucho más de lo que parece mientras la determinación sea férrea, mientras el deseo de continuar sea mayor que el de abandonar. María no solo lo hace por ella, piensa en sus cinco hijos y en su marido, ellos han sido los que la animaron a empezar el Camino, a que por una vez pensara en ella. Siempre ha sido lo que los demás querían: ha sido la hija que se encargó de asistir a sus padres hasta su muerte, ha sido la mujer cariñosa y abnegada, ha sido la madre atenta y sacrificada. Nunca ha sido solo ella, siempre ha mirado primero por los demás. Es la primera vez que viaja sola, y sabe que puede que sea la última. Por eso, mientras pueda caminar, mientras le quede una minúscula porción de energía, paso a paso, día a día, seguirá caminando rumbo a Santiago. *Si Jesús pudo cargar su cruz y morir por todos nosotros, yo puedo cargar la mía*, piensa mientras aprieta con fuerza el rosario.

Miguel la espera a un lado del camino, los demás van solo un poquito por delante.

—¡Vamos María! —la anima Miguel mientras la coge del brazo— Después del alto de San Antón es todo bajada.

—Gracias Miguel. Por favor, sigue contándome tu historia, ¿cómo hiciste para ayudar a la gente de allí?

María estaba esperando el momento de seguir escuchando a Miguel, quería saber cómo acaba la historia, y además, escucharlo le ayuda a distraerse y olvidar sus dolores.

—Había un hombre: Abdul, él era nuestro guía. Al anterior lo habían matado y solo llevaba dos días con nosotros. Sabía algo de inglés y conocía la zona a la perfección, controlaba los mejores escondites, los pozos donde conseguir agua, los campos de minas. Y gracias a él, estoy hoy aquí —Miguel

habla sin dejar de mirar al suelo—. Nos tendieron una emboscada. Me dispararon, y Abdul, no dudó en poner en riesgo su vida y la de su familia. Me llevó a su casa y su mujer me atendió mientras los niños miraban apoyados en el alfeizar de la ventana. Hubo varias redadas. Me escondieron hasta que me recuperé y pude volver al campamento, me salvaron la vida. A mí, a un enemigo de su pueblo, a un asesino, a un desconocido. Cuando le pregunté por qué lo había hecho, me dijo que él era musulmán, y Mahoma les enseñó que hay que asistir al que lo necesita. En el Corán se dice: *El que la gente necesite de vosotros es uno de los favores de Al-lah para con vosotros, así pues, no os hastiéis de los favores.* Abdul estaba en contra de la guerra, creía que los terroristas se habían desviado de las enseñanzas de Mahoma, que no eran verdaderos musulmanes. Creía que los americanos íbamos a llevar la paz, pero con el tiempo se dio cuenta (como yo) de que no se puede conseguir la paz con la guerra.

—¿Por qué no podemos vivir en paz, amándonos los unos a los otros? — dice María.

—Porque mientras haya petróleo, dinero, religiones y clases sociales, el hombre buscará hacerse con ello por la fuerza y habrá otro que tendrá que defenderlo. Por eso, la única opción era salir de allí. Tuve que pedir favores, sobornar a funcionarios y proporcionar a la familia de Abdul un hogar en mi país. La historia de cuando me salvaron la vida ayudó mucho para conseguir los visados y el pasaporte americano. Pude sacar del infierno a toda la familia, les compré una casa, les conseguí trabajo y les ayudé a integrarse en su nueva vida. Es lo único bueno que hice en la guerra, es de lo único que estoy orgulloso.

—¡Qué bonito, Miguel! Dios te recompensará por tus obras —María se quita un anillo de plata de su mano derecha y se lo ofrece a Miguel—. Toma, quiero regalarte este anillo para que recuerdes siempre el Camino y lo que hiciste con esa familia.

En el interior del anillo hay grabada una inscripción:

Las buenas obras tienen su recompensa

Al llegar al alto de San Antón se escucha el sonido de una guitarra española y a un hombre cantando. Lleva sombrero y un collar con grandes discos de metal con grabados. El grupo y otros peregrinos lo rodean, graban y hacen fotos con el móvil. Una mujer con la bandera de Canadá cosida en la mochila coge una pandereta y le acompaña haciéndola sonar. Cuando termina

la canción le brindan un sonoro aplauso y le obsequian con unas monedas.

—¡Ha estado genial! —dice Elsa—. ¿Llevas mucho tiempo en el Camino?

—¡Muchas gracias! Llevo tres años recorriendo el Camino, componiendo canciones y compartiendo mi música para alegrar a los peregrinos. Me gusta ponerme en la cuesta para dar ánimos y ayudar a superarla. Me llamo Viser, que significa: “vivir” para “ser”. Soy de Santiago, pero Galicia se ha vuelto muy comercial, ha perdido el antiguo espíritu de la peregrinación, prefiero estar en lugares como Navarra o La Rioja donde pasan los auténticos peregrinos, los que hacen el Camino completo.

La llegada a Nájera se le hace interminable a María. Todavía quedan unos kilómetros para llegar, la pronunciada bajada y el peso de la mochila castiga sus pies llenos de ampollas y tiene que ir muy despacio. Siente que es un lastre para el grupo, ya habrían llegado si no fuera por ella, tiene miedo de que se queden sin sitio en el albergue por su culpa.

—No me esperéis, seguid vosotros para coger sitio en el albergue, estaré bien.

—No te vamos a dejar sola —dice Miguel.

—Ya me quedo yo con ella —se ofrece Ricardo—. Adelantaos y ya llegaremos nosotros.

Los componentes del grupo aceleran la marcha mientras Ricardo se queda esperando a María.

—Gracias Ricardo, no tenías porqué esperarme...

Ricardo no contesta, espera que los demás se alejen para hablar.

—Tú eres muy religiosa, ¿verdad, María? —es evidente que sí—. Entonces conoces la importancia de sacrificarse por el bien común.

—Claro, ya sé que haces un sacrificio esperándome y dejando que los demás se adelanten.

—No me refiero a eso —Ricardo le lanza una mirada llena de resentimiento—. Llevamos varios días esperándote, condicionados por tu lesión, llegando muy tarde al destino por tu culpa. Y eso, no solo hace que nos cansemos más, hace que tengamos menos tiempo para recuperarnos, y menos tiempo para poder disfrutar de los lugares a donde se llega. Este es mi quinto Camino, yo lo conozco bien, pero los otros han recorrido medio mundo para venir aquí, puede que nunca vuelvan a España y por llevar tu ritmo hay monumentos e iglesias que jamás conocerán. ¿Te parece justo?

—No, no es justo —María rompe a llorar.

—Me da pena que tengas abandonar o separarte del grupo, pero debes hacerlo por ellos. Si eres una buena persona, si eres una buena cristiana, no puedes condicionar a varias personas por tus dolencias.

—Tienes razón, pero... ¡no voy a abandonar!

—Pues tómate unos días de descanso, te vendrá bien para recuperarte y así podremos seguir con nuestro ritmo.

—Pero tengo los días justos para llegar a Santiago.

—Cuando te recuperes puedes doblar alguna etapa, o saltártela cogiendo el autobús. No lo hagas solo por ti, hazlo por estos chicos, que vinieron a disfrutar del Camino, y en vez de eso, lo están sufriendo contigo.

—Lo haré —dice María convencida, no quiere que sus problemas condicionen a los demás—. Me quedaré unos días en el albergue de Nájera.

—Pero en el albergue municipal no te puedes quedar, allí solo se puede pasar una noche, además, puede que alguien del grupo quiera quedarse contigo, que les des pena y sigan perdiéndose cosas del Camino por ti. ¿Quieres eso?

—No, no quiero eso...

—Pues deberías quedarte en un albergue privado y no salir de él hasta mañana, que ninguno te vea.

—¿No me puedo despedir?

—¡Es que no me has escuchado! —grita Ricardo cargado de furia—. ¡No pensaba que eras tan egoísta e ingenua! Yo me despediré por ti. Les diré que no has podido terminar la etapa, que has abandonado y que has cogido un taxi para ir a Logroño y de allí te irás al aeropuerto. Si saben que estás en Nájera te irán a buscar, te convencerán para que sigas o que les dejes que te acompañen. ¿Quieres eso?

María asiente mientras llora desolada. Tiene ganas de abandonar. Ricardo ha sido muy duro con ella, pero ve mucha razón en sus palabras. Se atormenta por no haberlo hecho antes, por arrastrar al grupo a llevar su ritmo, piensa que ha sido una egoísta, que ha sido mala cristiana. Pero no se da cuenta de que Ricardo solo mira por él, que le puede el egoísmo y la maldad. No se da cuenta de que el buen peregrino ayuda sin esperar nada a cambio, que cuando la ayudaban se estaban ayudando a sí mismos, que el compañerismo y el asistir al débil es uno de los regalos del Camino, más importante que cualquier iglesia o monumento, que las cosas importantes no se pueden construir en piedra, que el amor y los cuidados ofrecidos a otros

vuelven multiplicados por diez.

RICARDO

Ricardo entra en el albergue municipal de Nájera portando el bordón de Adrián. Ha dejado a María en un albergue privado cerca del puente, ya no retrasará nadie al grupo. Se siente eufórico, manipular a otra persona le hace creerse poderoso. Es él quien maneja la situación, es él quien marca los tiempos, es el líder sin escrúpulos que llegó a lo más alto.

—¿Dónde está María? —pregunta Elsa—. ¿No la habrás dejado sola?

La alemana es la única que le planta cara, que cuestiona su autoridad. Nota su falta de confianza, puede sentir el deseo que tiene de ir por libre... ella y su amiguito son una amenaza. *Tú vas a ser la próxima*, piensa Ricardo.

—María ha abandonado.

—¿¿Cómo?! —dicen todos a la vez.

—No ha podido llegar hasta Nájera —miente—. Paramos un par de kilómetros antes de llegar, no podía aguantar el dolor, se quitó las botas y llevaba la piel de las ampollas de los talones arrancadas y todo el talón en carne viva. No ha dado muy buen resultado tu cura —acusa a Elsa.

—Si esta mañana las llevaba mejor... —dice Elsa visiblemente afectada.

—¿Y dónde está? —pregunta Miguel.

—Ha cogido un taxi para que la lleve a Logroño, allí comprará un billete de avión para regresar a Brasil —todos lo miran apenados—. Me pidió que me despidiera de vosotros. Estaba muy afectada y no tenía fuerzas para la despedida. Esto es tuyo, ¿no?

—Ricardo, ¿no te ha dado su móvil o su email? —pregunta Adrián mientras recoge su bordón.

—No, estaba tan afectada que no me dio nada.

—¿Alguien tiene su teléfono? —pregunta Mauricio.

Nadie lo tiene, no ha hecho falta darse los contactos, estaban todos juntos en el Camino.

—¿Se lo podías haber pedido! —recrimina Elsa a Ricardo.

—Haberte quedado tú con ella, ¿no eres médico?

—¿Vale, chicos! María tomó su decisión y no pudimos hacer nada. No es culpa de nadie —dice Mauricio.

Suena el móvil de Adrián rompiendo la tensión. Se separa para contestar mientras todos se quedan en silencio ensimismados en sus pensamientos, impactados por la noticia del abandono de María.

—Me voy —dice Adrián—. He quedado con unos amigos para cenar, así que no contéis conmigo para la compra. ¡Arriba esos ánimos! María solo ha abandonado el Camino, no se ha muerto, ya regresará otro año si quiere...

Nadie contesta, es un día triste. No hay ganas de preparar la cena juntos, ni de salir a conocer Nájera. Ricardo disfruta viéndolos abatidos, ahora serán más manejables. Cuando ve salir a Adrián por la puerta se fija cómo Elsa lo mira, se nota que quiere ir con él, pero se queda sola, vulnerable... *es mi oportunidad.*

ELSA

Elsa no ha querido ir a ver Nájera, poco le importa perderse el monasterio de Santa María la Real donde yacen enterrados los reyes y reinas del antiguo reino de Navarra. Se siente culpable, podía haber asistido a María, podía haberla curado, haberla acompañado al hospital, haberla animado a continuar. Está sola en la habitación. Se agacha a coger el libro de la mochila, leer le abstraerá del presente. Siente unos pasos, *será un peregrino*, piensa mientras sigue rebuscando sin darle importancia. Nota una presencia, una mano que aprieta su trasero, un hombre que la ataca por detrás. No hay espacio para la huida, el pasillo entre las literas es muy estrecho. Un recuerdo. Su infancia. Un hombre mayor. *¿Será otra pesadilla?* Pero es muy real. Se gira, le falta la respiración, le aprisiona el miedo. *¡Ricardo!*

—¿Qué haces?! —grita mientras le empuja con todas sus fuerzas. Apenas lo mueve. Es muy fuerte para su edad.

—Es una broma —dice quitándole importancia.

—¡No me toques!

—Aquí en España es algo normal.

Ricardo no se aparta, abre los brazos sin dejar espacio para la huida.

—¡Eres un asqueroso! —grita con lágrimas en los ojos—. ¡Déjame pasar!

Ricardo se queda inmóvil. En su cara se ve que está disfrutando, que sopesa las consecuencias de llegar a más, de continuar con el abuso. Y con una sonrisa socarrona en la cara, se aparta lo justo para dejarla pasar. Elsa no quiere tocarlo. Pasa lateralmente posando las palmas de las manos en la litera, es como si el contacto con su piel derivara en una enfermedad infecciosa. La maldad no se contagia, pero se puede verter sobre los demás.

ADRIÁN

Adrián camina hacia las cuevas de Peñaescalera. La pared de arenisca rojiza está repleta de cuevas y pasadizos excavados por los primeros najerinos, allí se protegían de las inseguridades e inclemencias del tiempo. Saca la cámara e inmortaliza el momento cuando las primeras luces acarician el umbral de las cuevas, allí donde se escondían los hombres primitivos, donde nunca llega la luz del sol. Camina aturdido, ensimismado en sus pensamientos. Muchos cambios en un día: primero el repentino abandono de María, *¡si solo quedaban tres o cuatro kilómetros hasta Nájera!* No se explica cómo no llegó al albergue y tomó allí la decisión después de descansar e ir al médico. Y segundo, cuando llegó al albergue ya eran las diez, de nuevo estuvo a punto de quedarse fuera, y para su sorpresa, Elsa no estaba. Su litera vacía, la mochila desaparecida. Fue a preguntarle a Ricardo. No le gusta ese hombre, desde el principio le ha dado mala espina, hay algo siniestro en su mirada, siempre quiere controlarlo todo, ser él quien dirija, pero estaba seguro de que sabía lo que había pasado. Le contó que a Elsa le había afectado mucho el abandono de María y que se había ido a un albergue privado para estar sola, que ya no quería caminar con el grupo. *¿Se ha ido sin despedirse de mí?* Adrián se encontraba a gusto con ella, habían hablado mucho los últimos días. Era tímida y reservada, le costaba abrirse, pero esa timidez y hermetismo la hacía más interesante. No lo daba todo hecho. Era como un libro de intriga que tienes que leer poco a poco, pero que en cada capítulo te sorprende, te atrapa... y ya no puedes parar de leer hasta el final. *La dejé sola en el momento más difícil,* piensa. A los segundos de conocer la noticia del abandono, Adrián se fue con sus amigos, no le ofreció que le acompañara, se olvidó de ella, la dejó sola. *Seguro que nos volvemos a encontrar.* Aunque no es tan fácil, hacen falta unos pocos minutos de diferencia a la hora de salir para no verte en toda la etapa, que se tome un día de descanso, que pare en otro pueblo o que se aloje en cualquiera de los cientos de albergues privados que pueblan el Camino. Pueden llegar a Santiago sin haber coincidido. A Young mi ya no la han vuelto a ver desde que se quedó con los peregrinos coreanos.

Adrián camina solo, ya no tiene sentido hacerlo con el grupo, *¿para qué*

si no está ella? Notó la media sonrisa de Ricardo al despedirse, así como el afecto y el abatimiento de los demás. Camina ligero, lleva las zapatillas de trekking que le trajeron sus amigos, todavía está asombrado por la coincidencia, de cómo deseaba esas zapatillas, de cómo pensaba en ellas, y el destino se las ha servido en bandeja. *¿Será casualidad?* Hace unos meses leyó en un libro que nuestros pensamientos generan nuestra realidad, suena a ciencia ficción, pero... ¿y si fuera así? *A lo mejor, si pienso en Elsa la atraigo hacia mí.*

De nuevo camina rápido, de nuevo adelanta a gente, pero se fija que la mayoría superan los sesenta años, que son extranjeros, que no les importa parar a disfrutar de los paisajes de España para ellos desconocidos, que algunos tienen sobrepeso, que llevan el brazo, la pierna y cara izquierdos colorados porque casi siempre se camina hacia el oeste y el sol queda a la izquierda, se fija que a él le pasa lo mismo y ríe al pensar que deberían caminar hacia atrás de vez en cuando para compensar el moreno. Cuando divisa a alguna peregrina a lo lejos se fija si lleva la mochila que compraron juntos, si tiene el pelo corto y negro, si se mueve con la gracia que lo hace ella, pero no la encuentra, solo puede usar su mente para atraerla.

Llega a Santo Domingo de la Calzada. Algunos la llaman la Compostela riojana. Debe su existencia a Santo Domingo, el mayor benefactor del Camino, al que dedicó buena parte de sus noventa años. Él solo, desbrozó bosques, trazó el Camino desde Nájera a Redecilla, levantó un puente sobre el río Oja, construyó iglesias y hospitales y atendió a los peregrinos. Cuando murió en 1109 fue enterrado en el Camino, y sobre su sepulcro se erigiría la catedral de Santo Domingo de la Calzada. En su interior se conserva una hornacina con dos gallinas en recuerdo del milagro que se le atribuye al santo: Una familia de peregrinos de Colonia se alojó en la posada de Santo Domingo. La criada se encaprichó del hijo, pero despechada por el rechazo, escondió una copa de plata en su zurrón y lo denunció. El joven fue condenado a la horca. Los padres, afligidos, continuaron su peregrinación a Santiago, y al regresar, encontraron a su hijo aún vivo, colgando de la soga. El santo lo sujetaba por los pies. Corrieron a contárselo al corregidor de la ciudad, pero no les creyó y dijo: “Tu hijo está tan vivo como la gallina que me estoy comiendo”. Acto seguido, la gallina se incorporó y cantó, para hacer bueno el refrán: “Santo Domingo de la Calzada, donde cantó la gallina después de asada”.

MIGUEL

Los montes de Oca acogen al peregrino llenos de misticismo. Entre los robles centenarios se escondían los bandidos y las alimañas para atacar al caminante. Pocos se adentraban en estos bosques sin la protección de un nutrido grupo, muchos fueron los asaltados y asesinados que nunca llegarían a Santiago. Pero lo que antaño daba pavor, ahora se convierte en belleza: un camino natural rodeado de frondosos árboles donde caminar a la sombra y disfrutar del silencio solo roto por el cantar de los pájaros.

El grupo se ha descompuesto, solo quedan tres: Ricardo, Mauricio y Miguel. Llevan dos días caminando casi sin mediar palabra, separados unos metros, se juntan en las paradas y en el albergue. Después de pasar Villafranca-Montes de Oca llegan al Alto de la Pedraja, donde se erige un monolito monumento con una inscripción que dice:

Monte de la Pedraja 1936. En este lugar fueron fusiladas unas 300 personas por los que apoyaron el golpe de estado del general Francisco Franco contra la II República legítimamente establecida, y que dio lugar a la guerra civil española entre los años 1936 y 1939.

Fueron asesinados en los primeros meses de la guerra civil por sus ideales políticos y por defender la libertad.

Este humilde monumento, realizado por sus familiares servirá para que nunca olvidemos su memoria.

Descansen en paz.

Miguel conoce algunos datos de la guerra civil española. Casi ningún país se libra de la barbarie de la guerra, del reguero de muertos, de las familias enfrentadas, de los niños huérfanos, del odio que (aunque hayan pasado muchos años) perdura en el tiempo, y que mientras no se perdona y se mire hacia adelante, será imposible de borrar.

Miguel se arrodilla frente al monumento. Para él, da igual el bando o la nacionalidad de los cadáveres. Como bien sabe por experiencia propia, en la guerra todos son víctimas: los ganadores y los vencidos, los verdugos y los

asesinados; todos engañados y manipulados para al beneficio de unos pocos, para tener al pueblo controlado, para que el miedo acalle las bocas y aflija los corazones.

—Franco hizo mucho por España —dice Ricardo—. Los muertos que aquí se recuerdan eran unos rojos, y ellos también mataron a mucha gente de bien.

—Pero Franco era un dictador —responde Miguel—. Y que ellos mataran a gente no justifica estas 300 muertes, nada justifica matar a otra persona.

—Si estuviera él ahora, serían las cosas de otra manera... Mano dura y alguien que tenga los huevos de dirigir al pueblo es lo que le hace falta a esta sociedad.

—¿Y eso es lo que quieres tú?, ¿ser un dictador y dirigir a los demás? —Miguel se levanta y se encara con Ricardo—. Sigue caminando, por tu bien te recomiendo que lo hagas. No sé qué habrás hecho con María y con Elsa, tú fuiste el último en estar con ellas, y no creo que sea casualidad que las dos se hayan ido, no creo en las casualidades. Si por ti fuera ya me habría separado del grupo, pero no quería dejarlas solas contigo, sé que escondes algo, ¿qué has hecho?

Ricardo se separa de Miguel dando pasos hacia atrás sin perderlo de vista. Se lee el miedo en sus ojos, sabe que con él no puede, es un soldado instruido para matar.

—Pasó lo que os he contado —miente—. Esto se está yendo de las manos, es mejor que cada uno llevemos nuestro camino —mira a Maurico, está inmóvil observando la escena—. ¿Tú, vienes conmigo?

—No, yo me quedo con Miguel, no te voy a seguir más.

Ricardo se adentra solo en el bosque. Los árboles entrelazan sus copas en un túnel natural donde las ramas se funden en un abrazo eterno. Si todavía hubiera lobos, si le atacaran con intención de comerle, él cree que se convertiría en el líder de la manada. No duda que siempre tiene razón, que es el más listo, que es superior, cree en la ley del más fuerte. Pero un verdadero líder no es el que más manda, es el que pone a los otros primero, el que mira más por el grupo que por él mismo, el que respeta la máxima de que: “los últimos serán los primeros”.

MARÍA

Es su tercer día de descanso. No ha salido de la habitación salvo para comer, ir al médico y a misa. La han tratado muy bien curando sus ampollas, es el mal por excelencia del peregrino y en los hospitales y centros médicos del Camino, saben cómo tratarlas. El doctor le ha aconsejado reposar tres días como mínimo para dar tiempo a que salga la piel nueva. María ha hecho caso, pero sabe que el tiempo se le escapa. Duda que tenga fuerzas para doblar tres etapas. Se pasa el día rezando, pidiendo fuerzas y ayuda a Jesús, a la virgen María, a San Francisco de Asís, al apóstol Santiago. La fe la ha traído hasta el Camino, y está convencida de que su fe la ayudará a terminarlo. Ha pensado en abandonar. Tanto tiempo sola y sin actividad da para pensar demasiado. Es tentador regresar a casa, al calor del hogar, a la seguridad de la vida cotidiana. *¿Qué sentido tiene seguir sufriendo?*, se pregunta a menudo. Habló ayer con su marido. Pensaba contarle su situación y pedirle consejo, pero no pudo. Rafael le dijo que caminaba con ella, que llegara a Santiago por los dos, que estaba todo bien en casa, que la echaba mucho de menos, que sus hijos llamaban para preguntar, que los vecinos se acercaban a casa y le mandaban fuerzas, le enumeró varias peticiones de los vecinos para Santiago. *¿Cómo iba a decirle que se había rendido, que unas miserables ampollas habían podido con ella? Iba a llegar a Santiago, aunque fuera a rastras, aunque fuera exhalando su último suspiro. Si Elsa Maldonado (la mujer que murió de cáncer) logró hacerlo estando enferma, después de la quimioterapia, cargando su mochila, un poco antes de morir. ¡Yo también puedo!*

ELSA

La llanura castellana se extiende hasta donde llega la vista, es lo que le espera: kilómetros y kilómetros de campos de cereal quemados por el sol, una planicie donde el bien más cotizado es la sombra. Se pueden distinguir las torres de la catedral de Burgos, que aun estando rodeada de edificios de todas las alturas y colores, se aprecia su inmensidad y su belleza. Un cartel dice que es la mejor vista del Camino. Elsa no sabe si es la mejor, pero la presión que siente en el pecho desde lo que pasó con Ricardo, no le deja disfrutarla.

Para llegar hasta este mirador ha tenido que caminar por las inmediaciones de Atapuerca, la sierra que albergó hace 800.000 años los primeros pobladores conocidos de la península. Elsa no ha podido evitar pensar mientras ascendía por el bosque de encinas cómo serían los primeros sapiens, si también abusarían de las mujeres, y si era así, por qué después de miles de años lo siguen haciendo. Muchas veces ha deseado haber nacido hombre, ellos lo tienen todo más fácil. Su vida hubiera sido diferente, su padre le dijo en varias ocasiones que quería un hijo, que ella había sido un error, *¿tengo la culpa de ser mujer? ¿Por qué no puedo ser yo misma?* Ha venido al Camino a encontrarse, a comenzar de nuevo, a quererse, a conocerse, a abrirse. Pero... *¿por qué no me dejan avanzar?, ¿por qué siempre tiene que ser un hombre quien me haga dar un paso hacia atrás, volver al pasado, sentirme una víctima, vulnerable y frágil?*

Lleva tres días caminando sola, evitando el contacto humano, durmiendo en albergues o hostales privados con una habitación individual. No quiere compartir su espacio, ese lugar sagrado que ha sido mancillado. Se siente sucia, denigrada y deshonrada. Ha pensado en denunciarlo, pero... ¿de qué serviría? Pasar por un interrogatorio, que otros la escuchen y la juzguen. El acto en sí no ha sido tan grave, solo el contacto de una mano impía con su blanca piel a través del fino pantalón del pijama. *¿Solo?* Por ello no lo iban a meter a la cárcel, no pasaría de una reprimenda y una pequeña multa. Pero dónde queda el daño psicológico, la angustia que siente, la impotencia, la rabia, el asco, ¿cómo se puede valorar eso? Hay cosas que no se pueden medir, que son intangibles, irremediables. ¿Acaso una condena le haría sentir

mejor? Elsa sabe que no. Y si no pudo denunciar los abusos de su infancia y los golpes de su matrimonio, no lo hará por esto. Se sumará a las heridas sin curar, a los hechos imposibles de borrar, a las situaciones que nunca podrá olvidar.

ADRIÁN

Adrián camina por la calle de las Calzadas y se interna en el casco amurallado. Todo a su alrededor exhuma historia, historia del Camino, pues cada pueblo y ciudad que traspasa la ruta de las Estrellas, está ligada a la ruta Jacobea. Y Burgos no podía ser menos, que regala al peregrino el poder disfrutar de la inmensidad de su mayor tesoro: la catedral. Las agujas puntiagudas de estilo gótico desafían las leyes de la gravedad, los diferentes portales repletos de figuras esculpidas en roca, las vidrieras y ventanales, y el rosetón incrustado en el centro de la catedral como si fuera el corazón de la sobrecogedora estructura. Adrián saca la cámara de su mochila a cámara lenta sin apartar la vista del impresionante edificio, buscando el ángulo perfecto para disparar, sopesando dónde habrá mejor luz, dónde podrá encuadrarla entera sin tener que cortar alguna de sus numerosas torres, los famosos pináculos que la hacen única, esbelta y presumida, como una doncella ataviada con sus mejores galas para su boda, aunque este matrimonio se antoja eterno y al que todo el mundo que recorra el Camino está invitado. Toma varias fotografías, y a través del visor, ve lo que lleva unos días buscando. Quería plasmar en una instantánea la belleza y la ha encontrado, y no en el pórtico, ni en las torres. No esa belleza fría, dura e imperecedera. Es una belleza viva, frágil pero enérgica, suave pero a la vez fuerte. *¿Es Elsa?* La enfoca y se acerca, usa el zoom hasta poder distinguir su cara. Está seria, abstraída admirando los detalles de la catedral. Su corazón se acelera y dispara una y otra vez el gatillo, podría observarla eternamente desde esa mirilla indiscreta, allí se siente seguro, es su medio, es su mundo. Elsa se mueve. Comienza a caminar mirando al suelo, lo hace a grandes pasos. Adrián deja la cámara colgando de su cuello y corre, la ha encontrado, no la volverá a dejar escapar.

—¡Elsa, espera!

No le oye, o no quiere escuchar.

—Elsa... —dice mientras le toca el hombro por detrás.

Se gira rápido, de forma enérgica, como si la estuvieran atacando.

—¡No me vuelvas a tocar sin mi permiso!

Le aparta la mano y sigue caminando sin mirar atrás.

¿Me habrá conocido? ¿Qué le pasa?, piensa Adrián mientras se queda petrificado y la ve alejarse. Se queda así tres segundos, pero no se rinde y la vuelve a seguir. Esta vez la rodea para ponerse enfrente.

—¡Elsa, soy yo, Adrián!

—Quiero estar sola —dice sin mirarle a los ojos—. Déjame, por favor.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Tanto te ha afectado lo de María? Nos dijo Ricardo que te habías ido porque te sentías culpable.

Algo le cambia en la cara al oír ese nombre. Elsa aprieta los dientes y lanza un suspiro con una mueca de dolor. A Adrián no le pasa desapercibido, algo ha pasado, algo malo.

—¿Qué ocurre, Elsa? ¿Estás bien?

—¡No, no estoy bien! Quiero estar sola, he venido al Camino sola, ¿no lo podéis entender?

Elsa aparta a Adrián con la mano y sigue caminando zanjando la conversación y sin dar opción a la réplica. Él se queda quieto, como las gárgolas de la catedral, si lo tocaran estaría igual de frío, de piedra. No entiende qué le pasa a Elsa, pero duda de que sea solo por el abandono de María. *¿Yo no le he hecho nada!* Se enfurece. *¿Qué derecho tiene de tratarle así? Si le ha ayudado en todo, a vaciar su mochila, a conocer mejor España. ¿Por qué no ha querido decirme qué le pasa? ¿Por qué la toma conmigo?* Adrián se dirige hacia la entrada de la catedral dispuesto a olvidarla, a continuar con su Camino de Santiago. *¿Por qué se siente así? ¿acaso siente algo por ella? ¿acaso le debe algo? Si es una peregrina como tantas que recorren el Camino, entonces... ¿por qué lleva unos días buscándola entre la multitud?, ¿por qué se le aceleró el corazón al enfocarla con el objetivo?* Adrián sabe el porqué, pero no lo quiere reconocer. Prefiere mentirse a sí mismo y olvidar, dejar ir, continuar su Camino acariciando solamente los botones de su cámara, ella es previsible, las mujeres no lo son, *solo traen problemas*, se dice. Pero el tocar a una máquina no se puede acercar siquiera un poco al roce con una mujer, la cámara deja una estampa para la posteridad, en una pantalla o en papel, pero esa fotografía no desprende olor, al acariciarla no se eriza la piel, no se puede abrazar, sería cómico besarla, ilógico quererla, ridículo amarla.

MAURICIO

Mauricio camina solo. Se ha disuelto el grupo, cada uno lleva su propio Camino. Ha salido con las primeras luces de Burgos. Se siente bien, no tiene ninguna ampolla y después de recorrer 300 kilómetros su cuerpo se ha habituado a las largas caminatas. Una ermita de piedra calentada por los rayos del sol se erige al salir de Tardajos. Una anciana que tendrá más de ochenta años espera en la puerta a que pasen los peregrinos. Viste de negro y tiene el pelo blanco recogido en un moño. Le llama y le pide que se acerque. Mauricio se aproxima reticente, *querrá venderme algo*, se dice. El negocio generado alrededor del Camino hace dudar de las intenciones, pero no se puede negar. La mujer le bendice con unas palabras en latín que Mauricio no se esfuerza en comprender, coge un colgante de un cesto apoyado en una repisa de piedra, lo hace lentamente con sus dedos atrofiados por la artrosis, es una medalla de la virgen con un cordón morado.

—La virgen te protegerá y te dará fuerzas en tu Camino —dice la anciana mientras se lo cuelga al cuello.

Al lado del cesto de las medallas hay otro donde pone el cartel: “Donativo”. Mauricio sonrío, ¿hasta qué punto es buena fe y ayuda al peregrino o es simple negocio? En el cesto hay varios billetes, ¿cómo negarte a dejar tu donativo? Mauricio sabe que es casi imposible hacerlo, ha estudiado marketing y conoce la ley de reciprocidad: cuando te regalan algo te sientes obligado a devolver el favor, lo llevamos grabado a fuego en nuestro subconsciente. Pero, ¿acaso la mujer le dijo que la bendición y la medalla tenían un precio? Si regalas algo, si de verdad lo haces de corazón, no hay donativo que valga. Mauricio mira a la anciana con compasión, a su edad, ¿qué necesidad tendrá para pasar el día repartiendo medallas?, ¿lo hará realmente para bendecir al peregrino o porque no le llega la pensión? Sabe que en España la gente que se jubila recibe una pensión, pero no sabe que aquí muchos pensionistas no llegan a final de mes y viven rozando el umbral de la pobreza.

—Gracias señora, que pase un buen día —dice Mauricio mientras saca la cartera y deja un billete de cinco euros en el cesto.

—Que Dios le bendiga y buen Camino.

El páramo castellano se muestra ante Mauricio. Y lo hace con un sol implacable y ningún lugar donde guarecerse a la sombra. Esta será la tónica general los próximos 200 kilómetros: pistas de tierra cruzando campos de cereal de tonos amarillos, rojizos y verdes. Este paisaje es nuevo para él. Está acostumbrado a las selvas de Centroamérica, al clima húmedo, a las constantes lluvias, a escuchar los pájaros, monos e insectos que pueblan los frondosos árboles. Le choca el silencio solo roto por el sonido de sus pasos. Nadie con quien hablar, nada que escuchar. En su país es casi imposible hallar un momento de silencio absoluto. En las ciudades son los bocinados y el trajín de gente, en la selva la infinidad de animales. Se detiene y se sienta en una piedra, cierra los ojos, agudiza los sentidos, y en un par de minutos no hay nada, nada que fracture la sensación de soledad absoluta. Intenta hacer memoria y está convencido de que nunca había experimentado algo así, le gusta, es placentera la soledad, la ausencia de estímulos, la paz en estado puro. Sigue caminando y se alegra de hacerlo en solitario, hoy está siendo el tramo más íntimo del Camino. Cuando iba con el grupo había momentos de silencio, pero escuchaba los pasos de los demás, su respiración, el repiquetear de los bastones en el suelo, los miraba y sabía que estaban ahí, podía sentir su presencia y su protección. *Estamos el Camino, Fernanda y yo*. Lleva todo el día acordándose de su hermana. Se la imagina recorriendo el mismo sendero con la sonrisa y la alegría que la hacían única. A veces piensa que tenía que haberse ido él. Fernanda iluminaba con su presencia allí donde fuera, tenía algo gracioso o ingenioso que contar, todo el mundo la quería y deseaba estar con ella. Y él, casi siempre callado y taciturno, pasa desapercibido, sin hacer ruido, sin destacar. Cuando era niño tenía envidia de su hermana pequeña. Ella se llevaba todos los elogios, era la preferida de sus padres y de todo el mundo, pero Fernanda no pretendía ser superior, no quería serlo, idolatraba a su hermano y le pedía consejo, le contaba sus intimidades, lo llevaba con ella y sus amigas. Todavía puede recordar cuando lo presentaba a alguien de su clase y decía orgullosa: “Este es Mauricio, mi hermano mayor”. Aprendió a aceptar y a aceptarse, a no compararse y disfrutar del gran regalo que era compartir su vida con Fernanda. Hasta que se fue y le dejó con un vacío imposible de llenar.

Llega a Hornillos del Camino cuando se escuchan las campanadas que

marcan las doce del medio día. Aquí acaba la etapa que recomienda la web: “alberguescaminodesantiago”. Los veinte kilómetros se le han hecho cortos. Se le presenta una disyuntiva: dormir en Hornillos y hacer mañana otros veinte kilómetros hasta Castrojeriz y pasado otros 25 hasta Frómista, o continuar diez kilómetros más, dormir en Hontanas y mañana hacer 35 kilómetros. El calor aprieta e invita a quedarse, pero se siente bien y decide continuar. La terraza del bar está repleta de peregrinos, la tentación de tomar una cerveza fría y descasar le pasa por la cabeza, sabe que si para, le costará mucho arrancar. Así que pasa de largo saludando con un “¡Buen Camino!” Moja en una fuente la gorra que protege su cabeza que cada vez tiene menos pelo y se adentra de nuevo en el páramo castellano, consciente de porqué el nombre de Hornillos del Camino: se imagina el horno que tiene que ser este lugar en pleno verano.

Un cartel le anuncia que Hontanas se encuentra a dos kilómetros, pero el pueblo no se divisa, solo hay campos y más campos. Varias veces se ha arrepentido de continuar, se le está haciendo pesada la etapa y está deseando llegar. Camina veinte minutos y sigue sin ver Hontanas *¿Estará mal el cartel?, ¿me habré equivocado?, ¿cómo es posible que no se vea el pueblo en semejante llanura?* Pero una flecha amarilla le asegura que va por buen camino, ¡qué alegría da ver una señal cuando te asaltan las dudas! Y hasta que no está encima no lo ve. Hontanas se encuentra en una vaguada, hendido unos metros por debajo del nivel del Camino. Cuando divisa la torre de la iglesia y las casas de piedra apostadas alrededor, se siente eufórico, ha llegado a su destino. En el Camino, cada etapa es un pequeño triunfo. En la mente está Santiago, pero es una quimera, un sueño lejano que algún imprevisto te puede impedir alcanzar. Así que es mejor no pensar en grande y concentrarse en cada hito de la ruta Jacobea, cada pueblo, cada albergue al que has conseguido llegar; para al día siguiente, volver a comenzar. El mismo Camino, pero un nuevo destino.

ADRIÁN

Adrián ha dormido poco y mal. Se alegró cuando vio que compartía habitación con solo cuatro personas, pero no esperaba que tres de ellas roncaran. El 75%, una muy mala estadística. Le espera la etapa más larga hasta el momento: 35 kilómetros para llegar a Frómista. Se encontró con Mauricio paseando por el pueblo. Se saludaron y compartieron impresiones de la etapa, pero se despidieron con un “Buen Camino”. También vio a Ricardo, pero lo esquivó, no tenía ganas de saludarlo. A quien no ha visto desde Burgos es a Elsa. Por más que no quiera pensar en ella, cada vez que se acerca a un grupo de peregrinos no puede evitar buscarla. Se encuentra bien de piernas y desde que cambió de calzado, los dolores de pies han desaparecido. Camina a grandes zancadas impulsado por su bordón. El paisaje parece una copia del de ayer. Un peregrino solitario le precede y Adrián ve su oportunidad, saca la cámara e inmortaliza la típica estampa de la peregrinación por la estepa castellana: un camino rectilíneo pisado y polvoriento rodeado de campos yermos, donde el caminante es el único ser vivo que rompe el silencio y la soledad.

Un hombre mayor, calvo y con chaqueta de lana, ha aparcado su Renault 21 cubierto de polvo al lado de una curva. Se apresura a ofrecerle un souvenir del Camino, en el capó del coche hay conchas, animalitos, colgantes... y el cartel de “donativo”. Adrián ha cogido buen ritmo y rechaza su ofrecimiento, no quiere cargar con más peso, ya lleva la concha que le regalara su amigo Javier colgada en la mochila.

Adrián pasa bajo la arcada gótica del antiguo convento de San Antón. Fue fundado en 1146 por Alfonso VII, aquí se trataba a los enfermos de una gangrena infecciosa parecida a la lepra conocida como “fuego de San Antón”. Camina por la carretera sin arceles que lleva a Castrojeriz. Adrián va pegado al margen izquierdo, dos asiáticos caminan unos metros más adelante por el lado derecho, con el peligro que conlleva. Pasa una furgoneta de grandes dimensiones y tiene que irse al centro de la carretera para esquivarlos, si pasaran dos coches uno de ellos tendría que parar. Adrián grita a los peregrinos, o no le escuchan o no se quieren girar. Aprieta el paso hasta

ponerse a su altura y les indica con señas que se cambien al lado izquierdo, donde pueden ver venir a los vehículos que circulen por su carril, donde recomiendan caminar todas las guías. Caminar por una carretera estrecha y sin arcén ya es bastante peligroso, ya es bastante incordio para los conductores, como para que los vehículos tengan que esquivar peregrinos a ambos lados de la carretera.

Una vertiginosa subida le lleva al Teso de Mostelares. Una cruz marca el punto más alto, *¿cuántas cruces habré visto desde que comencé el Camino?*, se pregunta. Es imposible saberlo, pero seguro que son cientos y cientos de cruces diseminadas por toda la ruta. La panorámica que ofrece este elevado mirador es estremecedora. Desde las alturas se puede contemplar la inmensidad de la Tierra de Campos, comarca orgullosa por su cereal, sus palomares, su valioso arte y por contar con las etapas más duras del Camino, y no por sus desniveles, sino por la soledad, el calor y los largos tramos en la nada absoluta. Una prueba psicológica que hace una criba. Muchos son los que abandonan, muchos son los que se saltan este tramo y continúan en León. Quedan los verdaderos peregrinos, los que ven en las dificultades una oportunidad de crecer, los que no quieren perderse ni un kilómetro de la ruta Jacobea. Varios peregrinos hacen fotos o se toman un respiro bajo un tejadillo que les protege del sol, son todos orientales. Adrián duda que en su país tengan algo así. Saca la cámara y dispara a discreción. A Adrián no le resulta ajeno el paisaje, los alrededores de Zaragoza también están plagados de campos, pero aquí la planicie se extiende hasta donde te alcanza la vista. Las cuadrículas que forman los campos de diferentes colores: amarillo, rojo, tierra o verde, solo roto por alguna edificación desperdigada por la llanura y el Camino que traspasa el granero de España rumbo a Santiago. Adrián se da cuenta de que mire donde mire, todo lo que observa es obra del hombre: los campos, los pueblos, el Camino, todo hecho por el ser humano. *¿Cómo sería antes de que llegaran los primeros agricultores?, ¿habría árboles y animales salvajes?*, piensa.

Cruza el río Pisuerga por un puente medieval de siete arcos y ante él se abre una nueva provincia: Palencia. Y a los pocos kilómetros llega al Canal de Castilla, obra de ingeniería que se comenzó a finales del siglo XVIII para transportar sobre sus aguas mercancías entre las capitales castellanas y el puerto de Santander. Los sacos viajaban a bordo de barcazas arrastradas por mulas que tiraban de una sirga. Ahora, una barcazas más modernas y vistosas pasean a los turistas por sus aguas.

Frómista obsequia a Adrián con su más valioso tesoro: la iglesia de San Martín. Uno de los más brillantes ejemplos del románico, con sus tres naves y sus respectivos ábsides, un cimborrio octogonal y dos torres cilíndricas rematando la fachada de piedra. El albergue municipal está al lado de la iglesia y después de los 35 kilómetros caminados, es como volver a casa después de un largo viaje. Aunque cada día pare en un lugar diferente, y haya alojamientos mejores que otros, llegar al albergue es como llegar al hogar. Adrián paga los nueve euros que le pide Carmen, la hospitalera. Y cuando sube a la habitación y ve las literas de hierro sin escalera ni protección para la de arriba, se alegra de haber llegado pronto y poder coger una de abajo.

Después de ducharse y comer algo en un bar al lado del albergue, se dirige a la iglesia de San Martín. En su interior retumban los acordes de una guitarra. Un hombre de pelo y barba largas y blancas toca la guitarra sentado en un taburete. Adrián toma asiento y se deleita con la música, con la belleza y la sencillez del interior de la iglesia. Cierra los ojos y escucha los acordes acompañados, sentir sin pensar, fundirse con la melodía, respirar, experimentar los regalos que brinda el Camino, dejarse llevar.

En la terraza del albergue hay sentados tres coreanos bebiendo cerveza, son los mismos que estaban en el Teso de Mostelares. Le saludan muy sonrientes levantando una lata de Estrella Galicia. Entra en el salón. Tres peregrinos descansan en los sofás usados mientras conversan con la hospitalera. Uno de ellos es Ricardo, está a punto de cerrar de nuevo la puerta y subir a la habitación, pero no puede estar esquivándolo siempre. Realmente no le ha hecho nada, es solo una sensación, la corazonada de que esconde algo, *¿y si son imaginaciones mías?*, piensa.

—Hola, Ricardo —le saluda mientras le da la mano.

—Hola, chaval. ¿Vas solo?

—Sí. Desde Nájera estoy haciendo mi Camino. ¿Y los demás?

—Se disolvió el grupo, cosas que pasan, el Camino es largo y da muchas vueltas.

—Vi a Mauricio en Hontanas pero no hablé mucho con él. ¿Has visto a Elsa?

Al decir su nombre se escucha el chirrido de la puerta. Los dos se giran a la vez y la ven cruzar el umbral. Lleva la mochila a la espalda, cara de agotamiento y mirada baja. La hospitalera se levanta para atenderla. Adrián también se levanta, ella lo ve y evita su mirada sin cambiar de expresión. Ricardo continúa en su silla, gira la cara, pero Elsa lo ha visto. Da un respingo

y se va apresuradamente, sin decir nada, sin dar explicaciones. La hospitalera se queda parada, no entiende la reacción. Adrián sí, lo ha visto claro, algo pasa con Ricardo.

—¿Qué le has hecho a Elsa?

—¡Nada! —Ricardo se pone a la defensiva—. Esta chica está trastornada, no es normal, ¿no has visto cómo ha huido al vernos?

—Pero algo le ha tenido que pasar...

Adrián quiere salir de dudas. Abandona el salón y se asoma a la calle. Ya no está, ha desaparecido. Se ha esfumado la oportunidad de conocer la verdad, *la próxima vez no te escaparás sin hablar*, se promete.

—¿Qué le pasa a esa chica? —pregunta la hospitalera.

—No lo sé...

—¿Qué gente más rara viene últimamente al Camino! La semana pasada vino una mujer de Girona que se dirigía a Santiago con un canario, lo llevaba en una jaula que portaba en brazos y me preguntó si lo podía subir a la habitación, le dije que no, ya bastante roncan los peregrinos como para que cante un pájaro. El canario se quedó en el salón.

—Seguro que habrá visto de todo.

—Vamos... con los años que llevo aquí y la de gente que ha pasado por el albergue podría escribir un libro, a lo mejor cuando me jubile lo hago.

—Últimamente, en todos los refugios municipales, no se paga más de seis euros, ¿por qué aquí vale nueve? —pregunta Adrián.

—¿Te parece caro? —dice Carmen ofendida—. ¿Cuánto te crees que cuesta mantener esto?

—Pero los albergues municipales tendrán alguna subvención, ¿no?

—Los albergues que cobran cinco euros se considera donativo y tienen una ayuda de seis mil euros al año. La mayoría de ellos dan desayunos y cenas, tienen bar o una tiendecita donde venden bebida y comida, y con eso es con lo que ganan dinero. Los peregrinos cada vez beben más, pero solo trae problemas —dice mientras mira a los coreanos cada vez más alegres—. Aquí solo se ofrece la cama, y con esos nueve euros, hay que pagar todos los gastos. Además, al ser municipal me obligan a abrir todo el año, muchos de los albergues cierran en invierno. En enero o febrero hay veces que tengo un par de peregrinos y hay que poner la calefacción y encender las luces como si estuviera lleno. Tengo que compensar las ganancias del verano con las pérdidas del invierno. Con lo que me da el albergue saco para un pequeño sueldo. En cualquier trabajo en una fábrica o en una tienda ganaría más. Es

sacrificado trabajar los siete días de la semana, pero me gusta asistir a los peregrinos y escuchar sus historias. Los hospitaleros de los albergues pequeños lo hacemos más por vocación que para ganar dinero.

Adrián se va a dormir a las diez. Ricardo está en su misma habitación, son los únicos españoles de todo el albergue. Se siente cansado, la etapa ha sido larga y se empiezan a notar la acumulación de kilómetros. Cuando está a punto de dormirse, entran los coreanos entre risitas, se nota que van entonados, *a ver si no nos dan la noche*. No pasan ni cinco minutos y ya hay uno de ellos roncando, es como si rugiera un león afónico, si se apuntara a un concurso de ronquidos no le dejarían participar por profesional. Adrián no puede dormir, le han desvelado. Se pone los tapones, pero sirven de poco. *¡Tengo la negra con los roncadores! ¿Acaso no saben que roncan?, ¿no se podían ir a un albergue donde haya camas individuales?*

Sobre las doce de la noche un golpe seco, como si hubieran golpeado el suelo con un mazo de madera, le hace levantarse de la cama y darse con la cabeza en la litera de arriba. Alguien enciende la luz y descubre qué ha pasado. El coreano más mayor, el roncador profesional, se encuentra tendido en el suelo. ¡Se ha caído de la litera! Varios peregrinos se acercan a asistirle. Tiene la cara cubierta de sangre, está conmocionado, como si fuera un boxeador que ha besado la lona. Adrián le pregunta si está bien, pero no contesta. Un gigantón americano de unos sesenta años dice que es médico. Le examina y le limpia la cara de sangre. Lleva un corte profundo en la ceja derecha, no para de sangrar. El americano le enseña tres dedos y le pregunta cuántos ve, pero el coreano le mira con los ojos idos sin contestar.

—Hay que llamar a emergencias, tiene un golpe muy fuerte en la cabeza —dice en inglés el médico—. ¿Alguien sabe español?

Ricardo calla y mira la escena impasible desde su cama. Adrián se ofrece a llamar. Coge su móvil y baja a la recepción. La hospitalera no está, se va a dormir a casa. Busca entre el mostrador y los letreros si está su número, pero no lo encuentra. En caso de urgencia, son los peregrinos los que se las tienen que apañar. Adrián llama al 112, les cuenta lo sucedido y le preguntan si el herido está consciente, y si puede ir al centro de salud de Frómista por su propio pie. El hombre está conmocionado y no puede caminar. Le dicen que llame al centro de salud, están de urgencias y como no parece muy grave, allí lo pueden atender.

Adrián llama al centro de salud. Le contesta una mujer y le dice que lo

lleven allí para atenderlo, pero está a 650 metros, demasiado lejos para que el coreano vaya por su propio pie. Adrián llama a un taxi de la zona, pero le dice que está en Valladolid y tardará dos horas en llegar, demasiado tiempo. Vuelve a llamar al centro de salud, les pide que vengán al albergue a atenderlo. La mujer insiste en que lo lleven allí, tienen servicio a domicilio, pero ellas no lo pueden trastadar y lo podrán atender mejor en el centro. Moverlo es inviable, y después de mucho insistir y de quejarse, la médico accede a ir al albergue de mala gana.

Adrián espera en la puerta, menos mal que se puede abrir desde dentro. A los cinco minutos, un coche pequeño aparca en la puerta. Salen dos médicas con bata blanca y caras largas.

—Así no se hacen las cosas —dice la mayor de ellas que tendrá unos cincuenta—. Lo teníais que haber llevado al centro de salud.

—¿Pero cómo? Somos peregrinos, no tenemos coche, la del albergue se ha ido a su casa, no hay taxi, el 112 me ha dicho que os llamemos a vosotros y el hombre no puede andar.

—Bueno, ¿dónde está el accidentado? —dice ladrando como si fuera un pitbull.

El coreano está tendido en un banco que hay en el pasillo, el americano le presiona la herida con una gasa. Las médicas le indican que se aparte y comienzan a examinarlo. Le hacen preguntas en español, pero no contesta, ellas no saben hablar inglés. Adrián hace de traductor, pero sigue con la mirada perdida sin contestar.

—Han estado bebiendo esta tarde —dice Adrián a las médicas por si lo tienen que medicar.

—¡Siempre el alcohol! —se queja la médica joven—. ¿Cuánto ha bebido?

Adrián pregunta a uno de los dos amigos que estaban bebiendo con él, y contesta que ha bebido media botella de vino y dos cervezas. No es gran cosa, pero los coreanos no están acostumbrados a beber y les afecta mucho. El accidentado comienza a vomitar, lo hace con sangre. Las médicas lo tranquilizan y le acarician la cabeza. Su rodilla derecha se ha inflamado mucho, parece un balón.

—Sí que está grave... —dice la médica mayor que ya se le ha suavizado la cara—. Voy a llamar a la ambulancia para que lo lleven al hospital de Palencia, tendrán que hacerle un escáner cerebral y una radiografía en la rodilla. ¡Vaya golpe se ha dado! ¿Está muy alta la cama?

—Como a un metro ochenta... —dice Adrián.

—¿Y no tenía barrera para evitar la caída?

—No. Yo siempre intento coger la litera de abajo, ahora lo haré con más razón.

Mientras viene la ambulancia cosen la ceja del coreano. Le ponen ocho puntos de sutura. El hombre ya ha dejado de vomitar y se encuentra más tranquilo.

Salen dos hombres de la ambulancia con una camilla. Adrián ayuda a subirlo. Piden los datos del accidentado. El americano pregunta a los amigos si tiene seguro de accidente, dicen que sí. Adrián se lo comenta a los de la ambulancia.

—Que no se preocupen por eso, ahora lo importante es que esté bien. Seguramente se quedará un par de días en el hospital, y cuando esté recuperado, ya arreglarán los papeles —dice el conductor.

Adrián lo traduce y el americano se queda estupefacto.

—Really? (¿de verdad?) —dice el americano—. En Estados Unidos si no tienes seguro o una tarjeta de crédito con saldo suficiente no te atienden. Y que te recoja la ambulancia y te hagan pruebas en el hospital cuesta más de 3.000 dólares.

MARÍA

María llega a Carrión de los Condes. Está feliz. Los días de descanso y los cuidados han curado sus ampollas. Tuvo que tomar una decisión difícil pero acertada, coger el autobús desde Nájera hasta Burgos. Se ha saltado cuatro etapas. Al principio se sentía culpable, ya no recorrerá el Camino completo. Ha rezado en la iglesia de cada pueblo y el cura de Castrojeriz la tranquilizó diciéndole que: “Él sabe que has hecho lo que estaba en tu mano y valora tu esfuerzo y sufrimiento, no pienses más en ello y disfruta hasta llegar a Santiago”.

Se aloja en el albergue del monasterio de Santa Clara. Las monjas de clausura dormirán a solo unos metros de ella, eso la llena de júbilo y la reconforta. Las habitaciones son antiguas y muy sencillas, con techos bajos, que hacen imposible poner literas. En la suya hay tres camas, ahora vacías. Se prepara para ir a la ducha cuando un sonido llama su atención, son gemidos y el rechinar de una cama. *¡No puede ser!*, se exalta. Los ruidos vienen de la habitación de al lado, los alaridos de placer de una mujer no dejan espacio a la duda. María se ruboriza, *¿cómo pueden hacerlo en un monasterio? ¡Qué falta de respeto, lo pueden oír las monjas!* Se tapa los oídos, no quiere escucharlo, pero no puede evitar sentir excitación, y todavía se turba más por ello. Se mete en la ducha y el sonido del agua mitiga los suspiros llenos de pecado. María gira el grifo a la derecha. El agua fría limpia, purifica. *Tendré que ir a la iglesia a confesarme*, se dice.

Al salir del baño ve a sus vecinos. Los escudriña con mirada acusadora, está tentada en sermonearlos, son unos pecadores, merecen un castigo. Son una pareja de veinteañeros, ella mira al suelo avergonzada, sabe que María le ha escuchado, parece arrepentida. *Pediré por ellos en la iglesia, seguro que no están casados*, piensa mientras pasa a su lado sin decir nada.

Entra en la iglesia de Santa María del Camino. Un sobrio pórtico romano la recibe, en él está escenificado el tributo de las cien doncellas vírgenes que debían entregar cada año a Abderramán I por ayudar a Mauregato a llegar al trono. María no puede evitar pensar de nuevo en los gemidos, mientras siente

turbación y aprieta con fuerza su rosario. Busca al párroco y le pide confesión. Se libera de sus pecados y reza por el alma de los inconscientes jóvenes. Espera sentada en el banco de la primera fila a que comience la misa. Poco a poco va llegando gente y cuando sale el cura a comenzar la ceremonia, el interior de la iglesia está lleno, casi todos son peregrinos.

El cura es un buen orador, sabe usar las pausas y los silencios, explica los versos de los evangelios que se leen, y además, canta como un tenor. Cinco monjas le acompañan con los coros y tocando la guitarra. A María le asombra la belleza de la cúpula ovalada llena de detalles tallados, sabía que en España había iglesias bonitas, pero... ¡tantas!

Al acabar la misa, el cura dice que se acerquen los peregrinos, nombra todos los países uno a uno y los peregrinos de cada país levantan la mano. María se lleva una sorpresa, son cinco los brasileños. Cede la palabra a una monja, es la más joven, tiene la cara dulce y la piel blanca.

—Hoy es un día muy especial para mí, hoy hace diez años que hice los votos para ser monja. Desde que vine a Carrión, mis hermanas y yo, recortamos cada día unas estrellas de papel y las pintamos de vivos colores para los peregrinos. Sabemos de la dureza del Camino, sobre todo en estas tierras. Habrá días oscuros, de dolor y cansancio, pero estáis en el Camino de las Estrellas. Os vamos a entregar una de ellas para que os ilumine y os dé fuerzas hasta Santiago.

Los peregrinos forman una fila y uno a uno los bendice el cura poniendo sus manos en la cabeza y la monja les entrega una estrella. El cura y las monjas cantan una canción mirando a una estatua del siglo XIII de la Virgen del Camino. María aprieta su estrella contra el corazón con lágrimas en los ojos, la llevará consigo toda la ruta, le dará fuerzas para llegar a Santiago.

MIGUEL

Las nubes tapizan el cielo con formas curiosas y contrasta con la aridez de los campos, mientras un milano planea deslizándose con el viento. Aún no ha llovido desde que comenzó el Camino. Es octubre pero las temperaturas son muy altas durante el día, el calor aprieta y el sudor corre por su frente. A Miguel le gusta esta parte del Camino, dura y solitaria. No ha querido doblar etapas, no tiene prisa y quiere aprovechar al máximo su peregrinación. El terreno es muy llano, se aprecia el campanario de un pueblo en el horizonte, parece que esté cerca, pero se tarda más de una hora en llegar. Es momento de hacer balance, de buscar los porqués, de encontrar respuestas. Hace un año que comenzó a tomar ayahuasca. Fue en un viaje a Perú, estaba en Cuzco y unos amigos le hablaron de Huascarito, un chamán venido del Amazonas que iba a hacer un ritual con ayahuasca. Miguel había oído hablar de esa planta, tenía curiosidad y a la vez miedo. Por un lado había escuchado historias de personas que conectan con entes que les guían, que les ayuda a conocerse, a sanar. Otros decían que era una droga, hablaban de los vómitos, los dolores, las pesadillas y se contaban historias de gente que se había vuelto loca después de tomarla. Pero Miguel estaba desesperado. Había probado la hipnosis, la terapia de grupo, los antidepresivos, el psiquiatra... nada había funcionado. Le perseguía la culpa, le atormentaban las pesadillas, estaba perdido y tenía poco que perder, así que se apuntó a la toma de esa noche. Huascarito era un anciano de piel arrugada y tostada. Con el pelo negro, largo y lacio, sin la mitad de dientes y con las orejas perforadas. Vestía una camiseta de fútbol y unos pantalones vaqueros roídos. Miguel se decepcionó un poco al verlo, esperaba un traje tribal, con plumas y colmillos de jaguar. Huascarito comenzó a hablar mientras preparaba la planta con sumo cuidado y destreza. Sentó a los seis asistentes en un círculo y comenzó el ritual. Antes de empezar a tomar el brebaje, Miguel fue consciente de la energía que allí se manejaba, del poder de la planta, de lo sagrado que era para el chamán. Y llegó su turno. Bebió el líquido amargo y notó cómo pasaba por su garganta y llegaba a su ser, cómo despertaba algo inédito en él. Desapareció la percepción del tiempo, poco a poco se fue relajando, se sentía ligero, como si flotara. ¡Había

salido de su cuerpo! Se veía sentado agarrando la cabeza con sus manos mientras él estaba afuera, allí abajo solo estaba su cuerpo. Se miró y era como transparente. No tuvo miedo, había desaparecido el dolor, la angustia, la culpa. Era libre. Pudo ver la grandeza de la existencia y lo efímero que era todo. Las plantas emanaban energía, una luz violeta cargada de amor. Estaba viendo el mundo sin las limitaciones del cuerpo y todo era maravilloso, todo estaba conectado. Comenzó a sentirse arrastrado hacia el cuerpo, no quería volver, allí afuera no había miedo ni sufrimiento. Entró a su cuerpo, era como si se pusiera un traje pesado de astronauta, era doloroso regresar, pero había visto. Cuando pasó el efecto de la toma podía recordarlo todo, cada sensación, cada pensamiento. Se afincó una temporada en Cuzco, estaba retirado y no tenía a nadie esperando. Con cada toma veía con más claridad. Comenzó a escuchar voces, eran susurros al principio imperceptibles, pero aprendió a escuchar. Y esa voz le susurró que viajara a España, que completara el Camino de Santiago, que esa sería su iniciación, que en el Camino de las Estrellas encontraría la manera de exculpar sus pecados y vivir en paz. Pero después de más de dos semanas caminando, aún no sabe el porqué está aquí. Esperaba tener experiencias místicas, revelaciones trascendentales, conversaciones inspiradoras, esperaba ver magia y sentir un despertar. Se siente bien caminando, casi no tiene pesadillas, ha mejorado físicamente y su mente está despierta y tranquila. Goza con los paisajes, la gastronomía y el arte de España. Ha disfrutado de la compañía del grupo y supo lidiar su ruptura, sin violencia. Se contuvo y fue comedido. Siente que algo se le escapa, que no conoce toda la verdad, pero no es su guerra, tiene que centrarse en buscar el cambio, en su transformación.

Al entrar en Terradillos de Templarios siente algo especial. Este pueblo fue posesión de los caballeros del temple. La cruz paté aparece pintada en la fachada del refugio, el color rojo simboliza la sangre vertida por Cristo, pero también simboliza la vida. Ha leído historias de los caballeros que protegieron el Camino y lo llenaron de simbología y mística, se pregunta si quedará alguno, si habrá perdurado su legado.

ADRIÁN

Adrián ha dejado Sahagún atrás, la primera gran ciudad de la ruta Jacobea en León. Un andadero peatonal protege al peregrino de la carretera, varios árboles le obsequian con un poco de sombra a su paso. Para a beber agua protegido del sol y al sacar la botella se da cuenta de que ha perdido la concha que le regaló su amigo Javier, se ha cortado la cuerda que la sujetaba a la mochila. Maldice haberla perdido, le tenía un cariño especial y le había acompañado durante todo el Camino. *Ya compraré otra*, piensa. Se puede conseguir una vieira en cualquier tienda de souvenirs. Pero, ¿qué gracia tiene llevar una concha exenta de significado? *No voy a comprar otra vieira, si me tiene que llegar otra, llegará.*

Sigue caminando por el monótono andador. Adelanta a una mujer mayor que camina por el arcén de la carretera, calza chancletas de dedo y lleva las botas colgadas a la mochila. Las múltiples tiritas que parchean sus pies delatan ampollas.

—¿Está bien?, ¿necesita algo? —pregunta Adrián.

—Sí, sí... Estoy bien. Camino más cómoda por la carretera y en chancletas.

—¿Quiere que le lleve la mochila?

—No, no... estaré bien. ¡Muchas gracias!

—¡Buen Camino! —se despide Adrián mientras piensa en María. A lo mejor hubiera sido una buena solución para ella quitarse las botas y caminar en chancletas, ahora ya es tarde...

Ha pasado una hora desde que paró a beber agua, sesenta minutos desde que hizo una petición. Adrián mira al suelo. No puede creer lo que ve: una concha adornada con la cruz de Santiago pintada de rojo. Se agacha a cogerla, no hay nadie a su alrededor. Hace solo una hora que perdió la que le regaló su amigo y pidió que le llegara otra. La sujeta con su mano derecha y le da un beso. Parece magia, en sus veinte días caminando no había encontrado nada en el suelo.

¡Gracias!

MAURICIO

Mauricio entra en el albergue de Reliegos, le recibe el hospitalero y le invita a sentarse. Es un hombre de unos sesenta años, con mirada viva y voz cantarina.

—Me llamo Laudelino, tengo el único nombre con las cinco vocales — dice mientras le estrecha la mano y ríe de la broma que habrá contado miles de veces.

—Yo soy Mauricio, el mío también tiene cinco vocales, pero una está repetida... —dice mientras saca los documentos.

Laudelino estampa el sello en la credencial y anota sus datos.

—Así que de Panamá... son pocos los peregrinos que vienen de tu país. Aunque aquí ha venido de todo, mira los peregrinos de cuantos países se han hospedado en el albergue desde que estoy aquí —dice señalando un mapa mundi marcado con chinchetas en casi todos los países, el continente con más espacios sin marcar es África.

—¿Lleva muchos años de hospitalero?

—Veinte años llevo aquí recibiendo peregrinos.

—Habrá visto de todo...

—Mira esta foto —dice señalando una fotografía amarillenta donde tres hombres sonrientes sujetan una bandera—. Un judío, un musulmán y un cristiano vinieron caminando desde Jerusalén portando una bandera de la paz para pedir a Santiago que cesaran los conflictos en su tierra.

—¡Qué bonito gesto!

—Aunque no tuvo mucho éxito su petición...

Mauricio piensa en los conflictos y las guerras causados por defender las creencias, cómo el fanatismo separa a los hombres, pero ver a los tres peregrinos posando abrazados y sonrientes, le infunde un poco de esperanza.

—Aquí he visto de todo —continúa Laudelino, se nota que le gusta hablar—. Hace unos años pasó por el albergue un hombre que recorría el camino en un coche de esos que no se necesita el carnet de conducir.

—Pero eso no tiene mérito, hacer el Camino en un vehículo a motor...

—Espera, espera... que ahora viene lo bueno —dice riendo—. El coche

no tenía motor, un burro tiraba de la carrocería. Un amigo le había regalado el coche después de tener un accidente. En la chatarrería no le daban nada porque era todo de plástico y el hombre lo había adaptado como si fuera un carro.

Una mujer entra en el albergue. Lleva ropa de ciclista y casco. En sus brazos porta un bebé de apenas unos meses.

—¿Hay camas en el albergue?

—Sí, pasa, pasa... —le invita Laudelino con cara de asombro—. Siéntate aquí con nosotros.

Los dos hombres miran al bebé extrañados mientras la mujer toma asiento y hace carantoñas al pequeño.

—¿No me dirás que estás recorriendo el Camino con el niño? —pregunta el curtido hospitalero.

—Sí. Venimos desde Roncesvalles. Llevo en la bici un carrito donde llevo a mi hijo.

—¿Qué tiempo tiene? —pregunta Mauricio que no sale de su asombro.

—Nueve meses —responde mientras saca dos credenciales y las pone encima de la mesa.

—¡Lo ves como aquí cada día te sorprendes! —dice Laudelino mirando a Mauricio—. Creo que hoy tenemos en el albergue al peregrino más joven que ha recorrido el Camino en bici.

ELSA

—¡Elsa, Elsa!

Ha reconocido la voz y no se quiere girar.

—¡Elsa, espera por favor!

¿Por qué no me deja en paz?, piensa Elsa mientras aprieta el paso.

Adrián se ha puesto a su altura, van casi corriendo en una carrera sin sentido que sabe que no puede ganar.

—Pero, ¿qué te pasa? —dice Adrián con cara de pena—. ¿Por qué huyes de mí?

—¡No puedes entender que quiero ir sola!

—Sí que lo puedo entender —dice con sobrealiento—. ¡Pero si me lo explicas! Cuando me digas el porqué te dejaré ir sola si es lo que quieres.

Elsa baja la velocidad poco a poco hasta quedarse parada. Ya se divisan las torres de la catedral de León. Aquí acaba la tierra de campos, la monótona y solitaria meseta castellana, las etapas silenciosas y solitarias. A lo mejor ha llegado el momento de romper su encierro en sí misma. Confía en Adrián, siempre fue educado y atento, le aconsejó, le ayudó.

—Está bien —dice sin mirarle a los ojos—. Hablaré contigo, pero prométeme que si decido ir sola no volverás a perseguirme.

—Pero, ¿te he hecho yo algo?

—No, tú no...

—Elsa... —Adrián la mira con dulzura—. ¿Qué te ha pasado?

—Hablabamos en León, tranquilos, sentados tomando un café. Quiero terminar la etapa.

Cruzan el puente de San Marcos sobre el río Bernesga y acceden a la ciudad de León en silencio. Elsa mira a Adrián de vez en cuando, aunque le cueste reconocerlo, le gusta tenerlo cerca, le da seguridad caminar junto a él. Está más guapo, el sol del Camino ha tostado su piel, ha perdido un par de kilos y se le marcan más los bíceps. Él le sonríe sin decir nada. Le ha demostrado muchas cosas: que le importa, pues cada vez que se han visto se ha interesado por ella; que la respeta, pues la ha dejado marchar cada vez que se lo ha pedido y ha dejado de preguntar cuando le ha dicho que no lo hiciera.

Elsa nota cómo su simple compañía la tranquiliza, no hace falta decir nada, no es necesario el contacto, solo hace falta saber, ser consciente de que está ahí, que no está sola.

La camarera les trae dos cafés humeantes. Están sentados en un lugar apartado, una lámpara cuelga del techo e ilumina el rincón íntimo, donde las parejas de León vienen a contarse intimidades, a darse la mano bajo la mesa, a fundirse con un primer beso. Este no es el caso. Adrián mira a Elsa expectante, ella aguarda a que la camarera se vaya y suspira antes de hablar.

—Me fui porque tenía miedo, porque habían regresado demonios del pasado.

—¿Porque se fue María?

—No tiene nada que ver con María...

—Entonces ¿con quién?

—Ricardo.

Se miran sin decir nada. Elsa exhuma dolor, Adrián rabia.

—Sabía que escondía algo, sospechaba que no era de fiar... —Adrián coge la mano de Elsa pero ella la aparta—. ¿Qué te hizo ese desgraciado?

Elsa se mueve nerviosa, siente vergüenza, le cuesta abrirse, tiene pudor. Duda si ha sido buena idea, está acostumbrada a tragarse sus problemas, a saborear la amargura a pequeños sorbos, chupitos de cianuro que le devoran el alma, duele meterlos dentro, duele dejar que salgan.

—Estaba en el albergue de Nájera buscando algo en la mochila, oí entrar a alguien y no le di importancia, sentí una presencia a mi espalda, no me dio tiempo a girarme, su mano palpó mi trasero, podía oler su excitación, se pegó mucho a mí. Cuando me giré lo tenía a pocos centímetros, me miraba con lujuria, pude ver cómo disfrutaba —Adrián la escucha con la boca abierta y los puños cerrados—. Le empujé con todas mis fuerzas, pero apenas lo moví, es muy fuerte para su edad. Me cortó el paso, durante unos segundos que se hicieron interminables, nos miramos a los ojos. Ricardo sopesaba qué hacer, si ir a más o dejarme marchar. Me dijo que eso era normal, que no era para tanto. Le grité, no recuerdo qué le dije, pero se hizo a un lado. Estaba eufórico, se sentía victorioso, había conseguido herirme, pero él no se imaginaba cuanto...

—¿Pudiste escapar?

—Me deslicé pegada a la litera, no quería tocarlo, era como si rozarme con su piel me quemara. Salí de allí y hasta que os encontré en Frómista no lo

volví a ver.

—¿Por qué no esperaste que volviera al albergue de Nájera?! —grita Adrián levantándose furioso—. ¡Le hubiera dado su merecido!

—No podía ver a nadie, solo quería estar sola...

—¿Lo has denunciado?

—No. ¿De qué serviría? ¡Solo fue un tocamiento!

—¿Solo? ¡Intentó abusar de ti! La ley te protegería y le impondría un castigo.

—¿Qué castigo? Dudo mucho que lo metieran a la cárcel.

—A lo mejor no es la primera vez, ¿y si es un acosador? ¡Debería estar encerrado!

—¿Y pasar por interrogatorios, por un juicio, dar explicaciones, revivirlo una y otra vez? ¡No quiero! Quiero olvidar... pero no puedo. Esto ha abierto la caja de los recuerdos, la había cerrado, había escondido la llave, pero han vuelto a salir...

—¿Qué te pasó, Elsa?

—Nunca lo he contado.

—Puedes confiar en mí, a veces hay que soltar lastre, dejar salir los demonios, abrir la caja para que se vacíe...

Elsa está temblando, ahora es ella la que coge la mano de Adrián, él la mira con compasión, la ha escuchado sin juzgarla. *¿Y si tuviera razón?, ¿y si abrir la caja fuera la solución?*

—Tenía ocho años. Me habían regalado una ambulancia de juguete equipada para salvar a la gente, nunca me regalaron muñecas. Me llevaron a casa de mi abuelo para el verano, mi abuela había muerto hacía unos meses, oí decir a mis padres que le vendría bien estar acompañado para superar la pérdida. Jugábamos con la ambulancia, él tenía una colección de motos en miniatura y simulábamos un accidente. Yo no lo sabía, pero ya me estaban preparando para ser médico. Era cariñoso conmigo, me compraba caramelos, me dejaba beber Coca-Cola y ver la tele hasta tarde. Le gustaba mucho besarme y acariciarme, me decía que era una princesa, que era su princesa. Yo lo quería, era bueno conmigo y me daba el cariño que nunca me dio mi padre, él era frío y distante, jamás me tocaba si no era para pegarme cuando me portaba mal. Al final del verano, una noche cálida y húmeda, mi abuelo me invitó a su habitación. Me dijo que ya quedaba poco para que me vinieran a buscar mis padres, que me iba a echar mucho de menos, que le gustaría que durmiera con él. Me tumbé de lado en la cama. Hacía calor y solo llevaba una

camiseta de tirantes y unas braguitas. Mi abuelo estaba tendido a mi espalda, acariciaba mi melena rubia pasando el pelo por sus dedos, me gustaba, estaba a punto de quedarme dormida. Noté cómo me acariciaba los hombros con su mano arrugada, bajó el tirante de la camiseta y metió la mano por dentro, acarició mis pechos de niña. Le pregunté qué hacía y me dijo que era normal, que lo hacía porque me quería. Nunca me habían tocado ahí, no sabía si era bueno o malo, confiaba en él y me dejé hacer. Percibí cómo mi abuelo temblaba, era muy extraño. Bajó su mano y la metió en la braguita, noté que algo crecía pegado a mi trasero. Comenzó a abrazarme más fuerte, a refrotarse tras de mí. No me gustaba, me hacía daño, su dedo hurgaba en mi sexo, me quemaba. Le dije que parara, pero no lo hizo, me agarró con fuerza, era muy fuerte. Noté que algo duro entraba dentro de mí, que me desgarraba. Sentí mucho dolor. La sangre manchaba las sábanas. No me podía mover, solo lloraba, ¡No entendía nada! Yo quería a mi abuelo, ¿por qué me hacía daño? —Elsa llora mientras Adrián le sujeta la mano, también caen lágrimas por sus mejillas—. Cuando terminó, me dijo que no contara nada, que era nuestro secreto. Me dio regalos y se volvió todavía más cariñoso. Me pedía que fuera a su habitación, pero yo no quería. No era consciente de lo que había pasado, pero me daba miedo, quería salir de esa casa. Terminó el verano y mis padres vinieron a buscarme. Nunca volví a ver a mi abuelo, murió a los pocos meses. Algo había cambiado en mí, no podía dormir por las noches, no podía borrar el recuerdo de esa noche, pero no dije nada. Ni siquiera cuando fui consciente de que había abusado de mí, de que mi propio abuelo me había violado. Imaginé una caja, la caja de los recuerdos, y tiré la llave. Pensaba que estaba cerrada para siempre, hasta que Ricardo la abrió, otra vez un hombre mayor, otra vez sentir su aliento a mi espalda, otra vez vejada y humillada.

—Lo siento mucho —dice Adrián mientras la abraza. Elsa llora, apoya la cabeza en su hombro, deja salir los demonios, descarga todo el dolor acumulado y encerrado durante años, se libera de esa pesada carga. Siguen unos minutos abrazados, sin decir nada, hasta que Elsa se tranquiliza y suelta el abrazo.

—¡Voy a buscar a Ricardo! —dice Adrián—. Va a pagar por lo que te ha hecho.

—¡Por favor, no hagas nada!

—¡Merece un castigo!

—La vida lo castigará. No quiero que esto te salpique, no era mi intención involucrarte.

—Desde el principio me dio mala espina, su manera de dirigir al grupo, su mirada, esa prepotencia con la que habla... No debí dejarte sola, me fui con mis amigos cuando más me necesitabas.

—Tú no tienes la culpa.

—Si tú quieres, te acompañaré hasta Santiago, no volveré a dejarte sola...

—No sé lo que quiero.

Elsa piensa que quizá tenía que venir al Camino para liberarse, que contar su trauma la ayudará a superarlo, que podrá comenzar de nuevo, libre y sin cargas. Pero todavía es pronto para saberlo...

RICARDO

Ricardo está sentado en un banco en el interior de la catedral de León. Admira las coloridas vidrieras, los ventanales a la altura del triforio que la convierten en única. Esa sensación de luminosidad es difícil de encontrar en otra catedral, parece que nunca se hace de noche en su interior. Dispone de 737 vidrieras, todas ellas instaladas entre los siglos XIII y XV, que ocupan una superficie de 1.750 metros cuadrados, distribuidos en 125 ventanales, 57 óculos y tres enormes rosetones.

Ricardo lleva unos días encontrándose débil. Le cuesta terminar las etapas, *¿este será mi último Camino?*, se pregunta. No quiere morir, y no porque ame la vida, Ricardo teme a la muerte. Tiene miedo de que exista el infierno del que habla la Iglesia, sabe que se ha ganado un lugar calentito en el otro lado. Teme que tenga que pagar por sus actos, sabe que ha sido malvado, que siempre ha buscado su beneficio, que ha pisoteado a quien se interponía en su camino, que ha mentido y actuado con malicia. Los días caminando solo en la meseta le han hecho reflexionar, volver al pasado, recordar cuando le dejó su mujer y se llevó a sus dos hijos. No los volvió a ver, no hizo nada por verlos. *Ellos se lo pierden*, se decía. Pero es él quien se ha perdido. Su orgullo y afán de superioridad alimentaba su ego, mientras lo poco que tuviera de humanidad se desvanecía con el tiempo. No sabe actuar de otra manera, tiene el corazón cubierto por una capa negruzca imposible de rascar. Cuando dejó su trabajo, cuando pasó de ser el gran director, a convertirse en un jubilado, se sentía inútil y dependiente del Estado. Los que eran sus subordinados dejaron de temerle, dejaron de adularle. Los que pensaba que eran sus amigos desaparecieron, sintió la punzada de la soledad, del abandono, de no poder imponer su ley sobre los demás. Ya no importaba, nadie quería estar a su lado. Pero realizó el Camino. La primera vez fue como un bálsamo que aliviaba su herida, infectada con las consecuencias de sus actos, esa herida que supuraba y le dolía cuando se encontraba solo. En el Camino podía ser quien él quisiera, nadie lo conocía. Podía inventarse historias, podía hacerse el buen hombre, el que protegía y guiaba al grupo. Pero era una máscara, que se quitaba y ponía según su antojo, según su

conveniencia para manipular a los peregrinos que le acompañaban. Ellos lo harían solo durante unos días, sabía que no los volvería a ver, así que no temía las represalias, se creía intocable, inmune a las consecuencias de sus actos, dejando un reguero de maldad a su paso, llegando a límites insospechados. Nunca lo habían denunciado, nunca había pagado por sus actos. En esta vida se va a librar, pero teme lo que pase después. *Me quedaré unos días a descansar*, piensa. Se siente fatigado, y además, no quiere volverse a encontrar con la chica alemana y su amiguito. Teme que ella se lo cuente a Adrián y decida tomarse la justicia por su mano. Hace unos años no temería a nadie, pero ahora siente cómo la enfermedad lo consume. Quiere llegar a Santiago. Cree que rezando en la catedral cada año después de recorrer 800 kilómetros se exculpa, que exime sus pecados, que es absuelto, que caminar un millón de pasos limpia su alma.

MARÍA

María cruza el río Órbigo. Sin saberlo lo hace por uno de los puentes más famosos del Camino, con el sobrenombre de “Passo honroso”. El caballero leonés Suero de Quiñones y sus nueve mantenedores retaron durante treinta días a todos los caballeros que osaron pasar el puente. Lo hacía por una obligación de amor con una dama y se comprometía a romper 300 lanzas en la lucha. Durante treinta días, el leonés y los suyos derrotaron a caballeros franceses, italianos, alemanes, portugueses y españoles. Cumplida la bravuconería, peregrinaron todos a Santiago donde Suero de Quiñones donó al Apóstol un brazalete de oro de la desconocida dama.

María se emociona al pasar sobre el puente, y no por su belleza o robustez, ni por su historia, ni siquiera por llegar a Hospital de Órbigo y finalizar la etapa. Llora al ver los bosques y las montañas del Bierzo elevarse en el horizonte. Se acabó la planicie interminable. Sabe que después de esas montañas la espera Galicia, aún le quedan 289 kilómetros, pero siente que ya queda poco para poder ver al Santo, para poder pedirle, pero sobre todo agradecerle.

María termina de comer unas lentejas de lata en la cocina del albergue. Rebaña con el pan el plato mientras un hombre de pelo negro, ropas sucias y mugre en la cara entra por la puerta. Rebusca en la nevera, está vacía salvo por unos huevos que alguien ha dejado.

—¿Sabes si son de alguien estos huevos? —pregunta el hombre.

—No lo sé, míos no son.

—Es que soy transeúnte y vivo en la calle. Las del albergue me dejan coger lo que abandonan los peregrinos en la nevera.

—Toma si quieres —dice ofreciéndole la media barra de pan que le ha sobrado.

—No quiero pan, gracias —dice el transeúnte.

Poca hambre debía de tener... piensa María

MIGUEL

Quedan unos kilómetros para llegar a Astorga, allí finalizará su etapa. En medio del bosque hay montado un puesto con café y comida. Una australiana veinteañera de pelo rubio y alborotado le invita a que se quede a tomar algo, no tiene prisa, así que se sienta en un tronco convertido en banqueta. Mientras la chica le sirve el café viene un hombre. Se llama Luca, es italiano y lleva dos meses viviendo aquí. Luca ya no cumplirá los cuarenta, tiene la barba y el pelo desaliñados, y no para de reír mientras se lía un cigarro. Pasó recorriendo el Camino y se quedó. No tiene ni luz, ni agua, tiene que ir a cogerla de una fuente que está a media hora. Miguel les agradece su hospitalidad, deja unas monedas en el bote de los donativos y sigue su Camino.

La catedral de Astorga se ve desde lejos, esbelta y orgullosa en lo alto del pueblo. En la Edad Media, Astorga tuvo hasta 25 hospitales donde alojar peregrinos, y tan abundante era la oferta que se creó la figura del “veedor”, encargado de visitar los albergues para controlar que los pobres y los viajeros no repitiesen cada jornada en uno diferente y permaneciesen meses viviendo gratis en la ciudad.

Miguel va directo al albergue, y sin ni siquiera ducharse, se va a comer antes de que cierren los restaurantes. En muchos de ellos anuncian el “cocido maragato” y no se quiere quedar sin probarlo. Entra en un restaurante cerca del albergue, se sienta en una mesa libre y pregunta a la camarera qué lleva.

—El cocido maragato está compuesto de sopa, berza, garbanzos y siete carnes: chorizo, morro y oreja de cerdo, paletilla, gallina, carne de vaca, cecina y morcillo...

Miguel se come todo lo que le traen. Cuando termina le viene justo para levantarse de la silla y caminar hasta el albergue. Se tumba en la cama, le falta la respiración, no se puede mover. Le aprieta hasta el anillo que le regaló María y lleva en su dedo meñique, se lo quita y lo deja apoyado en el radiador. *¿Por qué me lo habré comido todo?*, se lamenta.

ADRIÁN

Los helechos de más de un metro forman una barrera a los lados del camino, hay plantas con flores moradas y amarillas, la fragancia que desprenden le traslada a la primavera. Las vacas pastan sueltas y se escucha al pastor llamarlas con un “¡yeeepa!” Al ganar altura se divisan los bosques y montañas de los alrededores de un exuberante verde. Después de la estepa castellana, es como entrar en un vergel, es lo más parecido al paraíso. Saca varias fotos desde este mirador privilegiado. Elsa le acompaña, la ve más guapa que nunca, cuando salieron del bar se prometieron que no iban a hablar más del tema y le hizo jurar que nunca se lo contaría a nadie.

En lo alto del monte Irago, a 1.530 metros de altitud, se erige la Cruz de Ferro, uno de los monumentos más antiguos y legendarios del Camino de Santiago. De una montaña formada por millones de piedras emerge un largo fuste de roble de siete metros, en su punta hay incrustada una pequeña cruz de hierro. Adrián recuerda las palabras de su amigo Javier: “Tendrás que cargar esta piedra hasta una cruz, allí deberás dejarla; y cuando te desprendas de su peso, también te liberarás de una carga que te frena en tu camino. Cuando la veas la reconocerás...”

Y sin duda esta es la cruz, este es el lugar del que hablaba su buen amigo, casi lo había olvidado. Adrián se quita la mochila y busca la piedra guardada en la seta, también coge la moneda de plata templaria. Elsa lo mira aturdida, Adrián le cuenta el ritual que Javier le hizo en Somport y el significado de la piedra. Se excusa un momento, deja la mochila y sube a lo alto del montículo. Alrededor del fuste de roble hay fotos, estampas, banderas, conchas, piedras pintadas de colores, piedras con mensajes grabados. Miles y miles de peregrinos han dejado aquí lo que les sobraba, han continuado hasta Santiago más ligeros, más libres. Adrián percibe una energía especial. Se acerca a la base de la cruz y apoya su rodilla derecha en las rocas. En una mano lleva la moneda de plata, en la otra la piedra recogida de muy lejos, del techo del mundo, para que Adrián haga su ritual. Cierra los ojos y respira profundamente. Piensa qué es lo quiere soltar, qué no le deja avanzar. Y

después de 600 kilómetros caminando, después de las largas jornadas en soledad, lo tiene claro. Piensa en ello y deja caer su piedra. Un pedacito del Himalaya y del pasado de Adrián reposarán bajo la Cruz de Ferro para siempre.

ELSA

Elsa ha estado observando a Adrián, esperando pacientemente su regreso. Ella no tiene piedra, no había oído hablar de la Cruz de Ferro, no conocía el ritual.

—Ahora te toca a ti —dice Adrián.

—Pero yo no tengo piedra.

—Eso da igual, deja algo que hayas llevado durante el Camino, algo que simbolice lo que quieres dejar atrás después de vivir esta experiencia.

Elsa desata la vieira que la ha acompañado durante su peregrinación. La sujeta con las manos, se acerca a la base e imita a Adrián apoyando una rodilla en las rocas. Quiere que después de pasar al otro lado de la montaña, su Camino sea diferente, comenzar de nuevo. Evoca los malos recuerdos de su infancia, la agresión de Ricardo y al dejar la concha apoyada en el poste de madera, los deja ir, se libera de ellos.

Elsa y Adrián se sientan a comer algo a escasos metros de la Cruz de Ferro, mientras otros peregrinos se acercan y efectúan su ritual. Cuántas historias conocerá la Cruz, cuántos traumas y pérdidas habrán quedado aquí para siempre.

—Quiero compartir contigo lo que he dejado bajo la Cruz —dice Adrián.

—No tienes porqué hacerlo...

—Llevo un tiempo perdido. Dedicué toda mi vida a cumplir un sueño, ser un fotógrafo reconocido y trabajar para National Geographic.

—Pero lo conseguiste, ¿no? —dice Elsa.

—¡Ese es el problema! Que cuando consigues tu sueño te sientes vacío, no se puede ir más alto cuando estás en la cima. Lo disfrutas por un tiempo, lo vives con alegría y pasión, pero cuando ves todo lo que has dejado, todo a lo que has renunciado. Te das cuenta de que a lo mejor no ha valido la pena tanto esfuerzo, que el precio a pagar ha sido demasiado elevado. Te has vuelto esclavo de tu sueño, has pasado por alto todo lo demás: tus otras aficiones, tus familiares, tus amigos. Cuando te das cuenta ya no tienes un lugar donde volver, enlazas un viaje con otro, un proyecto con otro. Y de repente, eso que

era tu sueño se convierte en monótono, te quemas, no quieres trabajar más, se acaba la inspiración, el sexto sentido necesario para retratar una historia te abandona. Y en este oficio cambiante y voraz, en que bajas la guardia, en que te relajas un poco, te pasan por encima. Cuando mis fotos eran casi siempre portada, me creí superior, pensaba que era mejor que los demás, que mi vida era más interesante, más plena. Vinieron los lujos, las mujeres, los amigos interesados que me adulaban y decían que me admiraban. Pero un error, un momento bajo, y todo se desmoronó como un castillo de naipes, y yo estaba debajo.

—¿Qué pasó? —pregunta Elsa.

Adrián mira al suelo, se nota que le cuesta contarle, que está avergonzado.

—Hice trampa. Robé una foto de otro fotógrafo, la retoqué y dije que era mía. Pensaba que nadie lo notaría, la robé a un principiante de los que me idolatraban, pero me denunció, se probó que era suya, perdí mi contrato y mi credibilidad, un solo error había hecho olvidar todos los éxitos de mi carrera. La noticia corrió de boca en boca, nadie me quería contratar, nadie creía en mí. Tuve que volver a Zaragoza, regresar a los inicios. Pude conseguir trabajar en la BBC (bodas, bautizos y comuniones), pero era como si a un estudiante que hubiera sacado matrícula de honor en la universidad lo mandaran de nuevo al parvulario. De nuevo me creía mejor que los demás, después de fotografiar al leopardo de las nieves, tribus amazónicas, volcanes en erupción... me veía desaprovechado fotografiando a unos niños haciendo la comunión. Pero ahora veo que estaba equivocado, muchos buenos fotógrafos trabajan en la BBC y hacen un excelente trabajo, son felices y se sienten realizados, pero eso no era para mí. El compararme con los demás siempre me ha hecho daño, a veces me he visto mejor y otras peor, ¿por qué nunca me he considerado igual? Pero en el Camino lo he visto claro: cuando adelantaba a mucha gente me sentía superior, fuerte, joven. Pero luego conocí a María, vi cómo seguía caminando a pesar de las ampollas, vi a gente anciana, con sobrepeso, lisiada... que hacía la misma etapa que yo. ¿Acaso no tienen ellos más mérito?

—Tienes razón —dice Elsa—. Yo también me he fijado en la cantidad de personas con limitaciones que a base de sufrimiento y arrojo llegan cada día al final de la etapa.

—Con esa piedra del Himalaya he dejado mi sensación de superioridad, me he deshecho de la comparación. Me equivoqué, obré mal, pero soy un ser humano y no me voy a fustigar más por ello. Ya he aprendido la lección, y a

partir de ahora, me he propuesto ver a todo el mundo como un igual. Ayudar y respetar al débil, y admirar y aprender del fuerte, sin comparaciones.

—Estoy orgullosa de ti, sé que eres buena persona, me lo has demostrado... —Elsa mira a Adrián a los ojos—. Me alegro de haberte conocido y que recorramos el Camino juntos.

Se dan un abrazo, largo e intenso. Cuando se separan cruzan las miradas. Adrián acerca los labios lentamente hacia ella, por un segundo Elsa quiere besarle, pero ella se levanta. Adrián disimula, Elsa todavía no está preparada.

ADRIÁN

Elsa le ha hecho la cobra. Estaba deseando besarla, parecía que todo fluía hacia ello, pero en el último momento ha apartado la cara. Adrián la comprende, muchas emociones, demasiadas malas experiencias con los hombres, necesita tiempo.

Una pequeña edificación a la orilla de la carretera llama su atención. Está hecha con piedra y madera, varias banderas son ondeadas por el viento, hay carteles con la distancia a diferentes lugares: Rumanía, México, Vinkovci, Budapest, Finisterre... Y un cartel apoyado en una piedra con una cruz templaria y una virgen anuncia que se encuentran en Manjarín.

—¡Mi amigo Javier me habló de este lugar! —dice Adrián emocionado—. Es donde estuvo de hospitalero, es donde vive el último templario. ¡Vamos a entrar!

El porche de la entrada está protegido por un tejadillo y unas paredes que parece que se vayan a caer en cualquier momento. Se escucha ladrar a varios perros, un gato se cruza entre sus piernas y casi le hace caer. Las paredes están repletas de fotos, cruces templarias, estampas de santos, recortes de periódico, poesías y bendiciones del Camino, vieiras y una estatua de la virgen repleta de rosarios y cruces apoyados sobre su cuello. Es tal la cantidad de objetos que se necesitarían varias horas para verlo todo con detenimiento. En una mesa hay café, bolsitas de té, galletas y el bote de los donativos.

Una chica con rastas y ropa hippie sale a recibirlos.

—¡Habéis llegado justo a tiempo! ¿Os quedáis a comer? Hay lentejas con berza.

Elsa y Adrián se miran, no esperaban semejante muestra de hospitalidad. Son las dos de la tarde y podrían seguir caminando, pero Adrián quiere conocer este lugar, es un sitio especial y su amigo se lo había recomendado.

—¿Nos quedamos? —pregunta a Elsa—. Ya sé que es pronto pero yo dormiría aquí hoy.

—Vale. Me parece bien —dice Elsa sin poder parar de mirar los cientos de objetos que se exhiben a su alrededor, también a ella le ha embrujado la

singularidad del lugar.

—Me llamo Nuria, llevo una semana ayudando en el albergue, iba haciendo el Camino hacia Santiago pero cuando llegué a Manjarín no pude pasar de largo... —dice mientras los acompaña a dentro—. ¡Tomás, tenemos compañía!

El interior de la casa es muy oscuro, apenas entra luz por unas rendijas. La mesa redonda de madera con tres platos vacíos preparados para comer, los sofás desgastados y mugrientos frente a la estufa de leña, el polvo que cubre cada rincón. Es como entrar a una cueva, una vivienda de una época pasada.

—Bienvenidos a Manjarín —les saluda un hombre con un chubasquero marrón lleno de parches, una gorra de fieltro desgastada, gafas de culo de vaso y unos zapatos con varios rotos—. Soy Tomás, el último templario.

—Un gran amigo mío me habló de usted y de este lugar, se llama Javier y estuvo aquí una temporada.

—Sí, sí, Javier. Buen chico, ¿cómo está?

—Muy bien. Vive en Zaragoza, trabaja mucho y tiene pareja.

—Sentaos a comer, ahora serviré las lentejas Lucía. ¡Trae dos platos más!

Nuria viene con los platos, los cubiertos y los vasos y se sienta a la mesa. En una jarra hay vino tinto del Bierzo, Nuria echa un poco a cada uno. Lucía trae una sopera humeante. Es una mujer extremadamente delgada vestida con un chandal rosa viejo y sucio, tiene la cara chupada con las facciones muy marcadas, el pelo encrespado negro y largo, la mirada triste y la media sonrisa que les brinda deja a la vista sus dientes ennegrecidos. Tiene pinta de toxicómana. Adrián y Elsa se miran sin decir nada, la saludan, pero no pueden evitar sentir un poco de aprensión por llevarse a la boca la comida que ha preparado, la higiene del lugar y de sus habitantes deja mucho que desear. Lucía pone la olla en el centro de la mesa, hay una rueda giratoria de madera que van girando para servirse. Adrián prueba las lentejas y están buenas, recuerda sus viajes a la India y Nepal, *en peores sitios he comido*, piensa.

—¿Lleva mucho tiempo en Manjarín? —pregunta Adrián.

—25 años. Soy el segundo hospitalero más antiguo del Camino después de Jato, que tiene un albergue en Villafranca del Bierzo. Hasta los 49 años vivía en Madrid, me cansé de la tienda de deportes donde trabajaba e hice el Camino con unos amigos de la Orden del Temple. Ese viaje me cambió la vida. Después de caminar 380 kilómetros hasta Ponferrada, decidimos pasar la noche a las puertas del castillo. Esa noche las piedras cantaron para mí,

sentí la llamada y decidí quedarme. Tras una temporada en Ponferrada, en el año 1993, me fui a Villafranca como hospitalero en el albergue de Jato, y allí, me planteé construir el albergue de Manjarín. La mayoría de los peregrinos a su llegada a Villafranca, siempre me comentaban que lo peor del Camino era desde Rabanal a Molinaseca, siete horas de recorrido en las que no había ni un solo cobertizo en el que resguardarse, teniendo incluso que, en ocasiones, pedir ayuda a los militares que se encontraban en la base de Manjarín. Ese mismo año comencé los trabajos de condicionamiento del refugio, en seis meses dimos cobijo a más de 3.000 peregrinos. Muchos se rieron cuando vieron lo que queríamos hacer, esto estaba abandonado y derruido, hizo falta mucho trabajo y mucha fe para llevarlo a cabo. Pensaban que éramos gallinas, pero éramos verdaderos templarios. Aquí no tenemos ni luz eléctrica ni agua corriente, la vida es como en la Edad Media, el que se aloja aquí vive como los peregrinos de la antigüedad.

—¿Y cómo se financian?, ¿reciben alguna ayuda? —pregunta Elsa.

—¡Ayuda! —Tomás ríe efusivamente—. Nos mantenemos con los donativos, aquí el peregrino tiene una cama y comida por la voluntad. ¡Podríamos dar lecciones de economía a más de uno, les enseñaríamos cómo vivir con cien euros al mes! Algunos peregrinos se quedan una temporada y me ayudan, si no fuera por ellos, yo solo no podría.

—¿Ahora solo están tres?

—Cuatro, luego vendrá un chico que lleva conmigo unos meses y ha tomado los votos como templario. Ha ido al pueblo a comprar provisiones.

Cuando terminan de comer, Tomás se queda dormido en la mesa, se le nota cansado, y no es para menos, después de 25 años recibiendo a peregrinos y viviendo en unas condiciones muy duras.

Nuria les acompaña a su habitación, está en una edificación de piedra construida frente al edificio principal. Es una única sala con un altillo de madera. Hay varios colchones apoyados en un suelo de madera, sin separación entre ellos. Una pila de mantas gruesas y usadas auguran una noche fría.

—Luego encenderemos la estufa —les tranquiliza Nuria señalando una estufa de leña oxidada.

—¿Dónde está el baño? —pregunta Elsa.

—Al otro lado de la carretera hay una letrina, aunque no os aconsejo usarla... —dice riendo.

—Y, ¿no hay duchas?

—No. Como ha dicho Tomás, no hay luz ni agua corriente, ni duchas tampoco, claro.

Elsa y Adrián dan una vuelta por los alrededores del albergue. Está enclavado en un lugar privilegiado con el monte Irago y sus frondosos bosques. Van a ver la letrina, una caseta de madera con un agujero en el centro tapado por una tabla, hay una papelera y un cubo con agua.

—Creo que si tienes que ir al baño mejor que lo hagas en la naturaleza — dice Adrián riendo al ver la cara de aprensión de Elsa.

Una carpa adosada al edificio principal anuncia en una lona blanca: “Centro de interpretación templaria-medieval”. Entran y lo primero que llama su atención es un traje de tela blanca con la cruz del temple roja a la altura del pecho, hay varios dibujos de templarios preparados para el combate y una espada robusta y pesada. En una mesa hay varios libros. Adrián coge un ejemplar de: “La elipse templaria” y lo ojea, las páginas están amarillentas y las tapas desgastadas, supone que Tomás y los hospitaleros que se quedan una temporada, lo habrán leído una y otra vez.

Una peregrina que viaja en bici para en Manjarín. Se llama Inma, tendrá menos de 25 años, es pelirroja y pecosa. Les cuenta que lleva siete meses recorriendo España y Portugal con su bici y está haciendo el Camino de vuelta para llegar a su casa en Barcelona. Ha escrito un libro de sus viajes en bici y los vende ella misma.

—¿Tienes alguno? —pregunta Adrián.

—Me queda el último ejemplar, si lo quieres es para ti.

—Venga, me lo quedo, pero me lo tienes que dedicar...

Inma dedica el libro a Adrián, le hace ilusión tenerlo, y además, así ayuda a la chica para que siga viajando y escribiendo.

Lucía sale de la cocina con una lata de cerveza en la mano, camina dando tumbos y Adrián tiene que sujetarla para que no se caiga. Tiene la mirada perdida y le cuesta caminar.

—Ven, siéntate aquí —dice Adrián mientras la ayuda a sentarse en una banqueta.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Elsa.

—Sí, pero me ha debido de sentar algo mal... —responde entre balbuceos.

Nuria sale por la puerta y le quita la cerveza de la mano.

—Te han sentado mal las dos cervezas que te has bebido sin comer nada, no has probado las lentejas.

La dejan sentada hablado sola.

—Lucía es extoxicómana. Lleva una temporada en Manjarín, aquí no tiene oportunidad de drogarse, pero hay que estar vigilando para que no beba alcohol, pues le afecta mucho —les cuenta Nuria.

Adrián mira a Lucía hablando y gesticulando con la mirada perdida, no puede evitar sentir lástima por ella, en su mirada se puede ver que es buena persona.

Suena la campana, es la hora de cenar, ya es de noche cuando entran los tres peregrinos en la casa. Se escucha gritar a Tomás.

—¡Fuera de aquí! ¡Estoy hasta las narices de ti, si no te vas a comportar tendrás que marcharte!

Lucía sale dando tumbos, se cruza con ellos y se sienta en la banqueta del porche a oscuras.

—¡Siempre el alcohol! Los mejores hospitaleros que he tenido en el albergue se han echado a perder por la bebida —dice Tomás alterado—. Sentaos, ahora cenaremos y no hagáis caso a Lucía, pero no puede estar aquí en esas condiciones.

Lucía comienza a cantar una canción de misa, a oscuras, con el pelo encrespado tapándole la cara, balanceando su cuerpo adelante y atrás. Parece la escena de una película de miedo, *¿y si viene por la noche a la habitación con un cuchillo en la mano?*, piensa Adrián. *No, parece buena persona.* Pero Adrián sospecha que con Lucía aquí habrá peregrinos que no se querrán quedar, mira las caras de Elsa e Inma, son caras de querer salir corriendo.

Se escucha el motor de un coche. Aparca a la orilla de la carretera y el conductor entra en el porche, le dice algo a Lucía y pasa al salón. Es alto, con el pelo negro y largo cayendo sobre sus hombros, viste de templario, con un traje blanco con la cruz roja en el pecho. Lleva dos bolsas en las manos, saluda con la mirada oteando a los nuevos huéspedes con sus ojos azules. Se le abren las manos y la compra se desparrama por el suelo.

—¿Elsa?

MARÍA

María llega a Astorga muy animada. Ha conocido a un grupo de peregrinos de su país. Desde que Paulo Coelho escribió su libro del Camino ha crecido considerablemente la cantidad de Brasileños que vienen. María ya conocía el Camino mucho antes, venir a España a recorrer la ruta Jacobea es un sueño de su juventud, pero hasta ahora, con sus hijos ya independientes, no ha podido cumplir su sueño. Cada día agradece a la virgen y a los santos que le hayan dado la oportunidad de recorrer el Camino. Está conociendo mucha gente, gente buena, pero no puede evitar recordar el grupo con el que empezó, sus niños, los que la ayudaron tanto.

María entra al albergue con sus nuevos compañeros. Le asignan una cama, una entre decenas. Y cuando se despoja de la mochila y va a abrirla para sacar sus cosas, ve algo brillar. Es como si la llamara. Se acerca al radiador ahora apagado y lo ve. Un anillo, de plata, le resulta familiar. Y cuando lee la inscripción casi se cae de culo. *¡Es mi anillo!* Es el anillo que regaló a Miguel, el que tiene grabado un mensaje:

Las buenas obras siempre tienen su recompensa

ELSA

Elsa se restriega los ojos, *¿es un sueño?*, se pregunta. Está paralizada. No esperaba encontrarlo, y menos aquí, en Manjarín, en el corazón del Camino de Santiago y vestido de caballero templario.

—¡Bart!

Elsa se levanta y se lanza a sus brazos, esos brazos fuertes y tatuados a los que cientos de veces soñaba regresar, *huele diferente*, aquí no usa el perfume de su juventud. Tantos años sin saber nada de él, salvo que estaba encerrado en la cárcel, pagando por un delito que ella nunca creyó que cometiera, que les separó para siempre. Pero nada es para siempre, y a veces, el destino es caprichoso y juguetón, separa y une a las personas a su antojo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Bart.

—Vengo recorriendo el Camino desde Roncesvalles —Elsa lo toca, aún no puede creer que sea cierto—. ¿Y, tú?, ¿cómo has ido a parar a este lugar?

—Estuve cuatro años en la cárcel, preso por un delito que no cometí —mira a Elsa de forma acusadora—. Quería comenzar de nuevo, me habían hablado del Camino de Santiago y vine caminando desde Alemania. Deseaba reconducir mi vida, lejos del pasado, y cuando vi este lugar, sentí la llamada e hice los votos de caballero templario.

—¿Así que os conocéis? —pregunta Tomás.

—Hace unos años, hubo un tiempo en el que estuvimos muy unidos —responde Bart.

—¡Venga!, sentaos, que se enfría la cena —ordena Tomás.

Elsa y Bart se sientan a la mesa. No paran de mirarse, se nota que tienen muchas cosas de las que hablar, muchas incógnitas sin resolver. Adrián no separa la vista del plato, el encuentro le ha dejado descolocado.

Elsa cena rápido. Cuando termina invita a Bart a salir fuera. La noche les regala un cielo iluminado por miles de estrellas. Se sientan en un tronco, hace un poco de frío, pero con la excitación del encuentro no es precisamente frío lo que sienten.

—Cuando nos encontró mi padre y nos separaron a la fuerza me dijeron

que te habían metido preso, que te habían pillado con una cantidad importante de droga, yo nunca lo creí...

—Tu padre me tendió una trampa, quería separarnos a toda costa y consiguió que pareciera que era mía. ¡Yo nunca me he drogado ni he traficado! No lo pude probar, pero estoy seguro de que fue él, de que usó sus contactos en la policía para arruinarme la vida.

—Lo siento... yo...

—Sé que no tienes la culpa, pero enamorarme de ti me salió muy caro. Quería meterme en política, cambiar el mundo. Pero, ¿quién va a votar a un expresidiario? Durante mucho tiempo te odié, no viniste a verme, ¡no hiciste nada! —Bart intenta calmarse—. La vida en la cárcel es dura, tienes que ser fuerte. Me robaron mis mejores años, truncaron todos mis sueños ¡Te amaba!

—¡Yo también te amaba! Pensaba en ti cada día, muchas veces estuve a punto de escapar, pero no lo hice... —Elsa mira al suelo—. Sabía que no era cierto. ¡Yo creía en tu inocencia! Pero ¿qué podía hacer? Me encerraron, me convencieron de que había sido mala hija, de que solo había mirado por mí y acepté la voluntad de mis padres... me casé con Henrich.

—¿Ese pusilánime que te seguía a todos lados?

—Sí. Pero detrás de la fachada de niño bueno, escondía una agresividad enfermiza —Elsa ya no va a callarse más, sacar los demonios escondidos la libera—. Me maltrataba. A los pocos meses de estar casados comenzó a gritarme por cualquier tontería. Hasta que un día me dio una bofetada, otro día un puñetazo, y la tercera vez, la que ya me propinó una brutal paliza, salí corriendo. Me escapé, dejé todo atrás, y comencé el Camino de Santiago.

—Los dos hemos sufrido, la vida nos ha tratado mal —dice Bart—. No te guardo rencor, ni a ti ni a tu padre. No se puede vivir con rencor. Cuando comencé el Camino me prometí mirar solo hacia delante. Muchos peregrinos han caminado un millón de pasos con la misma meta: comenzar una nueva vida. Es un Camino iniciático, el que sabe buscar, encuentra. Hay algo en cada piedra, en cada bosque, en cada iglesia; es una energía que perdura, que es sanadora, que cambia vidas. He escuchado cientos de historias de los cambios que genera el Camino. Y ahora mi misión es protegerlo, aportar algo auténtico a este Camino que se está corrompiendo. Muchos se han quedado a hacer negocio, a aprovecharse de los peregrinos, a convertirlo en un destino turístico. Pero no se pueden borrar doce siglos de historia, la fe de los antiguos peregrinos está impregnada en cada lugar sagrado. La Orden del Temple construyó lugares llenos de simbología donde nada es casualidad.

Nadie viene aquí por casualidad. Las casualidades no existen. Estoy convencido de que has llegado aquí por algo, ¡teníamos que encontrarnos! En Manjarín he experimentado esa energía de la que te hablo, la que puede cambiar tu vida —Bart la coge de las manos—. Elsa, quédate, ahora eres libre, los dos somos libres, podemos recuperar el tiempo que nos robaron.

ADRIÁN

Adrián se despierta cuando es todavía de noche. El viento golpea la puerta de madera con violencia, es como si quisiera entrar. Enciende la linterna y la enfoca hacia la cama de Elsa, está vacía. Siente una presión en el pecho. En una esquina duerme la chica ciclista, se levanta haciendo el menor ruido posible y abre la puerta lo justo para sacar la cabeza. Llueve. La lluvia repiquetea en los tejados de uralita, descarga con intensidad. Es la primera vez que ve llover desde que salió de Somport hace ya 25 días, ve ese momento muy lejano, como un sueño. Muchos kilómetros recorridos, muchas experiencias, muchas ilusiones... y ve peligrar una de ellas, estaba ilusionado con Elsa, le gusta. Desde que lo echaron de la revista no ha estado con ninguna mujer, *¿si no podía estar conmigo mismo cómo iba a pensar en estar con nadie?* Mira el reloj, son las cinco de la mañana, todavía es muy pronto. Tomás les dijo que aquí nadie salía antes de las ocho, que estaba harto de los ansiosos que se levantan antes del amanecer y despiertan a todo el mundo. Cierra la puerta con cuidado y vuelve a la cama, no a dormir, pues ya se ha desvelado, lo hace para hacer tiempo, para cavilar que va a pasar con Elsa, si seguirán el Camino juntos. Presenció el abrazo, la cara de los dos al volverse a ver. Cuando salió de la casa los observó hablando bajo las estrellas, estaban muy unidos, les brillaban los ojos. Elsa ni siquiera se volvió cuando pasó por su lado, no le deseó buenas noches, solo tenía ojos para Bart. *¿Caballero templario? Un trastornado, eso es lo que es... igual que Tomás, Nuria o Lucía. ¡Aquí están todos locos!, piensa.*

Suena la campana. Son las ocho, la hora de desayunar. Adrián ya está vestido y con la mochila preparada. Ha sacado el chubasquero que tenía sin estrenar, se lo enfunda y pasa al edificio principal bajo la lluvia. *Desayuno y me voy*, se dice.

—Buenos días —le saluda Elsa. Tiene una expresión diferente, por primera vez desde que la conoce, se la ve feliz.

—¿Qué tienes pensado hacer?

Ella duda, no lo mira a los ojos. Adrián sabe la respuesta antes de

contestar.

—Me quedo. Llevaba años sin ver a Bart, estábamos enamorados y nos separaron. Este encuentro no puede ser fortuito, creo que hice el Camino porque estaba predestinado que nos encontrásemos aquí —Elsa posa su mano en el hombro de Adrián—. Lo siento.

—No te preocupes, me alegro por ti —miente, pues siente de todo menos alegría—. Yo me voy.

—¿No te quedas a desayunar?

—No. Ya es muy tarde, quiero llegar pronto a Ponferrada, allí hay mucho que ver.

Adrián saca la cartera y mete dinero al bote de donativos.

—Adiós. Te deseo lo mejor, Elsa.

Ella le da un abrazo y un beso en la mejilla.

—Gracias por todo, me has ayudado mucho —Adrián comienza a alejarse, nunca le han gustado las despedidas—. ¡Buen Camino!

La niebla se desliza por las copas de los árboles y sube de los bosques hacia las montañas. La lluvia resbala por su chubasquero, le revitaliza, le devuelve a la realidad. El Camino es como la vida, unas veces te da y otras te quita, pero hay que seguir adelante, sin importar si hace sol o hay tormenta. Caminar purifica, sana, ayuda a olvidar.

ELSA

Elsa ha pasado la noche en la habitación de Bart. Han hablado mucho, han llorado, y han dormido abrazados. Bart está diferente, parece diez años mayor, ha perdido la alegría y la pasión que le caracterizaban. La cárcel lo ha cambiado. Ha tenido que sufrir lo inimaginable estando encerrado por un delito que no cometió, por enamorarse de la persona equivocada. Elsa se siente responsable, no hizo nada, acató las órdenes como una niña buena, cogió el camino cómodo, se dejó llevar... y cuando te dejas llevar por lo que los demás esperan de ti, cuando no escuchas a tu corazón, cuando no coges las riendas de tu vida, estás abocada a la decepción y el sufrimiento. *¿Y si todavía hay tiempo para cambiar?, ¿y si el destino nos ha unido para darnos otra oportunidad?* Los dos vinieron al Camino huyendo de un pasado, *¿y si aquí estuviera mi futuro?* Elsa no quiere volver a Alemania, no quiere volver a ver a sus padres, quiere vivir su vida. *¡Qué me dejen en paz!* Los meses que pasó junto a Bart fueron excitantes, se sentía libre, Bart no le imponía su voluntad, la animaba a que tomara sus propias decisiones, le dejaba su espacio, la respetaba y la amaba. *¿Todavía será posible lo nuestro?* Las cosas han cambiado, Bart ha cambiado, y Elsa tiene muchas heridas abiertas, que empiezan a cicatrizar, pero que aún no están curadas. Quiere quedarse en Manjarín unos días, es un lugar especial, le vendrá bien descansar, hablar con Bart, cerrar una herida.

Le da pena Adrián. Se ha ido con cara triste, sin desayunar, sin despedirse de los demás. Elsa recuerda cuando intentó besarla, estuvo a punto de dejarse hacer, de unir sus labios. Adrián le gusta, es atractivo y siempre la ha ayudado y escuchado. Pero no estaba preparada. *¿Era bueno conmigo porque quería algo?, ¿y si solo buscaba un revolcón?* Le gustaría ser adivina, saber las intenciones de los demás. Cuando eres una mujer joven y guapa tienes que estar siempre alerta. Ellos siempre buscan lo mismo. Nunca sabes las verdaderas intenciones. *¿No puede haber un hombre que solo busque compañía, conversar, tener una amistad?* Adrián desveló sus intenciones y Elsa dejó de confiar. Al ver el encuentro con Bart, Adrián se ha ido, dolido y desilusionado. *¿Acaso yo le había prometido algo?* Elsa se arrepiente de

haberle contado sus intimidades, aunque para ella fue un alivio soltar sus demonios, cree que Adrián la escuchaba para llevarla a la cama. *¡Es como todos los demás!*

—¿Puedo quedarme unos días en Manjarín? —pregunta a Tomás.

—Sí. Nos vendrá bien tu ayuda, pero aquí no se está de vacaciones, si te quedas es para atender el albergue y a los peregrinos, ¡y para comportarte! —dice Tomás con tono serio—. Lucía se ha ido esta mañana. No podía estar aquí en esas condiciones, se va a quedar una temporada en un centro donde estará vigilada. Me da lástima, es buena chica...

MIGUEL

Miguel ha dejado atrás la Cruz de Ferro. Unos peregrinos le contaron su simbología en Astorga y ha subido una piedra hasta allí, y como solo iba a cargar con ella dos etapas, buscó una piedra grande y pesada, como la carga que quería dejar. Pero se arrepiente de tantas cosas que hizo en la guerra que ninguna piedra, ni siquiera la de cinco kilos que cargó en la mochila, le va a librar de sus errores. Camina deleitándose de la belleza, del verdor de la naturaleza, que después de la lluvia de hace un par de días brota con más esplendor. Algo le hace parar.

—¡El anillo!

Recuerda cuando lo dejó apoyado en el radiador, no se pudo mover hasta la mañana siguiente cuando salió de la habitación antes de que encendieran la luz. ¡Se ha olvidado en Astorga el anillo que le regaló María! Piensa en volver, era un recuerdo de esa buena mujer, *¿ya estará en Brasil?* Pero ha caminado más de treinta kilómetros, a saber si alguien lo ha encontrado y se lo ha quedado. Con mucha pena sigue caminando hasta que unas banderas llaman su atención, son banderas templarias, con cruces y leones de color rojo.

Un caballero sale a recibirlo. Va vestido de templario, con una espada al cinto y el pelo largo y negro.

—*Nom nobis Domine non nobis sed Nomini Tuo da gloriam* —le saluda el caballero—. Entra a tomar un café, todavía está caliente.

Miguel pasa al porche. Es como un museo, o como un parque temático templario. No puede parar de mirar a su alrededor. Una chica sale de la casa.

—¡Miguel! ¡Qué alegría verte!

—¡Elsa! ¿Cómo estás? Pensaba que me llevarías ventaja, me lo he tomado con calma en la meseta, muchos peregrinos doblaban etapas.

—Llevo dos días aquí.

—¿Y eso?, ¿te puedes quedar?

—Si Tomás, el último templario, te acepta... —dice Elsa.

—¿El último templario? —pregunta Miguel excitado—. Pensaba que ya no quedaban.

—En Manjarín se pueden tomar los votos, pero como hicieran los

antiguos miembros de la Orden del Temple, hay que consagrar tu vida a proteger y servir a los peregrinos, hay que convertirse en un guardián del Camino —responde Bart.

Miguel siente latir su corazón con fuerza, *¿y si es lo que estaba buscando?* Se imagina viviendo como un auténtico caballero, combatiendo el mal con honor, con vocación de servicio, aprendiendo las enseñanzas místicas de la Edad Media.

—Quiero conocer a Tomás.

Bart y Elsa acompañan a Miguel al interior, Tomás reposa en su silla mientras escucha la radio.

—Tomás, este es Miguel, un amigo americano que te quiere conocer.

Miguel le da la mano. No puede evitar sentirse un poco decepcionado al ver a Tomás, un anciano con rostro cansado y vestido con ropas andrajosas.

—¿De verdad es usted el último templario?

—Así me llaman, yo no me he puesto el nombre. Soy un templario sin más, que yo sepa, somos en España más de 180 los que protegemos este Camino iniciático de conocimiento, los que continuamos la encomienda que se convirtió en secreta cuando mataron en la hoguera a Jacques de Molay. Así que no soy el último, y cuando muera, la Orden seguirá existiendo en secreto. Hasta que algún día, y creo que será en este milenio, los templarios pasarán por Manjarín portando sus estandartes. Espero poder vivir para verlo...

—¿Y qué hay que hacer para ser templario? —pregunta Miguel.

—¡Primero hay que merecerlo! —dice Tomás levantando la voz—. Hay que ser valiente y poseer un corazón puro.

—Y si le dijera que quiero ser templario...

—Hijo, he oído esas palabras decenas de veces. Muchos vienen atraídos por el traje y la espada, pero solo unos pocos han sido los elegidos. Tendrás que demostrar que eres digno de llevar la cruz templaria en tu pecho.

MAURICIO

Mauricio sale de Ponferrada ajeno a la historia de la ciudad. No hizo el rito de la Cruz de Ferro, tampoco paró en Manjarín, y no sabe que el castillo de Ponferrada fue construido y habitado por los templarios, que su construcción es un criptograma en piedra, repleto de signos, símbolos y vinculaciones astronómicas, que lo convierten en la meca de los amantes de los templarios y los ritos de iniciación. Él solo tiene una cosa en la cabeza: llegar a Santiago cuanto antes y cumplir con su propósito. Camina entre viñedos y campos. Aquí se cultiva el afamado vino del Bierzo. Esta zona cercada por la cordillera Cantábrica, los montes gallegos y los montes Aquilanos es una comarca rica y singular, con un clima benévolo, propicio para la agricultura. La de hoy es una etapa de descanso, sin grandes desniveles ni una larga distancia que salvar. Le vendrá bien para coger fuerzas y acometer la subida más dura del Camino: la llegada a O Cebreiro, la entrada a Galicia.

Mauricio se siente mejor que nunca. En Panamá lleva una vida muy sedentaria, trabaja de funcionario encerrado en una oficina y cuando llega a casa se tumba en el sofá a ver la televisión. Se da cuenta de que lleva casi un mes sin ver la tele, sin enterarse de las noticias. Pensaba que no podría aguantar sin conocer lo que pasa en el mundo, sin estar informado, pero no siente ninguna necesidad de nada. Su vida se ha convertido en muy simple: caminar, buscar albergue, ducharse y lavar la ropa, comer, hablar con algún peregrino y dormir. El ejercicio físico, el estar en la naturaleza, el separarse de la tecnología... ha supuesto un cambio en su cuerpo y en su ánimo. Se siente alegre, además, sin razón aparente, hacía mucho tiempo que no sentía alegría, hasta duda si alguna vez la ha sentido...

Mauricio entra en Villafranca del Bierzo y pasa por la puerta del Perdón. Aquí se concedía a los peregrinos enfermos o impedidos la misma indulgencia y favores que hubieran obtenido llegando a Santiago. No es el caso de Mauricio, que llega sobrado de fuerzas.

En Villafranca del Bierzo se conserva el lugar donde el primer inquisidor de la historia, Tomás de Torquemada, pasó largas temporadas. Aseguran que ordenó quemar a 8.800 personas en la hoguera durante los 15 años (1483-

1499) que estuvo al mando de los Autos de Fe en Castilla y Aragón.

Mauricio se aloja en el albergue Ave Fénix, propiedad de Jato, el hospitalero más antiguo del Camino, pero que hoy está ausente. Le atiende Blas, un dicharachero cuarentón de pelo ensortijado que bromea con él y le lleva la mochila hasta la habitación.

Deja sus cosas y sale al patio. Un hombre grande y gordo enseña un lobo a unos peregrinos. Mauricio se acerca a contemplar al animal.

—Lo cogí con menos de un mes cerca de Manjarín, estaba solo y escuchimizado, su madre lo había abandonado, o puede que la madre hubiera muerto, no lo sé... —cuenta mientras acaricia al animal de pelo negro y duro. Pese a estar domesticado, en sus ojos se puede sentir su fiereza.

Blas cocina una paella para todos los peregrinos. Hay un grupo de italianos muy simpáticos, uno de ellos toca la guitarra y canta canciones de Eros Ramazzotti. La noche se anima, los peregrinos están contentos, ya quedan solo 195 kilómetros para llegar a Santiago.

MARÍA

María camina con el grupo de peregrinos brasileños. Se siente protegida y agradece poder hablar en su idioma. Las ampollas apenas le duelen y ha recuperado el ritmo que llevaba al principio del Camino.

—¡Qué lugar más peculiar! —dice uno de los brasileños—. ¿Entramos a verlo?

A María le llama la atención una virgen cubierta de rosarios de todas las medidas y colores, saca el suyo de su pecho y lo besa cuando un hombre sale de dentro de la casa.

—¡María! No me lo puedo creer...

—¡Miguel! ¡Qué alegría! Tú sí que no te vas a creer lo que tengo —dice mientras le muestra el anillo de plata.

—¡Lo olvidé apoyado en el radiador del albergue de Astorga! ¿De dónde lo has sacado?

—De las decenas de camas que hay en Astorga, de los montones de peregrinos que se alojan allí cada día, justo me dieron la cama de al lado del radiador y mientras dejaba la mochila lo vi brillar. ¡Es un pequeño milagro!

—¿Cómo es posible? —dice Miguel con la boca abierta.

—Toma —dice María mientras se lo ofrece de nuevo—. Pero esta vez no lo pierdas...

—No, María. No sé cómo ha podido pasar, pero está claro que el anillo quiere estar contigo.

María se lo vuelve a colocar y se promete que nunca lo volverá a dar a nadie.

Elsa sale con Bart de la casa.

—¡Elsa! ¿Tú también estás aquí?

—¡Pensábamos que habías abandonado! ¿Qué haces en el Camino de nuevo? —pregunta Elsa mientras la abraza.

—¡Eso! Yo te veía ya en Brasil —dice Miguel.

—No abandoné. Me quedé en Nájera cuatro días a curar las ampollas y descansar. Luego cogí el autobús hasta Burgos, me he saltado cuatro etapas. Me hubiera gustado recorrer el Camino entero, pero tuve que elegir entre parar

unos días y recuperarme o abandonar.

—Ricardo nos dijo que habías abandonado, que no pudiste llegar a Nájera, que cogiste un taxi para ir a Logroño —dice Miguel.

—Ricardo me hizo entrar en razón. Estaba retrasando al grupo, por esperarme caminabais más lentos y teníais menos tiempo para disfrutar de los pueblos por los que pasa el Camino.

—¡Pero a nosotros no nos importaba esperarte! —dice Elsa.

—¿Por qué no llegaste a Nájera y lo hablaste con el grupo? —le pregunta Miguel.

—Si os lo hubiera dicho, seguramente me habríais convencido para continuar, o puede que si hubiera decidido descansar, alguno os hubierais quedado conmigo.

—Pero esa es una decisión que teníamos que tomar nosotros. Estábamos preocupados por ti, sufrimos pensando que habías abandonado, no teníamos tu contacto para preguntarte cómo estabas... ¿por qué le hiciste caso?

—Fue muy duro conmigo —María recuerda cómo se sintió—. Me dijo que era una egoísta, que era mala persona, que era mala cristiana. Me convenció para no despedirme, me dijo que lo hiciera por vosotros.

—¿Cómo que mala persona?, ¿por tener unas ampollas e ir más despacio? ¡Eras nuestra amiga! Me hacía sentir bien ayudarte, me sentía orgulloso cuando llegabas al final de la etapa. Cada uno hacemos nuestro Camino, pero ante todo somos personas, somos amigos... —Miguel se exalta—. ¡Sabía que escondía algo! Tú te fuiste estando con él y Elsa también. Nos quedamos Mauricio y yo con Ricardo. Sacó su lado autoritario y fascista. No podía aguantarlo más y lo eché de nuestro lado. El grupo se disolvió por completo y cada uno seguimos nuestro Camino. Y, tú, ¿por qué te fuiste, Elsa? Nos dijo que estabas muy afectada por el abandono de María.

Elsa guarda silencio. Se nota que algo malo pasó. Mira una estampa del arcángel Miguel que hay en la pared, necesita de su valor. Pero ya no se va a callar más, el guardar silencio solo le ha traído dolor. Relata a sus amigos lo que ocurrió en Nájera. María llora apretando su rosario y Miguel se mueve inquieto cerrando los puños.

—¡Bastardo! ¡Ruín! ¡Cobarde! —grita Miguel—. Está claro que quería deshacerse de vosotras. María le impedía imponer su ritmo, Elsa era la única que le llevaba la contraria. Y con las dos utilizó la misma estrategia: hacer os daño. A María la hizo sentirse culpable, con Elsa lo intentó, pues al principio le recriminó no haberse quedado con ella siendo médico, pero como no

funcionó usó la agresión sexual —Miguel mira a Elsa—. Deberías haberlo denunciado, no solo por ti, este era su quinto Camino, a saber a cuántas personas ha hecho daño, a saber hasta dónde ha llegado.

—No pude hacerlo, no estaba preparada. Ahora ya es tarde. Quién sabe dónde estará...

Pero el caprichoso destino pone a cada uno en su lugar. Un hombre visiblemente cansado camina bajo las banderas y entra al porche.

—¡Ricardo! —gritan los tres a la vez.

RICARDO

La subida hasta la Cruz de Ferro le ha costado muchísimo. La enfermedad le desgasta a marchas forzadas, el descanso le sirvió de poco, no es el Camino el que le desgasta, es su vida la que se escapa cada día. Tiene que llegar a Santiago, está convencido de que el Santo le perdonará, que podrá irse en paz.

Siempre para en Manjarín. Tomás le cae simpático, ese loco que lleva 25 años sirviendo a los peregrinos, que se cree un templario. Ricardo piensa que nadie protege ya el Camino, que los sucios de corazón pueden obrar maldades sin que nadie se lo impida.

Entra en el porche expectante, *a ver qué especímenes tiene Tomás este año, este lugar tiene un imán para los locos*, piensa.

—¡Ricardo!

Miguel, María y Elsa gritan su nombre. Para en seco, las caras son de hostilidad. Si fuera solo uno de ellos lo podría manejar, engañar, manipular... ¿pero a los tres? Teme que las mujeres hayan hablado, y por su mirada cargada de resentimiento, queda claro que sí. Se da la vuelta, intenta escabullirse, pero no tiene escapatoria, se encuentra débil...

—¿Dónde vas? —dice Miguel cogiéndolo con fuerza del hombro—. ¿No te alegras de vernos?

Ricardo intenta zafarse, forcejea con Miguel pero es inútil, es más fuerte, es un soldado entrenado para matar. Miguel lo inmoviliza y le obliga a sentarse en una silla del porche.

—¿Qué pasa?, ¿que solo puedes con mujeres? —le pregunta Miguel.

—Yo no he hecho nada, siempre actué por el bien del grupo.

—Tú, ¿quién te crees que eres...? ¿Dios?, ¿el que decide lo que está bien y lo que está mal?

—¡Estoy en mi país! —lanza una mirada cargada de odio a Miguel—. Y no va a venir ningún sudaca a impartir justicia...

Miguel levanta la mano. Ricardo gira la cara, se prepara para recibir el golpe. Es lo que quiere, sacarlo de sus casillas, que se ponga a su nivel, tener algo que utilizar en su contra.

—¡No lo hagas! —grita Elsa.

Miguel baja la mano, se muerde el labio, se tranquiliza.

—Unos años atrás no hubieras salido vivo de aquí, te habría matado con mis propias manos. Pero esta vez no cargaré yo con la culpa. Vas a pagar por lo que has hecho, vamos a llamar a la policía.

Miguel mira a Elsa, ella asiente, está decidida, lo va a denunciar.

—¿Y qué me van a hacer? —Ricardo ríe a carcajadas—. ¡Solo le toqué el culo! Diré que se me insinuó, que las extranjeras vienen al Camino pidiendo guerra...

Tomás y Bart salen al porche.

—¿Qué son estos gritos?, ¿qué ocurre? —pregunta Tomás.

Elsa les cuenta lo sucedido mientras Ricardo mira impasible, es Tomás el que llama a la Guardia Civil.

Ricardo está tranquilo. Nunca le han denunciado, no tiene antecedentes y conoce a un buen abogado. Disfruta viendo a Miguel alterado, a María llorando y a Elsa avergonzada. Sigue teniendo el control, se cree invencible.

ADRIÁN

Adrián inicia la última etapa en León acompañado. Conoció a dos holandeses en el albergue de Villafranca del Bierzo, Robby y Bartolomeu. Vienen caminando desde el norte de Holanda, en tres meses han recorrido casi 3.000 kilómetros. Son jóvenes, apenas superan los veinte años y no paran de hacer bromas y decir tonterías. Al cruzar el puente sobre el río Burbia tienen que decidir si girar a la izquierda y continuar 17 kilómetros por el arcén de la carretera nacional, o seguir recto, y coger el camino que abrió Jato entre las montañas, es dos kilómetros más largo y con una considerable subida. Hay poca discusión, mejor ascender una montaña que ir por la carretera. Siguen rectos. El primer repecho es muy empinado. Adrián intenta mantener el ritmo de los holandeses, parece que le vaya a salir el corazón por la boca, *cómo sea así toda la subida me muero*, piensa. Adrián aguanta el ritmo endiablado, después de un kilómetro la cuesta se suaviza. Las vistas son inmejorables. Montañas verdes emergen entre la neblina, el sol pugna por traspasar la bruma, los castaños centenarios llenan el camino de un manto de bolitas peludas. Detrás de las montañas se encuentra Galicia, ya se siente el final del Camino. Adrián no quiere volver a su casa, enfrentarse a la vida, comenzar de nuevo. Aquí todo es muy sencillo. Todavía piensa en Elsa de vez en cuando, no le guarda rencor, no le debe nada, eran ilusiones suyas, pero cuando se truncan las ilusiones es inevitable no sentir sensación de pérdida, aunque realmente nunca hayas tenido aquello que crees perder.

—¿Vas a ir a Finisterre? —pregunta Robby.

—No lo sé. Primero quiero llegar a Santiago y según cómo me encuentre decidiré.

—Dicen que en Finisterre se ve el atardecer más bonito del mundo, es un lugar de leyendas y con mucha energía. Nosotros terminaremos allí, comenzamos en el mar de Holanada y acabaremos en el Fin del Mundo —dice Robby mirando el horizonte.

—¡Y haremos una gran fiesta para celebrarlo! —dice Bartolomeu saltando y levantando las manos.

Adrián piensa en ir a Finisterre, no se lo había planteado en serio, veía

tan lejos Santiago que como para ponerse una meta más lejana. Pero ahora se ve cerca la catedral donde termina el Camino, y se siente fuerte y animado. Son noventa kilómetros que se salvan en tres etapas. ¿Qué mejor manera de terminar su peregrinación que en el mar? Eso sí que sería llegar hasta el final, donde no puedes dar un paso más sin caer al océano.

Ya se han unido al camino original. Muchos peregrinos caminan a la orilla de la carretera. Van rápido y adelantan a la gente saludando con un ¡Buen Camino! Se notan los kilómetros que llevan los chicos holandeses a sus espaldas. Caminan a grandes zancadas, no llevan bordón y parece que no les suponga ningún esfuerzo mantener el ritmo. Adrián va mucho más rápido de lo normal, sus piernas lo están notando, le queman, y todavía le queda la subida más dura del Camino, la llegada a O Cebreiro.

Por fin abandonan la carretera. El sendero se interna en el bosque y comienza la temida subida. Se agradece la sombra, hace calor y mucha humedad. Ascienden pisando grandes piedras cubiertas por un manto de hojas secas, pero los holandeses no caminan, corren saltando de una piedra a otra. Adrián intenta seguirles. Lo hace por orgullo. Hasta juntarse con ellos tenía la sensación de encontrarse muy fuerte, pero como todo, eso es según con quién te compares. Recuerda lo que soltó en la Cruz de Ferro, no tiene que competir con nadie. Si hace los casi diez kilómetros de subida a este ritmo no va a disfrutar del maravilloso entorno, y corre el peligro de lesionarse o que mañana no se pueda ni mover. Se detiene a la orilla del Camino y se sienta a descansar. Bebe un poco de agua y come unos frutos secos mientras se maravilla con cada árbol, con los olores y colores que le regala la naturaleza. Saca la cámara e inmortaliza el techo de ramas entrelazadas donde se filtran los rayos del sol. Yendo tan rápido no había reparado en la belleza que le rodea. Decide ir más lento, disfrutando de cada kilómetro de esta etapa mítica.

Los holandeses le esperan al lado de una fuente sentados en una piedra.

—No me esperéis, llevad vuestro ritmo, a mí me gusta ir más despacio y disfrutar de la naturaleza. ¡A la velocidad que vais me viene justo para respirar! —dice riendo.

Los holandeses desaparecen de su vista mientras camina por colinas verdes y suaves. El viento mueve la hierba verde como si la acariciara con dulzura. El Irago y los montes de León quedan a su espalda, el Bierzo llega a su fin y un hito de piedra con una cruz de Santiago y los escudos de Galicia y de Lugo le da la bienvenida a Galicia, la última provincia del Camino. Se

hace un selfie luciendo una gran sonrisa. Siente que ha conseguido algo grande, ha llegado hasta aquí caminando, paso a paso, etapa a etapa. Ahora le queda disfrutar de los paisajes llenos de vida de Galicia, tierra de meigas y leyendas. Ya se ve O Cebreiro, el final de la etapa, un hito marca la distancia a Santiago: 160,363 km. Unas cinco o seis etapas, una minucia después de caminar durante tantos días.

Hoy se da un homenaje y cena un menú. Es un día de celebración. Le acompañan los holandeses, un hombre de Jaca que viene en bici y hace más de cien kilómetros al día, y tres chicas argentinas que comenzaron en León. Todos están eufóricos, contentos de estar aquí y compartir mesa con otros peregrinos. Comienza a llover con fuerza. Galicia les recibe con su seña de identidad, por eso es todo tan verde, el agua es vida.

Un perro negro y peludo se resguarda de la lluvia en el porche del bar. Parece que no tiene dueño, no lleva collar y se deja acariciar por todos los peregrinos, puede que sea de alguien del pueblo. Al salir para ir al albergue, Adrián le da unas sobras en una servilleta. El perro lo devora en un santiamén, se ve que tenía hambre. Corren al albergue bajo la lluvia. Adrián no lleva chubasquero y en los escasos cien metros que recorre, termina calado. Tendrá que colgar la ropa en la habitación con la esperanza de que se seque para mañana. Le han dicho las argentinas que esta noche llega a Galicia el huracán Leslie, llevando consigo lluvias torrenciales y vientos huracanados. *Esto se pone interesante.*

RICARDO

El calabozo del cuartel de Ponferrada es húmedo y frío. Hay grietas en las paredes, parecen arañazos asestados por una bestia. Ricardo se entretiene leyendo las inscripciones que dejaron los presos allí retenidos. Una llama su atención: “Lo hice porque podía hacerlo”. *Yo tengo la inteligencia y el poder para hacer el mal, los de mente simple bastante tienen con sobrevivir,* piensa. Se mira el dedo manchado de negro. Le han fichado, a estas alturas, a sus años, en el final de su vida.

Un guardia civil abre la celda, es un hombre grande, con bigote y rostro serio.

—¿Ya me puedo marchar?

—Todavía no. Los denunciante están prestando declaración. Pase este palito por el interior de su boca —dice entregándole un bastoncillo para obtener una muestra de ADN.

—¡Quiero llamar a mi abogado!

—¡Cuando llegue su turno! Si se niega a colaborar será utilizado en su contra y pasará más tiempo aquí.

Ricardo hace caso. Está cansado, siente que el tiempo se le escapa, si colabora le dejarán marchar. *¡Solo le he tocado el culo!* Su abogado está en Málaga y duda que pueda venir hasta mañana. No puede perder ni un minuto, teme no llegar a Santiago. *¡Es mi último Camino y unos peregrinos desechados no van a impedir que llegue!*

MIGUEL

—Has demostrado valor y vocación de protector al enfrentarte al hombre que hizo daño a unas peregrinas —dice Tomás mirándole a los ojos—. Además, te llamas Miguel, como el arcángel guerrero, de Él toman su valor los verdaderos caballeros, los que solo utilizan la espada para el buen combate, para combatir el mal.

Miguel escucha expectante a Tomás. Parece que se transforme cuando viste el traje blanco con la cruz roja, una energía brota de su interior, ya no es el anciano cansado después de 25 años recibiendo peregrinos; es el último templario, el guardián de los secretos de la Orden del Temple.

—¿Estás dispuesto a dar tu vida por los demás?

—Lo estoy.

—¿Quieres conocer y seguir la doctrina que han seguido los caballeros templarios desde que se fundó la Orden en el Templo de Salomón?

—Quiero.

—¿Juras guardar los secretos que han perdurado durante siglos y que aseguran la perpetuidad de la Orden de los Caballeros del Temple?

—Lo juro.

—Miguel, te acepto como discípulo. Si cumples con los rituales, pasas la prueba del valle del Silencio y adquieres los méritos necesarios, podrás tomar los votos, conseguir tu espada y convertirte en un caballero templario.

Miguel está preparado, es lo que estaba esperando, es un guerrero, como el arcángel de su mismo nombre. Pero esta guerra es diferente a las que ha combatido. Aquí no se invade un país, no hay intereses políticos, no hay granadas ni minas, no se mata a gente inocente. Esta es una guerra espiritual, de servicio, de protección, de buen combate.

RICARDO

Ha pasado la noche en el calabozo. Le dejaron llamar a su abogado y ya está en camino. Los guardias no le han dicho nada, su abogado le tranquilizó, no tiene porqué preocuparse, cuando llegue le dejarán marchar. Está indignado. Un hombre como él, director del banco más prestigioso de España, encarcelado por una tontería sin importancia. Se siente furioso. Piensa en buscar a la chica alemana y acabar lo que empezó, tenía que haberlo hecho, se arrepiente de haberla dejado marchar.

Tiene compañía, un ladrón de poca monta al que pillaron cuando robaba una mochila a un peregrino. Ricardo lo mira con desprecio, se siente mejor que él, no han mediado palabra. El joven se presentó, pero Ricardo lo apartó con la mano, no quiere relacionarse con esa chusma, él está a otro nivel.

Su abogado viene acompañado de un guardia. *¡Por fin! Ya ha acabado todo*, piensa. Martín, su abogado, está serio. El guardia civil le pone unas esposas.

—¿Es necesario esto? ¡Me están tratando como a un delincuente! ¡Si ha sido una tontería! —busca ayuda en su abogado—. ¡Martín, haz algo!

—La cosa se ha complicado... te van a hacer unas preguntas.

Lo dejan sentado en una sala. Una lámpara lo ilumina. Es como en las películas de crímenes sangrientos que le gusta ver, pero esta vez es el protagonista. Entran un hombre vestido de paisano, un guardia civil y su abogado. Martín se queda de pie a su lado.

—Soy el inspector Montoro —dice el hombre de unos cincuenta años, con traje gris y mirada desafiante que se sienta frente a él—. Le voy a hacer unas preguntas, espero que sea sincero al contestar, tenemos pruebas que le incriminan.

—¿Pero es necesario todo esto? ¡No creo que sea para tanto!

—Usted calle y solo conteste a lo que se le pregunte —dice tajante el inspector—. ¿Dónde estaba el día 5 de abril de 2015?

—¿Pero eso qué tiene que ver con esto?

—¡Limítese a responder!

—Responde, Ricardo —le aconseja Martín.

—Creo que haciendo el Camino, no estoy seguro...

—El registro del albergue de Astorga asegura que durmió allí esa noche.

—Sí. Puede ser...

Ricardo recuerda ese día. La sangre, la expresión de miedo, la súplica desesperada. Pensaba que eso ya se había olvidado, que como siempre, todo había salido como él quería...

—¿Usted conoció a Li Chen, una peregrina china que hacía el Camino por esas fechas?

—No sé de qué me habla...

El inspector pega un puñetazo en la mesa.

—¿Cómo que no sabe de qué le hablo? Llevo investigando este caso tres años. Teníamos el listado de todos los peregrinos que recorrían el Camino por esas fechas, todos prestaron declaración, aquí está la suya —le enseña el documento firmado por él—. Había cientos de peregrinos recorriendo el Camino esos días, no podíamos investigarlos a todos. Parecía que el móvil del asesinato era el robo. Y usted, un banquero recién jubilado, ¿qué necesidad tenía de robar a nadie?

—¿Y qué me quiere decir con eso? Sí, estaba haciendo el Camino esos días, ¿Y qué?

—Que después de ficharle y comprobar que el 5 de abril estaba cerca del lugar del crimen, le hemos tomado una muestra de ADN y coincide con la del asesino. ¡Le hemos pillado!

Ricardo guarda silencio. No tiene nada que decir. Solo piensa que no va poder llegar a Santiago.

—Queda detenido por el asesinato de Li Chen.

ADRIÁN

La noche ha sido movidita, y no por los ronquidos, pues desde que dejó de enfadarse y luchar, ya no los oye. Pero el viento se escuchaba ulular golpeando con violencia contra las ventanas y la lluvia redoblaba contra el tejado como si fuera un paso de Semana Santa. Las previsiones se han cumplido, y en la primera etapa en tierras gallegas, tendrá que caminar cruzando un huracán.

Varios peregrinos esperan en el porche. Da miedo salir y comenzar a caminar, los vientos hacen que la lluvia iluminada por una farola vaya en todas las direcciones. Adrián se arma de valor y a las ocho deja el resguardo que ofrece el porche. Va enfundado en su chubasquero, es un poncho que también cubre la mochila. Tiene que apoyarse en el bordón para que no lo desequilibre el viento. El chubasquero se hincha y se levanta, parece que lleve un parapente, que vaya a comenzar a volar. Cuando lleva diez minutos está completamente calado. Camina por el filo de la montaña sin ninguna protección contra el viento, duda de si ha sido buena idea salir, podía haberse quedado esperando a que amainara la tormenta. Está helado de frío, y después de pisar varios charcos, tiene los pies calados. Adrián intenta ver lo bueno: está en Galicia, pasa al lado de un hórreo de piedra, todo es verde a su alrededor, con troncos retorcidos, musgo y helechos gigantes. Es emocionante cruzar un huracán, luchar contra los elementos, sentir la lluvia y el viento azotar su cuerpo. Si algo se hace en el Camino es sentir. Hoy, más que nunca, se siente vivo. Ríe recordando las veces que ha cambiado los planes por la lluvia *¡si es solo agua!* En Zaragoza apenas llueve, y cuando lo hace, la gente se queda en sus casas a cubierto.

Saluda a unos coreanos que luchan con su chubasquero, que intentan sujetárselo para que cubra la mochila. Adrián hace rato que ha desistido, ya está calado, para qué perder tiempo en luchar. Llega al alto de San Roque (1.270m), un monumento grandioso al peregrino aguanta el huracán, *¿cuántas veces habrá sentido la lluvia y el viento sin quejarse?*, se pregunta. Al descender, el Camino se muestra más amable, está protegido por la montaña y hay menos viento. Una canción se repite en su mente: “Baja por diversión” del

grupo La Fuga. La canta en voz alta y le anima a continuar, está disfrutando, sintiendo el Camino a cada paso.

Para a tomar un café caliente y un pincho de tortilla en Triacastela. Muchos peregrinos se quedan aquí. Ha caminado veinte kilómetros desde O Cebreiro. Aún es la una, llueve menos y ha amainado el viento. Es demasiado pronto para parar y se siente animado, así que con las energías renovadas emprende de nuevo el Camino. Al salir del pueblo hay un cartel con un mapa, se le presentan dos opciones: girar a la derecha hacia San Xil, o a la izquierda a Samos. Duda qué hacer, no ha mirado la etapa, a Samos hay cinco kilómetros más, *si da la opción de desviarse será porque hay algo interesante que ver*, piensa. Así que gira a la izquierda. Cuando lleva caminando cinco kilómetros por la orilla de la carretera duda si ha sido buena opción. Pasa un coche y tiene que apartarse para que no lo remoje al pisar los charcos. El Camino se desvía y se interna en el bosque. Un pasillo entre castaños centenarios le protege de la lluvia, con la intensa humedad parece que esté sudando. Alcanza a un peregrino extranjero acompañado del perro negro que vio ayer en el bar, se alegra pensando que es su dueño.

—¡Buen Camino! ¿El perro es tuyo?

—No. Me lleva siguiendo un rato, creo que está perdido —el hombre lo aparta con uno de sus bastones telescópicos—. Además, no me gusta que me siga.

El perro se alegra de ver a Adrián, se le sube encima y le da lengüetazos. Va más rápido que el hombre, lo adelanta y el perro le sigue. A Adrián le gustan los perros, ha tenido varios, el último fue un labrador canela muy bueno y listo. Pero con su estilo de vida no puede tener perro, siempre de viaje y sin estar en un lugar fijo.

—¿Te has perdido? —pregunta al perro que le sonrío y se le sube encima.

Al pasar junto a un caserón, sale un mastín enorme ladrando como un poseso. Va directo a morder al perro negro, está a punto de asestarle un bocado en el cuello. Adrián reacciona instintivamente, comienza a golpear el suelo con su bordón a escasos centímetros del mastín y le grita que se vaya. El perro negro aprovecha la oportunidad y se esconde detrás de Adrián. El mastín se asusta y vuelve al caserón, girándose y ladrando de vez en cuando.

—¡De la que te has librado! —dice a su nuevo amigo.

Sigue caminando por el bosque. El perro no se separa de su lado, le ha protegido, le ha salvado de un buen mordisco. Adelantan a varios peregrinos que acarician al perro y juegan con él, pero sigue a Adrián a menos de un

metro.

Dos mastines más grandes que el anterior corren por un campo hasta quedarse parados esperándolos en el Camino. Adrián duda qué hacer, tiene que pasar por ahí, pero dos fieras de más de sesenta kilos ladran y enseñan los dientes. No se explica cómo los dueños dejan sueltos a semejantes bichos. Se acerca despacio, gritando y pegando golpetazos en el suelo con su bordón. El perro negro va pegado a Adrián con las orejas gachas y el rabo entre las piernas. Les gana terreno hasta hacerlos volver al campo y dejar el camino libre. Pasan corriendo mirando hacia atrás, los perros hacen mención de atacar, pero Adrián los espanta a varazos.

Adrián piensa qué hacer con el perro, está claro que se ha perdido. Es muy bonito, parece una mezcla de pastor belga. Es peludo, de orejas puntiagudas, y con la cola y el hocico alargados. Está bien cuidado y parece joven, no más de cinco años. *Seguro que tiene dueño*, se dice. Si le acompaña hasta Samos llamará a las autoridades para que se hagan cargo de él. No puede quedárselo, pero tampoco quiere dejarlo abandonado a su suerte, un mastín o un coche pueden acabar con su vida.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta. Y por supuesto no obtiene respuesta —. Te voy a llamar Black. ¿Te gusta?

El perro mueve la cola y parece que sonríe, así que ya tiene nombre.

Llega a Samos muy cansado, hambriento y calado. Va al albergue y no le dejan meter al perro. Le gustaría ducharse y ponerse ropa seca para efectuar las llamadas, pero se aguanta, deja la mochila en el suelo y enciende el móvil. Llama a la Guardia Civil.

—Soy peregrino y tengo un perro abandonado que me ha seguido hasta Samos. ¿Qué podemos hacer?

—Espántalo y que no te siga —contesta el agente.

—Pero habrá alguna protectora o algún lugar donde le puedan leer el microchip, está muy bien cuidado y estoy casi seguro de que tiene dueño.

—¿Para qué ha dejado que le siga? Los perros siguen a los peregrinos y se pierden, ¿sabe que le podríamos poner una multa? Está prohibido dejar que te acompañe un perro, luego pasa lo que pasa, que provocan accidentes y los tenemos que recoger con la pala.

—Ya lo vi ayer en O Cebreiro abandonado, y llegando a Samos me ha comenzado a seguir, ¿qué quiere que haga con él, que lo deje vagabundeando y lo atropelle un coche?

—Yo no te puedo ayudar, llama al 112.

Como parece que esto se alarga, Adrián saca de la mochila queso, longaniza y pan, lo comparte con Black a partes iguales. Hace caso al guardia y en el 112 le dicen que llame al ayuntamiento. Lo intenta, pero es domingo y está cerrado. La cosa se está complicando, nadie se quiere hacer cargo de Black, este le mira melancólico como si entendiera... Busca en internet alguna protectora de animales, llama a una de Orense. Un hombre le dice que no entra en su jurisdicción y le recomienda que se deshaga del perro y siga su Camino. Adrián no quiere abandonarlo, se enfurece con la pasividad de las autoridades. Tiene que encontrar un lugar para dejarlo, en el albergue no se puede quedar. Va a preguntar a la gasolinera que hay junto al albergue, un hombre mayor con el uniforme de Repsol le ofrece una cuadra para que pase la noche. Adrián se lo agradece efusivamente, ¡por fin un poco de ayuda! El gasolinero le acompaña a la cuadra. Está medio derruida y llena de trastos, pero Black estará a cubierto y protegido hasta mañana. Adrián se queda con la llave, y a las seis de la tarde, puede darse la esperada ducha.

Adrián ha cenado en un restaurante y lleva a Black su cena, ha pedido al camarero sobras, y el perro se da un festín de huesos, pan y restos de pizza. Lo saca a pasear por los alrededores, ha dejado de llover, pero una bruma les envuelve mientras recorren un parque cercano. Black no quiere entrar en la cuadra, se resiste y cuando lo intenta coger sale corriendo. Adrián está a punto de desistir.

—¡Si no quieres entrar es tu problema! —le increpa. Está cansado y quiere irse a la cama. Pero le ha cogido cariño y quiere asegurarse de que está bien, duda que pudiera dormir tranquilo si después de todo lo sucedido lo deja en la calle abandonado. Al final, consigue cogerlo en brazos y meterlo en la cuadra, el perro llora al quedarse solo y a oscuras, pero Adrián sabe que estará bien.

Salen de Samos antes del amanecer. Lluve con fuerza pero no hace viento. Black le acompaña por la acera, la carretera tiene mucho tráfico, y por dos veces, está a punto de ser atropellado. Adrián improvisa con lo que tiene. Fabrica un collar con dos bridas de plástico unidas y una correa con un cordón de zapato que ata a su cinturón. Funciona, perro y peregrino continúan juntos el Camino. A doce kilómetros se encuentra Sarria, la ciudad más grande del Camino en Galicia después de Santiago, allí espera encontrar un lugar donde le lean el microchip. Por la noche ha estado pensando que no lo va a entregar a una perrera, allí lo tendrán unos días y si no se lo lleva nadie, lo sacrificarán.

Le ha cogido cariño, es dócil y obediente. Cuando dejan la carretera y siguen por caminos de tierra lo deja suelto, se juntan con varios peregrinos pero Black no se separa, ha encontrado a un amigo que lo cuida.

—Si no tienes dueño y me sigues hasta Santiago me quedo contigo.

Adrián ve la posibilidad de adoptarlo. Tener un perro es una responsabilidad, pero ha sido Black quien lo ha elegido entre cientos de peregrinos, estuvo dudando entre ir a Samos o San Xil, si eligió ese camino será por algo. Ahora vive en Zaragoza, está solo, sin saber hacia dónde dirigir su vida y un amigo peludo y fiel puede hacerle compañía.

Al poco de entrar en Sarria se encuentra con una clínica veterinaria. Entra para ver si le pueden leer el microchip. Le atiende una chica joven muy amable. Acerca a las orejas una máquina parecida a un datáfono, el aparato emite un sonido que suena a música celestial. ¡Tiene dueño!

El perro se llama Moro. La veterinaria telefona a su dueño, este se da una alegría al encontrarlo, irá a recogerlo esta misma tarde. Moro lleva dos semanas perdido y ¡viene desde León! Ha caminado casi 200 kilómetros siguiendo a los peregrinos, si hubiera llegado a Santiago seguro que le dan la Compostela.

Adrián se despide de su amigo, feliz por haber hecho lo correcto y porque Moro vuelva con sus dueños, aunque una parte de él quería que le acompañara hasta Santiago y adoptarlo.

MIGUEL

Miguel ve en el servicio una manera de exculpar sus pecados. Muchos peregrinos llegan muy cansados después de la subida a la Cruz de Ferro y encontrar un lugar donde reponer fuerzas y protegerse de las inclemencias del tiempo, es un verdadero alivio. Algunos peregrinos atraídos por la singularidad y la belleza del lugar se quedan a hacer noche, otros salen espantados al ver la suciedad, la austeridad y la falta de confort. Muchos son los que no pueden pasar una noche sin ducharse, sin poder cargar el móvil, sin wifi, sin un bar donde emborracharse. Sacrifican vivir una experiencia diferente en un lugar mítico del Camino por las comodidades que ofrece un albergue moderno. La vida en Manjarín no dista mucho de la que llevaban los hospitaleros de la Edad Media. Cortar leña, cuidar de los animales, trabajar en el huerto, atender a los peregrinos. Y cuando llega la noche, mantener una conversación con peregrinos venidos de medio mundo, sentados al calor de una estufa oxidada y candente.

Los ánimos están caldeados, todavía está presente lo de Ricardo. La guardia civil fue a Manjarín a darles la noticia, Ricardo era un asesino. Gracias a la denuncia de Elsa lo han detenido, pagará por lo que ha hecho.

Nuria les cuenta un suceso que le ocurrió cuando recorría el Camino de la Plata, el que va a Santiago desde el sur de España.

—El Camino de la Plata no es como el Francés, las etapas son largas y solitarias. Caminaba por los campos de Extremadura. Había unos cerdos sueltos, eran enormes y me daba miedo pasar a su lado. Vi a un hombre sentado en el porche de la única casa a la vista, al verme me dijo: “no te preocupes por los cerdos, que no hacen nada”. Me preguntó si iba sola, le dije que sí. Me oteó con una mirada perversa y me dijo recalcando cada sílaba: “Estamos solos”. Me entró miedo, intenté escabullirme. Él me cogió del brazo y me dijo: “Hay unas pastillas que cuando lo haces no te quedas embarazada, me lo han dicho, así que no te tienes que preocupar”. Liberé el brazo dando un tirón y cuando emprendía la huida me dijo: “Te puedo pagar... ¡Estamos solos!” Corrí todo lo que pude, sentía miedo, pero sobre todo sentía rabia, ¿por qué las mujeres somos tan vulnerables? Era más cerdo el dueño que sus

animales.

Miguel estudia la historia de los caballeros templarios: la Orden del Temple nació en 1118. Mientras la mayor parte de la nobleza se preocupaba solo de enriquecerse a costa del trabajo servil en el sistema feudal, los Caballeros del Temple dedicaron sus vidas, sus fortunas y sus espadas a una sola causa: proteger a los peregrinos de camino a Jerusalén, encontrando un modelo de vida espiritual que los ayudase en la búsqueda de la sabiduría. La Orden se expandió hacia Europa protegiendo también a los peregrinos que realizaban el Camino de Santiago. Estos monjes guerreros, se comprometían a: voto de castidad, renuncia al lujo, ostentación y a los placeres del resto de la nobleza, como cacerías, fiestas y torneos. Estudiosos e investigadores, desarrollaron gran conocimiento en aritmética, geometría y trigonometría; aplicándolos a la banca, geografía, cartografía, astronomía y arquitectura. La Orden fue una de las primeras formas de préstamos monetarios que existieron, creando redes financieras que les enriquecieron rápidamente. Además, se les encomendó la custodia de muchos objetos sagrados para que estuvieran protegidos de incursiones enemigas, se cuenta, que custodiaban el Arca de la Alianza y otras reliquias de gran importancia. A la Iglesia no le gustaba la relevancia y el poder que en solo dos siglos de historia estaba adquiriendo la Orden del Temple. En 1307 el rey francés Felipe IV, harto de la dependencia económica que tenía hacia la Orden por la gran suma de dinero que debía, decidió acabar con ellos y apropiarse de todas sus riquezas. Se reunió con el papa Clemente V para emitir una bula papal por la cual se encomienda a los reyes cristianos de Europa, a detener a todos los caballeros templarios. Transcurrió poco tiempo hasta que la gran mayoría de caballeros fueron arrestados, torturados y quemados en la hoguera, acusados de herejía y sacrilegio entre otros motivos. En 1314, Jacques de Molay, el último Gran Maestre templario, fue arrestado, torturado durante días y quemado vivo frente a la catedral de Notre Dame, no sin antes lanzar una maldición:

¡Pagarás por la sangre de los inocentes, Felipe, rey blasfemo! ¡Y tú, Clemente, traidor a tu Iglesia! ¡Dios vengará nuestra muerte, y ambos estaréis muertos antes de un año!

En el plazo de un año, el papa Clemente V falleció. Meses más tarde lo hizo Felipe IV por un accidente de caza, y su consejero real Guillermo de Nogaret, murió envenenado.

Desde entonces, la Orden ha sobrevivido en secreto, confiando su

sabiduría a unos pocos iniciados, dispuestos a proteger con su vida el legado que dejaron los antiguos Caballeros Templarios.

—Ha llegado el momento de que te internes en el valle del Silencio y pases un día y una noche meditando en soledad. Si de verdad estás preparado, si tienes vocación de caballero, allí te será revelado. Si pertenecer a la Orden no forma parte de tu destino deberás dejar Manjarín y continuar el Camino de Santiago como un peregrino más. Bart te ayudará a prepararte, él ya ha pasado esa prueba —dice Tomás dejando al caballero y al aspirante solos en el porche.

—Bart, ¿qué te ocurrió en el valle del Silencio? —pregunta Miguel cuando desaparece Tomás.

—Es difícil de explicar. Solo te puedo recomendar que vayas con la mente abierta. Experimenté algo increíble en esa cueva, allí han sentido la llamada muchos caballeros, si la sientes lo sabrás, y si pasada la noche no has experimentado nada, es que, o no estabas preparado, o no es tu destino ser templario.

Miguel se interna en el Valle del Silencio. Enclavado en plenos bosques Aquilianos, al sur de Ponferrada, fue el lugar elegido en la Alta Edad Media por un grupo de ermitaños para instalarse en busca de paz, tranquilidad y silencio. Camina por un sendero a media ladera. Los robles centenarios son los amos de este valle olvidado, las cascadas y torrenceras son lo único que rompe el silencio. Se le hace raro no seguir las flechas amarillas que marcan el Camino, se orienta con las indicaciones que le dio Bart y con su instinto. Está algo nervioso, teme no sentir la llamada, que sus ilusiones sean infundadas y que convertirse en caballero no sea lo que la madre ayahuasca le susurró al oído, por lo que tenía que venir a España.

Una oquedad se abre entre las rocas y penetra en las entrañas de la montaña, la oscuridad es absoluta en su interior, al acercarse, tres murciélagos salen volando. Saca la antorcha que le preparó Bart, la misma que usó él para internarse en la cueva. Sigue un pasillo tallado en la roca hasta llegar a una sala redondeada. Una virgen porta varios rosarios, es parecida a la que tiene Tomás en el porche. Hay velas usadas esparcidas por el suelo, enciende unas cuantas y ve una cruz templaria pintada en la pared. Ha llegado al lugar sagrado donde encontrar respuestas, pero para ello, tiene que hacer las preguntas adecuadas. Se acomoda en el suelo y recita de memoria la invocación:

*Antiguos caballeros del Temple,
valientes guerreros,
protectores del Camino
y de sus peregrinos.
Vengo con el corazón puro,
con el alma inmaculada.
Si mi destino es servir a la Orden,
si soy digno de seguir vuestros pasos,
si estoy preparado para blandir la espada,
para luchar en el buen combate.
Os pido que seáis mis guías,
y escuchar la llamada.*

Nom nobis Domine non nobis sed Nomini Tuo da gloriam

Miguel permanece sentado en el suelo de la cueva, las velas lo iluminan, el silencio es absoluto. Cada cierto tiempo repite la invocación, no siente ni ve nada extraño. Solo escucha la vibración de su voz, el sonido de su respiración y el latir de su corazón. El tiempo se diluye, no sabe cuántas horas lleva recitando la invocación, ya se ha convertido en un mantra. No tiene sueño, ni sed, ni hambre. No ha traído ni comida ni agua, es necesario el ayuno para purificar el cuerpo y expandir la conciencia. Entra en un trance parecido a cuando tomaba la planta sagrada, puede escuchar la voz femenina en su mente, ese susurro familiar y amigo, que no es humano pero tampoco extraño.

Miguel, vas por el buen camino.

Escuchar eso le tranquiliza, se relaja y suelta las tensiones, el deseo de experimentar, de convertirse en caballero. Se deshace del “yo”, Miguel ya no existe, el personaje desaparece y solo queda la esencia, el Ser. Siente una brisa que acaricia su cara, tiene los ojos cerrados, pero puede ver a través de sus párpados cómo las velas se apagan. Nota una presencia. Es poderosa, cargada de misticismo y energía, nota cómo el pecho le quema, es un ardor que le sube desde el estómago hasta la garganta. Siente una llamada, es la llamada del amor, la llamada del caballero que lucha con el buen combate.

MAURICIO

Un hito lleno de pintadas marca el kilómetro 100, a partir de aquí, la distancia a Santiago se contará por decenas. Ya queda muy poco para finalizar la aventura. Mauricio no puede evitar emocionarse, no pensaba que iba a disfrutar tanto. Venir a recorrer media España era un suplicio, una condena que le había tocado cumplir. Lo hacía por su hermana, por no quebrantar su última voluntad. Se imaginaba un camino penoso y triste lamentándose de la muerte de Fernanda, no esperaba que fuera a disfrutar del recorrido. Desde que entró en Galicia se siente como en casa, llena de naturaleza exuberante que poco tiene que envidiar a las selvas de Panamá. Mauricio se da cuenta de que no conoce los senderos de su país, nunca le ha gustado caminar, no fue buen deportista, ni gran amante de la naturaleza, apenas sale de la ciudad y esta es la primera vez que sale de América.

En algunos albergues, bares y restaurantes por donde pasa el Camino marca la distancia a Santiago. Mauricio se da cuenta de que no coincide con la que marcan los hitos que pueblan la ruta apostados cada 500 metros.

—¿Por qué en el cartel que tienen fuera marca que quedan 90 kilómetros hasta Santiago y en el hito marca 92? —pregunta al dueño de un bar.

—Hace unos años cambiaron todos los hitos de Galicia. Volvieron a medir el recorrido y vieron que estaba mal. ¡Cambiaron toda la señalización por dos kilómetros! Yo no voy a hacer otro cartel nuevo... Además, quitaron los hitos que llevaban muchos años donde la distancia estaba tallada en la piedra, en los nuevos la pone en una placa de metal, y como habrás podido comprobar, las están arrancando casi todas para llevarse un recuerdo del Camino.

—Es verdad, faltan muchas placas con la distancia.

—En los últimos cincuenta kilómetros no queda ni una y están llenas de pintadas. ¡Ya me dirás tú para qué quieren una placa que ponga “25,368km” y qué sentido tiene estropear una insignia del Camino poniendo tu nombre con rotulador!

—Perdón —interrumpe un cliente—. ¿Tiene wifi?

—Sí. Ahí está la clave —dice señalando un cartelito.

—Quiero un café y un pincho de tortilla —dice el peregrino mientras mete la clave en su móvil.

Cuando sirve al cliente, el camarero le dice a Mauricio:

—¡La gente pide antes el wifi que la consumición! Voy a tener que dar bocadillos de wifi para comer...

Cruza el puente sobre el río Miño. Bajo sus aguas yace inundado el antiguo pueblo de Portomarín. Todo menos la grandiosa iglesia-fortaleza de San Nicolás, erigida por los monjes de la Orden de San Juan de Jerusalén, desmontada piedra a piedra para ser construida de nuevo en la ubicación del actual pueblo. La fachada de la ermita de San Pedro, la Casa del Conde y el palacio de Berbeto también fueron rescatadas.

Los peregrinos se han multiplicado por diez, las calles de Portomarín están atestadas de gente. Recorriendo los últimos cien kilómetros conceden la preciada compostela, así que son muchos los que comienzan aquí el Camino.

Cena en un restaurante compartiendo mesa con una pareja de españoles que hacen el Camino por etapas. Cuando juntan cuatro o cinco días de fiesta, vienen a recorrer unos kilómetros. Ya llevan dos años desde que empezaron en Roncesvalles.

Cuando terminan de cenar caminan bajo un manto de estrellas hacia el albergue. Los españoles están tristes, mañana regresan a casa, tienen que volver al trabajo, tendrán que conseguir de nuevo días de fiesta para poder llegar a Santiago.

—¡Otra vez de vuelta a la vida real! —se queja la mujer que es funcionaria como él.

Mauricio mira al cielo, está totalmente despejado y se puede distinguir cómo la Vía Láctea se desparrama hacia el oeste dirección a Santiago, por algo se le llama el Camino de las Estrellas.

—¿Y si esto fuera la vida real? —dice Mauricio.

Los peregrinos le miran confundidos.

—Damos por hecho que la vida real es pasar cuarenta horas a la semana sentado frente a un ordenador, cayendo en la rutina, centrado en tus problemas, evitando hablar con desconocidos, acumulando pertenencias, sin compartir lo que tienes, sin conectar con la naturaleza, sin mirar a las estrellas. —Mauricio para de caminar—. ¿Y si estuviéramos equivocados?, ¿y si la vida real es como vivimos en el Camino? Cargar con lo necesario, comer lo que hay,

disfrutar de una conversación con un desconocido, practicar el compañerismo, llevar una vida simple viviéndola día a día, asombrándote con cada descubrimiento, con una meta, con un sueño que cumplir.

Los tres peregrinos caminan en silencio. Mauricio sabe que ha dado con algo importante, una reflexión que puede cambiar su manera de afrontar la vida. Siente una energía que le recorre todo el cuerpo, es la energía del cambio. En el Camino ha descubierto una forma de vivir diferente, ¿por qué conformarse con solo llevarla durante un mes? Tenía que venir hasta el Camino de Santiago para conocer los beneficios del ejercicio físico, del contacto con la naturaleza, del regalo que es hablar con un desconocido. Vino obligado, pero ahora no se iría. Se compromete a cambiar sus hábitos sedentarios, a viajar más, a conocer mundo, a vivir.

MIGUEL

Miguel se arrodilla con los ojos cerrados y el corazón abierto. Tomás deja la espada en sus manos. Los dos llevan la cruz roja en el pecho. Miguel recibe la espada emocionado. Es pesada y fría, forjada con el acero de la tradición, empuñada por los que han sentido la llamada. Las banderas son hondeadas por el viento en Manjarín, hoy es un día especial, un nuevo caballero servirá a la Orden del Temple.

*Señor Dios todo poderoso
te rogamos de consagrar
esta espada y la mano que la sostiene.
Haz de ella luz para los que te buscan,
fuerza para los desalentados,
esperanza para los oprimidos,
misericordia para los arrepentidos,
tormento para los perversos,
justicia para los excluidos.
Señor hazme digno de mi espada,
que ella nunca sea blandida si no fuera
para luchar en el buen combate.
Que pueda ella mutilar diariamente
al demonio de mi ego para que
un día pueda degollarlo definitivamente,
y pueda ponerla a tus santos pies
como símbolo de la victoria
a la gloria de tu nombre.*

Nom nobis Domine non nobis sed Nomini Tuo da gloriam

MARÍA

María para a tomar un café en un bar. La prensa del día está sobre la mesa. La foto de la portada llama su atención, sale un peregrino con la catedral de Santiago detrás, lo conoce, ¡es Ricardo! Lee el titular: “Detenido el asesino de la peregrina china asesinada en 2015”. El café con leche se desparrama por la mesa. ¡Ha compartido medio Camino de Santiago con un asesino! Antes de salir de Manjarín, María fue a prestar declaración junto con Elsa y Miguel, acompañó a Elsa mientras relataba lo sucedido en Nájera y contó cómo la manipuló para separarse del grupo y engañar a sus compañeros. El guardia civil les dijo que Ricardo no tenía antecedentes, que poco se podía hacer más allá de ficharlo, que pasaría unas horas en el calabozo y dictarían una orden de alejamiento. Al ser la primera vez, y no haber sangre o una violación, no podían condenarlo, si reincidía ya sería otra cosa. María lee el artículo que cuenta cómo gracias a una denuncia por acoso sexual los agentes tomaron una muestra de ADN y vieron que coincidía con la del asesino. No lo puede creer. Había quedado claro que Ricardo era un manipulador y un acosador, pero... ¡un asesino! Piensa que podría haber sido Elsa la asesinada, o incluso ella. No comprende cómo puede haber personas con esa maldad. María confía en la gente, todo el mundo le parece bueno. Viene de un país donde todos los días hay asesinatos, donde la violencia y la muerte está siempre presente por culpa de las drogas, las bandas, la pobreza... pero en el Camino era todo diferente, las personas se ayudan, se acompañan, se aman. *¿Por qué habrá elegido un lugar sagrado para obrar el mal?*

María estaba muy feliz de haber llegado a Galicia, pero ahora no puede quitarse a Ricardo de la cabeza. Le quedan solo tres etapas para llegar a Santiago, el final de su peregrinación está cerca y no quiere que una mala persona se lo estropee.

Es mi momento.

María se hospeda en un albergue que le han recomendado, se llama “La Fuente del Peregrino”, lo lleva una comunidad religiosa desde que un

americano muy cristiano y amante del Camino lo inauguró. Solo aloja a doce personas y hay ocho hospitaleros voluntarios, así que el buen trato está asegurado. Funciona por donativo y dan de cenar y desayunar.

Al llegar la noche, Victoria, una hospitalera británica propone un juego. Extiende un montón de tarjetas en la mesa con diferentes fotografías, hace una pregunta a los peregrinos y tienen que coger una foto que refleje lo que sienten y lo tienen que compartir con los demás. Victoria hace la primera pregunta:

—¿Cómo te sentías antes de comenzar el Camino?

María rebusca entre las fotos y encuentra una que refleja a la perfección lo que sentía estando en Brasil. En la tarjeta hay una familia, la madre rodea a sus hijos con los brazos y el padre abraza a todos por detrás.

—Esta foto refleja para mí la importancia de la familia, la protección y el amor hacia los tuyos —dice cuando llega su turno—. Antes de comenzar el Camino estaba entregada a mi marido y mis hijos, vivía por y para ellos, no pensaba en mí. ¡Esta es la primera vez que salgo de casa sin ellos! Y aunque los he echado mucho de menos, está siendo una experiencia maravillosa.

Los peregrinos asienten. La mayoría de ellos han elegido una tarjeta que reflejaba estrés, dudas y oscuridad.

—Segunda pregunta —dice Victoria—. ¿Qué has aprendido en el Camino?

María duda qué tarjeta coger, ¡ha aprendido tantas cosas! Es difícil reflejarlo en una imagen. Ha afianzado su fe, su creencia en Dios y su devoción a los santos. Aprieta con la mano su inseparable rosario, pero lo suelta, cree que en este juego tiene que centrarse en ella, en algo que haya generado un cambio en su persona. Elige una foto de una mujer caminando hacia el horizonte con el sol saliendo entre las montañas.

—En este Camino he aprendido a mirar por mí, a no estar tan pendiente de los demás, a darme cuenta de que no soy imprescindible. Este tiempo separada de mi marido y mis hijos me ha hecho reflexionar... Merezco disfrutar de la soledad, de la naturaleza, conocer gente nueva, maravillarme con las iglesias y monumentos, aprovechar este viaje único y espiritual, experimentar esa conexión con todo lo que me rodea, tener la oportunidad de ser yo misma.

—Y para terminar —dice Victoria—. ¿Qué esperas después del Camino?

María lo tiene claro, coge una fotografía de una familia que camina por una pradera repleta de margaritas, cada uno a su ritmo, juntos pero independientes.

—Estar separada de mi familia me ha mostrado lo mucho que los quiero, lo afortunada que soy. Quiero caminar con ellos, pero siendo más libre, sin preocuparme tanto. Caminando unidos, pero que cada uno viva su propia vida. También quiero hacer deporte, cuidar mi cuerpo, viajar más, conocer otros países, regresar al Camino con mi marido cuando se jubile.

El juego ha sido emocionante. Los peregrinos de diferentes países han abierto su corazón y han compartido lo que buscaban, lo que han aprendido y lo que esperan después del Camino. Tres de ellos lo habían dejado todo, han roto con su pasado y esperan que recorrer el Camino de Santiago sea el comienzo de una nueva vida.

MAURICIO

Mauricio pone un pie en la Plaza del Obradoiro cuando las gaitas comienzan a sonar con ritmo de triunfo. Ha llegado a la meta, ha concluido el Camino, 800 kilómetros recorriendo media España, un millón de pasos para llegar a esta plaza; atrás quedan los Pirineos, la Tierra de Campos, el Bierzo o los bosques de Galicia. Ha llegado solo, bueno solo no, con Fernanda. Salió de Arca con el crucifijo de plata en la mano, en silencio, recordando los buenos momentos que pasó con su hermana: los juegos de infancia, las fiestas de la adolescencia, cuando se casó con Diego, los nacimientos de sus hijos, el día que inauguró la academia, el momento de su muerte...

Camina hasta el centro de la plaza. Está llena de peregrinos y turistas, pero él no ve a nadie, solo escucha las gaitas y el latir frenético de su corazón. Se gira hacia la Catedral y se emociona al ver sus esbeltas torres, sus cristaleras y las estatuas del apóstol Santiago y sus discípulos Atanasio y Teodoro. Cae de rodillas y se desmorona. ¡Ha llegado! ¡Lo ha conseguido! Va a poder cumplir la última voluntad de su hermana. Cuando se levanta, un peregrino lo abraza, también está emocionado. No lo conoce, los dos lloran. Mauricio no sabe porqué ese hombre ha hecho el Camino, ¿pero acaso eso importa?

Entra en la Catedral por el Pórtico de la Gloria. Pasa por la capilla mayor donde Santiago está rodeado de plata y pedrería. Va directo al sepulcro donde descansan sus restos, primero por detrás de la escultura del Santo, donde toca su espalda y le agradece haber recorrido el Camino sin incidentes, sin problemas físicos, por las personas maravillosas que ha conocido, por este viaje inolvidable que llega a su fin.

Sigue la hilera de personas que lo preceden hasta una valla que custodia un cofre de plata con piedras preciosas. Allí se guardan los restos de Santiago el Mayor. Mauricio se arrodilla. Lleva el crucifijo de Fernanda en la mano, lo besa y lo aprieta con fuerza.

Fernanda ha recorrido el Camino que lleva tu nombre, lo ha hecho a mi lado, cada kilómetro, cada paso, cada extenuante subida, cada vertiginosa bajada. Si recorrer el Camino de las Estrellas tiene algún beneficio,

concédeselo a ella, allí donde esté protégela y cuidala.

Mauricio busca un lugar donde dejar el crucifijo, y lo encuentra en la valla que protege la estatua del apóstol Santiago en la capilla mayor. Anuda la cadena de plata en uno de sus barrotes y lo besa por última vez.

Gracias Fernanda por acompañarme hasta aquí. Vine obligado, escéptico, enfadado por tu muerte. Este Camino me ha cambiado la vida, muchos dicen que es iniciático y estoy seguro de que es el comienzo de algo, de algo bueno. Y todo es gracias a ti. Descansa en paz hermana, se ha cumplido tu última voluntad.

MARÍA

María no ha dejado de llorar desde que divisó por primera vez las torres de la catedral en Monte do Gozo. Hubo momentos en que quiso abandonar, que dudaba que pudiera llegar a Santiago. Pero ha llegado. La catedral se presenta frente a ella, más grandiosa y hermosa de lo que imaginaba en sus sueños. Aquí mora el apóstol Santiago el Mayor, uno de los tres discípulos más cercanos a Jesucristo. Tras la muerte de Cristo, y después de ser testigo de su aparición ya resucitado a orillas del lago de Tiberíades. Santiago, formó parte del grupo inicial de la Iglesia primitiva de Jerusalén, y en su labor evangelizadora, se le adjudicó el territorio peninsular español, y algunas teorías apuntan que llegó hasta Galicia. Regresó a Jerusalén a acompañar a la Virgen en su lecho de muerte, allí fue apresado, torturado y decapitado por Herodes. Siete de sus discípulos trasladaron los restos del Apóstol en una barca hasta Galicia, y allí los enterraron. Y no fue hasta ocho siglos más tarde, en el año 813, cuando un ermitaño llamado Paio, alertó al obispo Teodomiro, de la extraña y potente luminosidad de una estrella que observó en el monte Libredón. Bajo la maleza, al pie de un roble, se encontró un altar con tres monumentos funerarios. Uno de ellos guardaba en su interior un cuerpo degollado con la cabeza bajo el brazo. A su lado, un letrero rezaba: “Aquí yace Santiago, hijo de Zebedeo y de Salomé”. El religioso, por revelación divina, atribuyó los restos óseos a Santiago, e informó del descubrimiento al rey Alfonso II el Casto, que, tras visitar el lugar, nombró al Apóstol patrón del reino y mandó construir una iglesia en su honor. Pronto se extendió por toda Europa la existencia del sepulcro y se comenzó la peregrinación a Santiago de Compostela.

María va a poder visitar el sepulcro, entregarle sus peticiones al Apóstol, rezar en el mismo lugar donde lo hicieran tantos papas, místicos y santos que peregrinaron hasta aquí.

—¡María! ¡Has llegado a Santiago! —le saluda uno de los peregrinos brasileños con los que compartió unas etapas hasta Manjarín. Se funden en un caluroso abrazo.

—No puedo expresar lo feliz que me siento —dice María—. ¿Cuándo

habéis llegado?

—Llegamos ayer, pero hoy sacan el botafumeiro y nos quedamos para verlo, mañana cogemos el avión.

—¡Qué suerte que lo vaya a ver! —dice María emocionada—. ¡Creo que mañana volaremos juntos a casa!

—Ve a dejar tu mochila y entra para coger sitio, va a empezar la misa.

Desde hace unos años no dejan entrar en la catedral con mochila, la guardan en la consigna de la oficina de Correos que hay cerca de la plaza. María deja la suya y se aproxima a la entrada de la Catedral. La emoción la embarga cuando cruza el Pórtico de la Gloria, se maravilla con la belleza de todo cuanto mira, en cada rincón se exhibe la grandeza del lugar y queda constatada la importancia que tiene Santiago para la cristiandad, solo comparable con el Vaticano o Tierra Santa. Los bancos de madera que rodean el retablo donde se encuentra la estatua de Santiago están ocupados, se queda de pie en un lateral. Arde de deseo por llevar sus peticiones al Santo, pero prefiere esperar y dejarlo para el final, cuando termine la misa y la mayoría de peregrinos abandonen la catedral.

Un obispo oficia la misa acompañado de un séquito de diez curas, cuatro monaguillos y cuatro monjas. Todos visten de rojo y blanco, con sotanas impolutas dignas para la ocasión. La misa transcurre acompañada de cánticos religiosos mientras suena la potente melodía del órgano. Es una fiesta, hay mucho que celebrar, el final de un Camino, el comienzo de una nueva vida. El obispo nombra los lugares de dónde vienen los peregrinos, hoy han llegado 1.007 peregrinos a Santiago. Llega el momento más esperado, un cura enciende el botafumeiro, el incensario bañado en plata que desprende humo blanco y llena de aroma a incienso el interior de la catedral. Se dice que lo usaban para mitigar el olor insoportable que traían los peregrinos después de una larga y penosa peregrinación. Ahora, con duchas en cada albergue, colonias y desodorantes ya no existe ese problema y el botafumeiro se ha convertido en un emblema del Camino, su seña de identidad. El botafumeiro recorre a gran velocidad la catedral impulsado por los empujones que le propinan los monaguillos. Es un espectáculo. Los peregrinos lo siguen con la mirada emocionados, algunos lloran y rezan de rodillas, mientras los turistas hacen fotos y vídeos, para ellos es solo una atracción. No lo prenden todos los días, solo los viernes en la misa de tarde y en doce fechas señaladas. O también, cuando alguien paga los 300 euros que vale sacarlo. La Iglesia vende sus ritos por un módico precio.

Llegó el momento tan esperado por María, el final de su peregrinación, visitar el sepulcro del Apóstol. Espera paciente su turno, ha aprendido que cada cosa llega a su debido momento. Se arrodilla frente el altar de mármol donde reposa la urna de plata cincelada de estilo románico con la imagen central de Maiestas Domini y los Apóstoles a ambos lados. Le presenta las peticiones de sus vecinos, familiares y amigos. Para ella no pide nada, solo puede dar gracias:

Gracias por las personas maravillosas que he conocido, gracias por los paisajes que han llenado de júbilo mi corazón, gracias por los lugares sagrados que han colmado de espiritualidad mi alma, gracias por haber tenido la oportunidad de conocerme a mí misma y de creer que podía lograrlo, gracias por encontrarme en paz con el resto del mundo y con Dios.

ADRIÁN

Adrián piensa qué hacer con el bordón cuando termine el Camino, traerlo de vuelta será un problema, no cree que le dejen meterlo en el tren, piensa en regalárselo a alguien o abandonarlo en Finisterre. A los pocos minutos adelanta a una chica que camina cojeando, lleva una escayola en el pie, le han puesto un tacón de goma para que lo pueda apoyar, no lleva ni muleta ni bastón.

—¿Qué te ha pasado?

—Me rompí el pie hace dos días, pero después de recorrer 800 kilómetros nada va a impedir que llegue a Santiago.

—Toma —dice Adrián ofreciéndole su bordón—. Es un regalo, te vendrá bien para ayudarte a caminar.

La chica lo acepta. Es una valiente, caminar tres etapas con el pie roto no poca cosa. Adrián se da cuenta de que hace unos minutos pensaba qué hacer con el bordón y justo aparece una persona que lo necesita más que él. Recuerda cuando pidió una vieira y apareció una en el suelo, cuando pidió encontrar a Elsa y la encontró. *¡Al final va a tener magia el Camino!*

Dos peregrinos de bronce con bordón en mano levantan el brazo mirando a Santiago. ¡Ya se divisan las torres de la catedral! Santiago está a un tiro de vieira, apenas a una hora caminando. Se encuentra en Monte do Gozo, el lugar donde los antiguos peregrinos gritaban: “*¡Ultreia, ultreia!*”, cuando veían la catedral, antes de lanzarse colina abajo hacia Santiago. Adrián va a pasar aquí la noche, hoy ha caminado 38 kilómetros. Un peregrino de Bilbao le recomendó que llegara a la catedral con las primeras luces, cuando todavía se puede disfrutar de la llegada a Santiago sin el aluvión de peregrinos y turistas que cada día la visitan.

Adrián se sienta en una piedra y mira hacia la catedral, mientras los últimos rayos de sol iluminan las torres. La mayoría de peregrinos terminan en Santiago su Camino, a él le faltarán tres etapas para llegar al fin del mundo.

Sale cuando aún es de noche. Va muy ligero, en parte porque la mayoría

del trayecto es cuesta abajo, pero sobre todo porque en cuatro kilómetros llegará a la catedral. La ciudad de Santiago se despierta. Los locales se dirigen a sus trabajos ajenos a la ilusión que sienten los peregrinos, ellos no tienen que peregrinar a ningún lado, ya viven aquí. Adrián se pregunta cómo será nacer en Santiago y ver que millones de personas hacen un paréntesis en sus vidas para llegar hasta donde ellos viven, si pensarán que los peregrinos están locos o si entenderán los motivos que te hacen caminar durante treinta días para llegar a un lugar donde hay aeropuerto. Adrián no es religioso, le da lo mismo que el Camino lleve a los restos de un santo, por él podría terminar en cualquier otro lugar y no cambiaría nada, por eso quiere continuar hasta el mar.

Desde la plaza de San Pedro se ve una de las torres de la catedral, ya está muy cerca, apenas unos cientos de metros. Aprieta el paso. Adelanta a unos peregrinos emocionados que lloran al ver la torre. Cruza la plaza de las Platerías, y por fin, entra en la plaza del Obradoiro donde decenas de peregrinos madrugadores lloran y se abrazan mirando a la catedral. Adrián camina hasta el centro de la plaza y se gira hacia la majestuosidad barroca donde descansa el apóstol Santiago. A Adrián le parece poca cosa después de ver las catedrales de Burgos y León. Estuvo hace años visitando Santiago como turista, entonces la humedad y el paso del tiempo cubrían de un color negruzco la fachada, ahora, con la reciente limpieza, luce un aspecto immaculado. Mira a su alrededor. Todos los peregrinos lloran, se postran de rodillas, rezan y gritan emocionados. A él le gustaría emocionarse, pero se queda frío. Será porque ya conocía la catedral, por ser tan temprano, por estar solo, o porque su Camino termina en Finisterre, pero no cae ni una lágrima por su mejilla. A lo mejor si hubiera llegado con Elsa sería diferente. Se ha prohibido pensar en ella, así que sin más dilación va a recoger la compostela. La cola para entrar al edificio llega hasta la calle, *¡si aún son las nueve de la mañana!* Después de esperar una hora le dan el documento que le acredita como auténtico peregrino, dice así:

El Cabildo de la Santa Apostólica Metropolitana Catedral de Santiago de Compostela cita en la región occidental de Las Españas, a todos los que vieren esta carta de certificación de visita, hacer saber que:

Adrián Gómez Castillo

ha visitado la Basílica donde tiempo inmemorial los cristianos veneran el cuerpo del Beato Apóstol Santiago.

Con tal ocasión, el Cabildo llevado del deber de caridad, al tiempo que con gozo, le dan al peregrino el saludo del Señor y piden “por intercesión del Apóstol” que el Padre se digne a concederle las riquezas espirituales de la peregrinación, así como los bienes materiales. Bendígalo Santiago y sea bendito.

Dada en Compostela, Meta del Camino de Santiago, el día 19 de octubre del año 2018.

Después de realizar 867 km desde Somport donde comenzó el día 17 de Septiembre del 2018 por la ruta del Camino Aragonés y Francés.

Cuando vuelve a la plaza del Obradoiro ya son cientos los peregrinos y turistas que la abarrotan.

—¡Adrián!

Son los peregrinos holandeses que vinieron caminando desde su país. Se dan un caluroso abrazo.

—¿Vais para Finisterre?

—Nos quedamos un par de días en Santiago.

—Yo voy a hacer hoy la primera etapa, todavía es pronto —dice Adrián.

—¿Ya has entrado a la catedral?

—No, ni voy a hacerlo. Mi Camino termina en Finisterre.

Adrián no ha visitado los restos del Apóstol. Se separa de la vorágine de la catedral a grandes zancadas. Un hito marca de nuevo la ruta: “89,589km a Fisterre”. Santiago quedó atrás, tiene un nuevo destino.

ELSA

Nuria ha continuado su Camino. Elsa, Miguel, Bart y Tomás siguen en Manjarín. El viejo pasa el día escuchando la radio, podría estar aislado del mundo, pero le gusta enterarse de las noticias. Es bueno con ellos, después de cenar les cuenta historias de templarios y de peregrinos, podría escribir un libro con todo lo que ha visto y ha vivido tantos años dedicado al Camino.

Elsa se ha adaptado a su nueva vida. Le gusta recibir a los peregrinos, cocinar, trabajar en el huerto, cuidar a los animales, y sobre todo, pasar tiempo con Bart. Pasean por las inmediaciones del albergue conversando, diciendo tonterías, recordando viejos tiempos. Manjarín es un lugar maravilloso, rodeado de naturaleza, donde todavía hay lobos. Alguna noche los escucha aullar, ella también mira la luna, es mejor que ver la televisión. No hecha de menos las comodidades de la ciudad. Aquí lo tiene todo. Elsa está aprendiendo a mirar hacia delante, quiere olvidar el pasado, merece ser feliz.

Bart la espera en la habitación. Han dormido juntos cada noche, abrazados, sintiendo su calor. Él la ha respetado, necesita tiempo, hay mucho dolor acumulado, demasiadas malas experiencias. Se miran en silencio tumbados en la cama, una vela los ilumina, les brillan los ojos. Bart le acaricia la cara, su mano es suave. Elsa le masajea el cuello, es fuerte, puede sentir los músculos tensarse cuando lo atrae hacia ella. Acerca los labios, aún recuerda cómo sabían, eso no ha cambiado. Se besan, se acarician, se aman. La ropa cae al suelo, la piel se eriza al rozar sus cuerpos. El deseo se apodera de ellos, se funden en un jadeo, constante, sonoro, placentero. Llega el éxtasis, el orgasmo, el silencio.

—Te amo —dice Bart en un susurro.

El Camino que al principio la hizo sufrir le ha devuelto el amor, la ilusión por vivir. Elsa abraza al caballero templario.

—Te amo.

RICARDO

La vida se le escapa en cada suspiro. Intenta aguantar la respiración, retrasar el momento, tiene miedo; pero es inútil, hay cosas que no se pueden aplazar. Lleva doce días encerrado. En la prisión no ha podido imponer su ley. Está débil, es viejo, se está muriendo. Sabe que ha llegado su hora. No llegó a Santiago, no pudo expiar sus pecados, y ahora, la muerte se presenta incierta, imagina la calavera portando una guadaña. Ha sido un crápula, un ruin, un miserable. Disfrutaba haciendo daño, le hacía sentir poderoso. Le han despojado de todo lo que le importaba. Viste un uniforme de preso, pesa cinco kilos menos, y está solo, muy solo. Nadie ha venido a visitarle salvo su abogado. Espera el juicio, pero sabe que no pasará de esta noche, que no volverá a ver salir el sol... Es el recuerdo más grato que tiene del Camino: los amaneceres. Cada día uno distinto, siempre lo mismo, pero tan diferente... Aquí todos los días han sido iguales, una copia repetida doce veces. Daría todo lo que tiene por ver otro amanecer mientras camina subiendo una montaña, con los bosques a sus pies, con un horizonte inabarcable, sin preocupaciones, solo siguiendo las flechas amarillas, las que marcan el Camino, donde hizo lo mejor y lo peor de su vida. Han salido a la luz más casos, como cuando golpeó a esa peregrina australiana, o cuando tiró al río a aquel hombre francés, o cuando abusó de esa joven coreana. Lo llaman “el Monstruo del Camino”. No puede evitar que le guste un poco, peor hubiera sido que le llamaran “el Ruin” o “el Cobarde”, “Monstruo” está mejor, es más varonil, parece de novela. Intenta arrepentirse, de verdad que quiere hacerlo, pero no puede. Ha disfrutado con cada abuso, con cada golpe, cuando recuerda la mirada de miedo de sus víctimas no puede evitar excitarse, si no estuviera tan enfermo tendría una erección, pero ya no le funciona, le viene justo para respirar. Su abogado ha pedido que lo saquen y lo ingresen en un hospital, pero su caso está en todos los medios de comunicación y las autoridades tienen miedo de la repercusión social. Se encuentra en fase terminal, aquí le dispensan medicinas y le visita el médico. Va a morir en la cárcel y puede decir que ha tenido suerte, *¿qué son doce días para pagar por lo que he hecho?* Pero a Ricardo poco le importa morir en una celda o en un

hospital. Sabe que morirá solo. Lo único que le inquieta, en lo único que piensa, es en qué habrá al otro lado. Le gusta infligir dolor, no sufrirlo. Y tiene miedo, mucho miedo. Puede ver la luna, con los barrotes parece que esté en una parrilla. *¿Existirá el infierno?, ¿será como lo describe la Iglesia?* Nunca le ha gustado el calor, siempre ha sido más de invierno. *¿Allí será siempre verano?* Una tos le corta los pensamientos. Va a coger el vaso de agua pero se le resbala, el agua se derrama por el suelo. Es el fin. Le falta el aire. Se ahoga. Se muere. Toda su vida pasa en un instante ante él, por primera vez puede sentir el dolor que ha causado. *¿Y si toda mi vida fuera un error?*

ADRIÁN

Estos últimos tres días caminando hacia Finisterre se ha notado cansado. Le ha costado terminar las etapas, sus piernas acumulan casi mil kilómetros caminando, y al ver cercana la meta, piden el merecido descanso. Ha decidido tomarse la etapa con calma y disfrutar de sus últimos pasos. Hace un día espléndido, caluroso para esta época del año. Ascende por un bosque hasta un mirador, y... ¡ahí está el océano Atlántico! Con sus aguas azules, iluminado por el sol, mecido por las olas. Saca la cámara y fotografía la abrupta costa bañada por el mar. Continúa por pueblos de pescadores hasta llegar a la playa de Langosteira, una lengua de arena blanca que da entrada al pueblo de Finisterre. No puede resistirse. Se acerca a la orilla, se despoja de la ropa y se lanza al mar. El agua fría purifica, sale renovado y se seca al sol. Cuando se viste, un anciano de cara arrugada se le acerca, lleva gorra de marinero y da caladas a una pipa de madera negra.

—¿Desde dónde vienes? —le pregunta con marcado acento gallego.

—Desde Somport, en los Pirineos aragoneses.

—Vienes desde muy lejos —el hombre tose pero pega otra pipada—. ¿Ya fuiste a visitar los restos de Santiago?

—Pasé de largo, mi Camino termina en Finisterre.

—¿Es que conoces la verdad? —se asombra el hombre.

—No se a qué se refiere...

—¡El Camino de Santiago es el mayor fraude de la historia!

—¿Cómo?

—Mucho antes de que Jesús naciera en Palestina, los peregrinos ya seguían la Vía Láctea, el Camino de las Estrellas, hacia el punto conocido como *Finisterrae*, el “Fin de la Tierra”.

—¿Así que antes de que encontraran los restos de Santiago ya se hacía esta peregrinación?

—Los restos que encontraron no eran los del Apóstol. Santiago era para unos el hermano del Salvador, y, para unos pocos iniciados, el hereje Prisciliano, llamado indistintamente Santiago, Jacobo, Jacques, Jakob o Iacobus. En el cuarto siglo de nuestra era, Prisciliano, discípulo del anacoreta

egipcio Marcos de Menphis y *episcopus de Gallaecia*, había sido el instaurador de una doctrina cristiana que la Iglesia de Roma condenó inmediatamente por herética. En poco tiempo, sus seguidores se contaban por miles y su hermosa herejía basada en la igualdad, la libertad y el respeto, así como en la conservación de los conocimientos y ritos antiguos, se extendió por toda la península hispana, e incluso fuera de sus fronteras. El ingenuo Prisciliano, que acudió confiadamente a Roma para pedir comprensión al papa Dámaso, fue torturado y condenado por los jueces eclesiásticos que le juzgaron en Tréveris, y, finalmente, decapitado sin misericordia. Sin embargo sus seguidores, lejos de dejarse atemorizar por las amenazas de la Iglesia de Roma, recuperaron el cuerpo descabezado de Prisciliano devolviéndolo a las Hispanias, y su herejía siguió propagándose por todas partes. Muy pronto, la tumba del mártir hereje, que había sido un hombre bueno, se convirtió en lugar de masivas peregrinaciones y, como ni los siglos ni los enormes esfuerzos derrochados por la Iglesia consiguieron terminar con esta costumbre, el largo brazo eclesiástico hizo de nuevo aquello que tan magníficamente había demostrado saber hacer: del mismo modo que inventaba santos inexistentes, transformaba las celebraciones de los antiguos dioses de la humanidad en fiestas cristianas o maquillaba la vida de personajes populares, para ajustarlas a los cánones romanos de la santidad, aprovechando el transitorio olvido en el que había quedado el sepulcro de Prisciliano por la confusión, la muerte y terror que supuso para la península la invasión árabe del siglo octavo, transformó el sepulcro de Prisciliano en el sepulcro del Apóstol Santiago el Mayor, dotándole de una hermosa leyenda cargada de milagros que justificaran lo imposible, pues ni Santiago el Mayor había venido nunca a España, como se demostraba en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles, ni su cuerpo, curiosamente también decapitado, había regresado a ella desde Jerusalén en una barca de piedra empujada por el viento.

Adrián entra en Finisterre pensando en lo que le ha contado el anciano, ¿puede ser posible que millones de peregrinos hayan sido engañados durante siglos, que peregrinen hasta Santiago para llevar sus peticiones a un hereje llamado Prisciliano? A él poco le importa que sea Santiago o Prisciliano, el Camino le ha dado mucho. Para Adrián el Camino es la gente que lo recorre, no las iglesias ni los santos. Esta peregrinación le ha llevado a recorrer media España, a conocer los lugares al ritmo que han marcado sus pasos, a compartir momentos buenos y malos con peregrinos de medio mundo, a sentir las

inclemencias del tiempo en su cara, a desperezarse cada mañana con un nuevo amanecer, a tener tiempo para conocerse y perdonarse, ha aprendido a aceptar las cosas como vienen y no resistirse, ha vuelto a disfrutar de la fotografía, a reencontrarse con su pasión.

Deja atrás Finisterre y sigue el sendero que se dirige hacia el cabo. Son sus últimos dos kilómetros, no siente cansancio, está eufórico, esto se acaba, llega el final. Divisa el faro a lo lejos, el que guía a los marineros que se atreven a navegar estas aguas traicioneras. Un hito anuncia: “km 0,000” ¡Está en el Fin del Mundo! Último reducto habitado por el hombre antes del gran reino de Atlas, del gran océano a partir del cual no hay más que un vacío infinito, el lugar donde, según la historia, las legiones romanas de Décimo Junio Bruto se aterrorizaron al observar cómo el *Mare Tenebrosum* engullía el sol y lo hacía desaparecer.

Adrián se acerca al acantilado, las olas chocan con violencia contra las rocas, una cruz de piedra se erige mirando al océano, se quita las zapatillas desgastadas, las que le trajeron sus amigos a Nájera y le han acompañado hasta el Fin del Mundo. Ata los cordones y las deja colgadas en la cruz de piedra, ya no las necesitará más, ha terminado su Camino. Se calza las chancletas y busca un lugar apartado para disfrutar del atardecer. Se acomoda en unas rocas y apoya la espalda en la mochila. Cierra los ojos y agudiza los sentidos, siente la brisa acariciando su cara, escucha el romper de las olas y el latir de su corazón. Se siente feliz, realizado, está en paz.

El cielo se tiñe de rosa y violeta mientras el sol agoniza antes de ser engullido por las aguas azules, el mar se traga la gran bola de fuego a pequeños sorbos. Adrián presencia el espectáculo en silencio, no saca la cámara, este momento es para vivirlo. Cuando el sol desaparezca habrá terminado la aventura, su andadura recorriendo más de un millón de pasos por el Camino de las Estrellas, pero lo importante es dónde pisas y cómo pisas, no los pasos que das.

Ahora comienza el verdadero Camino.

EPÍLOGO

Mauricio dejó su puesto de funcionario cuando regresó del Camino y fundó una empresa llamada: “Caminando hacia las estrellas”. Ahora se dedica a guiar a turistas por los senderos de Panamá.

María regresó con su familia. Sigue caminando cada día, le recuerda el Camino, le hace sentir viva, pero ahora camina 13 kilómetros, uno por cada apóstol y uno por ella. Está preparando regresar a España con su marido para recorrer el Camino del norte.

Miguel sigue en Manjarín con Tomás. Recibe a los peregrinos vestido de templario, les sirve con amor y los protege, siempre con el buen combate.

Ricardo fue enterrado en el cementerio de Málaga. Nadie acudió a su entierro, y su tumba, ni recibe visitas, ni está adornada con flores.

Elsa y Bart se fueron de Manjarín y compraron un terreno por donde pasa el Camino en el Bierzo. Están construyendo una casa de madera con sus propias manos para convertirla en un albergue de peregrinos.

Adrián recopiló todas las fotos del Camino y preparó un reportaje que publicó la revista “Viajar”. Ahora se encuentra en Nepal preparando un número especial con los mejores trekking del Himalaya.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi familia y amigos por vuestro apoyo incondicional.

Gracias a Vanesa López y Alba Galán por vuestra ayuda en la elaboración y corrección del libro.

Gracias a Tania por inspirarme para el personaje de Elsa, una peregrina alemana que viene a España para cambiar de vida.

Gracias a Juan por tus conversaciones y enseñanzas, por relatarme tus historias en Manjarín como caballero templario, por el ritual en Somport con la moneda de plata, la vieira y la piedra del Himalaya.

Gracias a los componentes del grupo del Camino aragonés: Marya, David, Carmen, Pedro, Bea, Dani, Stefan, Mati, Tomás, Jim y Jerry. Aunque luego me junté con varios grupos, no fue lo mismo...

Gracias a Vanesa por acompañarme a recorrer de Roncesvalles a Estella en Año Nuevo.

Gracias a Araceli y Antonio, los hospitaleros voluntarios de Arrés, por vuestra alegría y hospitalidad.

Gracias a Óscar, militar americano retirado que me contó su experiencia con la ayahuasca y cómo sacó a una familia de la guerra.

Gracias a Omar, peregrino panameño que me contó que llevaba a Santiago un crucifijo de su hermana fallecida de cáncer.

Gracias a la peregrina brasileña que hacía cada etapa con su inseparable rosario en la mano y me sirvió de inspiración para el personaje de María.

Gracias a Michele, peregrino fotógrafo que su sueño era trabajar con National Geographic, por inspirarme para el personaje de Adrián.

Gracias al peregrino banquero jubilado (omito el nombre) que manipulaba a su grupo y que me sirvió de inspiración para el personaje de Ricardo.

Gracias a la peregrina (omito su nombre) que compartió conmigo cuando un peregrino mayor le tocó el culo y eso le recordó a los abusos de su infancia infringidos por su abuelo.

Gracias a Paquita por tu historia del anillo regalado, perdido y vuelto a encontrar milagrosamente por ti.

Gracias a mis amigos feriantes que trajeron mis zapatillas a Nájera y

pude continuar el Camino sin dolores.

Gracias a las médicas de Frómista, que pese a la reticencia inicial, os hicisteis cargo del Coreano que se cayó de la litera.

Gracias a Carmen, la hospitalera de Frómista, por el buen trato y contarme la historia de la peregrina y el canario.

Gracias a Laudelino, el hospitalero de Reliegos, por compartir historias del Camino.

Gracias a Eva por contarme en Manjarín tu historia del hombre que era más cerdo que sus animales.

Gracias a Tomás, último templario, por seguir acogiendo a peregrinos en Manjarín y dando ese toque único al Camino.

Gracias a Blas, hospitalero en el albergue Ave Fénix en Villafranca del Bierzo, por tu buen rollo y la paella tan rica.

Gracias a Robby y Bartolomeu, peregrinos que veníais de Holanda caminando, por vuestro buen rollo y buen humor.

Gracias a Moro, el perro que me acompañó durante dos etapas y que estuvo a punto de conseguir la compostela.

Gracias a la veterinaria de Sarria que me ayudó a encontrar los dueños de Moro.

Gracias a Denise Thiem, peregrina china asesinada en el Camino en 2015. Descansa en paz.

Gracias a Raquel, Joaquín, Rodrigo, Fernando, Lee, Marich, José, Sebas, Ginés, Luca, Alejandro, Anna, María y tantos y tantos peregrinos con los que compartí etapas, cervezas, conversaciones y risas durante el Camino.

BIBLIOGRAFÍA

Guía práctica del peregrino – Millán Bravo Lozano.

El Camino de Santiago a pie – Paco Nadal

El peregrino de Compostela – Paulo Coelho

Las peregrinas cosas del Camino – Javier Leralta

Iacobus – Matilde Asensi

Peregrinatio – Matilde Asensi

El Camino iniciático de Santiago – Juan Pedro Morín. Jaime Cobreros.

www.alberguescaminodesantiago.com

¡Gracias por llegar hasta el final!

Si te ha gustado este libro, si has viajado conmigo por el Camino de Santiago, te has emocionado, has disfrutado y te ha aportado algo... Por favor, deja tu valoración y tu comentario en Amazon, porque con ello, ayudarás a que llegue a más gente.

Muchas gracias.

Si quieres seguirme y estar informado de los viajes, libros y enseñanzas que comparto, lo puedes hacer en:

www.danielzaragoza.com

Facebook: daniel.zaragoza.escriptor

Instagram: daniel_zaragoza_escritor

¡BUEN CAMINO!